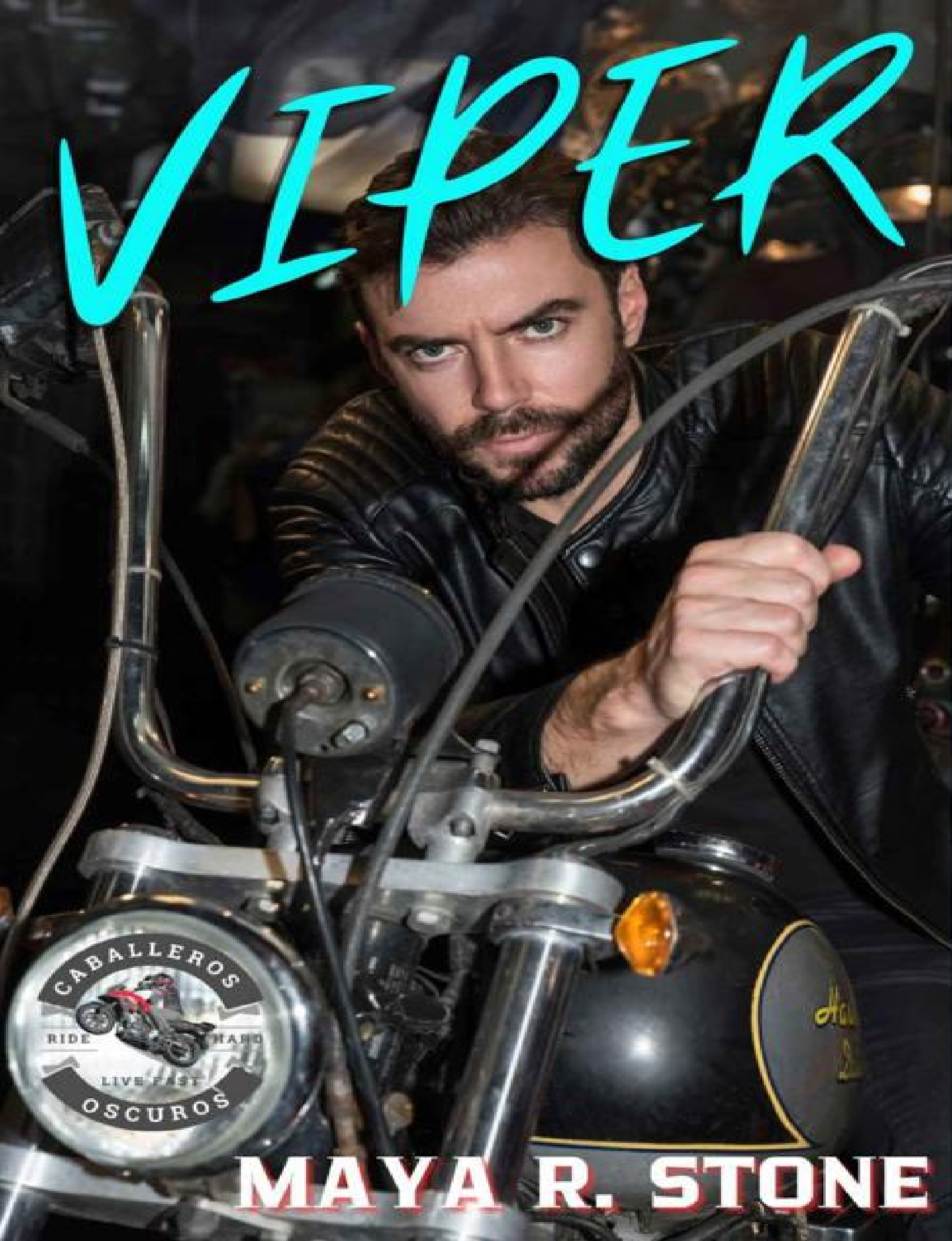


VIPER



MAYA R. STONE

VIPER

CABALLEROS OSCUROS 1



MAYA R. STONE

INTRODUCCIÓN.

UNO.

DOS.

TRES.

CUATRO.

CINCO.

SEIS.

SIETE.

OCHO.

NUEVE.

DIEZ.

ONCE.

DOCE.

TRECE.

CATORCE.

QUINCE.

DIECISÉIS.

DIECISIETE.

DIECIOCHO.

DIECINUEVE.

VEINTE.

VEINTIUNO.

VEINTIDÓS.

DESENLACE.

INTRODUCCIÓN.

La niebla la envolvía, densa y pesada, como una manta húmeda que no la dejaba moverse.

Beatrix trataba de caminar, pero sus pies parecían anclados al suelo. El paisaje era borroso, como si el mundo a su alrededor no quisiera revelarse, y cada paso que daba se sentía más difícil que el anterior.

Sabía que había más adelante. En algún lugar entre esa bruma gris y sofocante estaba ese algo que la guiaba pero temía enfrentar.

El eco de una risa suave la envolvió, pero no era cálida ni agradable. Se sentía distante, burlona, y también había voces. Conocidas, que había escuchado tantas veces antes.

No eres suficiente. Nunca lo serás. Tonta, tonta.

El corazón de Beatrix se apretaba. Sabía a quien pertenecían, aunque el tiempo había desdibujado los rostros.

Siempre la misma historia, susurraban, siempre la misma Beatrix, intentando ser más, y tener algo que no es para ella.

Se detuvo en seco. La sombra de una figura se perfilaba delante de ella, alta, imponente. Él. Sabía quién era, y no era parte del coro que reía de ella. El motero... ¿Viper? No podía distinguir su rostro.

Era como si la neblina jugara con su mente, solo dejándole ver fragmentos de él: la firmeza de su mandíbula, la intensidad de su mirada. Esa mirada. La forma en que la observaba la desarmaba. ¿Por qué me mira así?

El miedo y el entusiasmo se mezclaban en su interior. ¿Qué quería de ella? Apenas habían hablado, pero había algo en esos encuentros fugaces, en esos momentos en los que sus ojos se cruzaban, que la hacían sentir vista, y eso la aterraba más de lo que quería admitir.

No merezco su atención, pensaba, mientras la bruma a su alrededor se espesaba, haciéndola sentir cada vez más pequeña, más insignificante. Pero la quiero... La quiero

Viper se movió hacia ella, lento, decidido, y ella extendió sus brazos. Quería quedarse, aunque todo en su interior le gritaba que corriera. Miente. No va a quedarse. Los susurros en su mente no desaparecían, sino que crecían, como una marea imparable.

No eres suficiente. Nunca lo serás. Las palabras se repetían, envolviéndola como un mantra envenenado. Había luchado tanto contra esos pensamientos, contra esa sensación constante de no ser lo bastante buena, de no pertenecer en ningún sitio, pero volvían.

Beatrix cerró los ojos, intentando ahogar el ruido. Pero entonces sintió una mano, fuerte y cálida, rozar la suya. Viper. La intensidad del contacto la sacudió, haciéndola abrir los ojos de golpe.

Lo vio allí, frente a ella, mirándola con esa misma expresión que no sabía cómo descifrar.

Esa mirada profunda, fija en ella, como si quisiera desentrañar sus secretos, sus miedos.

¿Por qué me miras así?, quiso preguntar, pero las palabras no salieron. En su lugar, la duda la invadió, llenando su corazón de ese temor tan conocido. No soy la clase de mujer que un hombre como él miraría así.

Él no apartaba la vista, y eso la inquietaba más. Algo en él, en su forma de estar presente, de ocupar el espacio, la hacía sentir insegura. Al mismo tiempo, deseaba estar más cerca, quería saber por qué parecía verla de una manera que nadie más lo hacía.

¿Qué ve en mí? El eco de la duda seguía resonando, cada vez más fuerte. Quizás solo está jugando, quizás solo es una ilusión. La vida ya le había demostrado tantas veces que no podía confiar en ese tipo de sentimientos.

Había amado antes, y mira cómo terminó todo. Distinto, aquello era distinto. La risa burlona en su mente volvía a alzarse, recordándole que siempre había sido insuficiente, que el dolor era lo único que conocía bien.

Viper no se movió, no se desvaneció como tantas otras cosas en su vida. Seguía allí, su mano aún cerca de la suya, como una promesa silenciosa, como un faro que la llamaba a salir de la niebla.

La forma de verla era distinta, como si no percibiera en ella los defectos. Beatrix retrocedió un paso; el temor de ser rechazada, de que él viera en ella lo que todos los demás habían visto antes, la hacía dudar.

Él no puede querer a alguien como yo. Sin embargo, una pequeña parte de ella deseaba que lo hiciera, que lo que veía en sus ojos fuera real.

La bruma comenzó a disiparse lentamente, y la figura de Viper se hizo más clara. Pero Beatrix no estaba segura de estar lista para enfrentar lo que eso significaba. Porque si él la veía, encontraría también las cicatrices, el dolor que había tratado de esconder durante tanto tiempo. Vería su miedo a no ser suficiente, su lucha constante por encontrar un lugar donde encajar.

Fue la angustia la que la hizo despertar. El sudor frío cubría su frente, su respiración era rápida, y su corazón latía con fuerza en su pecho.

Se sentó en la cama, abrazándose las rodillas, intentando calmarse, intentando ahogar el eco de las palabras que aún resonaban en su mente.

Joder, ¿por qué cojones estaba soñando con un motero que había visto unas pocas veces?

Te gusta. Te mira como si penetrara tu coraza y viera tu alma. Y nadie lo ha hecho antes.

Sí, era eso. Curiosidad y esperanza. Nada más.

UNO.

Viper tomó la curva con destreza, acompañando con su cuerpo el balanceo de su Harley-Davidson. La motocicleta era un preciosidad y respondió con agilidad cuando la aceleró por la recta siguiente.

El rugido de su motor resonó orgulloso por las calles de Sacramento. Adoraba este modelo un pelín antiguo pero refaccionado a la perfección. Su diseño clásico e imponente reflejaba su espíritu a la perfección: rebelde, indomable y siempre en movimiento.

El sonido de la motocicleta era tan parte de su vida como su pertenencia al club de los Caballeros Oscuros. Este y sus miembros, su familia elegida, eran su única constante.

Avanzando por la ciudad de Sacramento acompañado por dos de sus mejores amigos, Torque y T-Bone, Viper se sentía en su elemento. A sus 35 años, Thomas Dewey, conocido como Viper, se había ganado su lugar como vicepresidente del club de moteros.

Formaba parte de este desde muy joven, cuando el MC era uno de los llamados 1%, más un grupo de hampones sobre dos ruedas que otra cosa.

Había sido protagonista de la guerra interna que transformó el club, empero. Merced a esta y a la dirección de Mason y el propio Viper los Caballeros habían dejado atrás su historia de traficantes de drogas y armas para convertirse en miembros decentes de la sociedad de Sacramento.

No obstante, el camino hacia la legalidad no había sido sencillo. Las luchas internas, las traiciones y las pérdidas habían tapizado la ruta, y provocado que el proceso fuera doloroso, aunque necesario.

Hoy en día el club era orgulloso propietario de varias empresas, legales, legítimas todas, lo que permitía ofrecer ingresos limpios para mantener la estructura y proveer de empleos estables a sus miembros.

No pocos de aquellos habían vivido al filo del peligro y con la posibilidad de la cárcel omnipresente. Viper entre ellos, habían logrado estabilizar sus vidas.

Él no era de los que buscaban la calma en cada aspecto de su vida, o no había sido así hasta hacía cinco años, pero la paz que sentía al ver a sus hermanos satisfechos le proporcionaba satisfacción.

Sin embargo, no todo era perfecto. Los enemigos aparecían buscando retrotraerlos a la época de ilegitimidad: antiguos proveedores de armas o drogas en busca de oportunidades, o clubes como los Riders, hoy día destruidos, o los Ravens, eran preocupaciones puntuales, aunque no constantes.

Estos últimos, los infames *Cuervos*, al parecer estaban de vuelta, así se lo había manifestado Mason, el presidente del club. Esos bastardos eran nómades, pero en apariencia les gustaba

Sacramento.

Tanto Mason como Viper sabían que con estos moteros no había negociación posible: era proteger su territorio o arriesgarse a perderlo todo.

Al llegar al club *Inferno*, boliche nocturno propiedad de los Caballeros y uno de los que dejaba máximos ingresos, Viper apagó su moto con un suave giro de muñeca. Torque y T-Bone hicieron lo mismo, y hubo rugidos de caños de escape por última vez antes de estacionarse.

El sitio era uno de sus favoritos para relajarse y disfrutar de buenas bebidas y espectáculos de baile y mujeres con poca ropa que no tenían pruritos en hacer realidad fantasías calientes, y para ello había habitaciones especiales atrás.

No era un prostíbulo, pero ser miembro ejecutivo de los Caballeros tenía sus beneficios: las Gatitas, como llamaban a las bailarinas y meseras, ronroneaban dulce y se entregaban sin presiones.

Los tres se quitaron sus cascos y avanzaron hacia la entrada del bar, sus botas resonando en el pavimento. T-Bone bostezó con ruido y Viper sonrió. El cateto estaba siempre con sueño, o eso parecía. Torque soltó un comentario:

—Te comentó Mason sobre los Ravens, imagino—dijo, pasándose la mano por la barba—. Esos bastardos están otra vez por aquí, merodeando, tanteando el terreno. ¡Jodidos imbéciles!—gruñó.

Viper no respondió de inmediato, pero sus ojos se entrecerraron. T-Bone añadió:

—Los vieron cerca de nuestro taller la pasada noche. Esos malditos se mueven en pares, y les digo, no es una coincidencia, están intentando meterse en nuestro territorio.

Viper asintió sin emitir palabra. Claro que era consciente de la gravedad de la situación y esta sería evaluada en la próxima reunión de la directiva, ya citada por Mason para la siguiente jornada.

Justo antes de entrar al *Inferno*, su mirada atenta se paseó por la calle y algo captó su atención. A unos metros de la tienda de cómics que se encontraba cerca del *Inferno* dos tipos tenían rodeada a una mujer.

Los hombres estaban borrachos, era claro por su balanceo y lo elevado de su tono. La mujercita trató de retroceder y luego de rodearlos para alejarse de ellos, pero era muy pequeña y sus intentos fueron frenados.

Ella vestía por completo de negro y aunque intentaba mantener la compostura y no hablaba, o si lo hacía era muy bajito, se notaba que estaba atrapada entre esos dos.

Viper frunció el ceño. No era de los que intervenían a menos que fuera estrictamente necesario, pero esta vez sintió la necesidad de actuar. Eran dos hombrones borrachos acosando a una mujer que no daba su consentimiento, la veía ahora negando con su cabeza y tirando manotones a los dos, que rieron de sus esfuerzos.

—Eh, vosotros —gritó Viper con voz firme, cambiando la dirección de su caminata para ir hacia ellos—. ¡Soltad a esa mujer, zopencos! ¿Que no entendéis que está diciendo no?

Los hombres se giraron, sus ceños fruncidos. Uno de ellos, más alto, intentó hacerse el valiente, trastabillando.

—No es asunto tuyo, colega. Solo estábamos bromeando, y ella se hace la difícil.

—No veo a nadie aquí riéndose, y ella no está feliz, gilipollas—replicó Viper, avanzando un paso.

Su postura lo decía todo: si no se largaban, la cosa empeoraría rápido. No le costaba mucho mostrarse amenazante.

Los tipejos vacilaron. El más bajo soltó un insulto entre dientes, y le miraron, tal vez evaluando si entre los dos podían hacer algo, pero el alcohol no les impidió notar que llevaban las de perder y, decidiendo que no querían problemas, se alejaron. *Buena elección, gilipollas.*

Viper observó a la mujer por un momento antes de hablar:

—¿Estás bien?

Ella asintió, y Viper arrugó su entrecejo con curiosidad porque su expresión lo descolocó. No parecía ni asustada ni agradecida, más bien resignada. Como si estuviera acostumbrada a lidiar sola con esas situaciones.

—Gracias, pero no hacía falta su ayuda—dijo con voz firme.

Viper esbozó una ligera sonrisa. Le divertían las personas que creían que no necesitaban ser rescatadas cuando los hechos contrastaban tal idea. No era lo que había visto aquí. Sí, tal vez ella hubiese demostrado conocimientos de defensa personal si la situación escalaba, pero no parecía factible.

—Correcto, lo entiendo—respondió—. Pero a veces es bueno tener a alguien cubriéndote las espaldas.

Ella no dijo nada más y le miró fijo, para lo que debió estirar su cuello y elevar su cabeza, porque no podía medir más de un metro sesenta. Su mirada era límpida, clara, decidida, incluso algo desafiante.

Intrigante, decidió. No era habitual encontrar a alguien como ella en este entorno. El aura de melancolía que la rodeaba despertó la curiosidad de Viper, y también la vibra gótica innegable en su ropa y maquillaje dramático aunque no excesivo.

—De nuevo, gracias. Debo irme—dijo ella, y se agachó para recoger unas revistas y luego caminó con velocidad para alejarse.

Viper volvió sobre sus pasos y se reunió con Torque y T-Bone, que habían mirado la escena sin acercarse, sabedores de que podía valerse por sí mismo contra esos dos idiotas con los ojos cerrados.

Hubo algunas chanzas y T Bone le llamó caballero de brillante armadura mientras ingresaban

al lugar.

El ruido de la música elevada les envolvió y sus sentidos se llenaron de los colores de las luces y la visión de las bailarinas meneándose, lo que les distrajo con rapidez.

Viper, empero, encontró que su mente regresaba a la mujer frente a la tienda de cómics. No entendía qué, pero algo en ella lo había interesado.

—Tenemos que hacer que esos Ravens se vayan de la ciudad y no vuelvan—dijo T-Bone, rompiendo el silencio cuando se sentaron.

—Todos pensamos lo mismo y se hará, de un modo u otro—dijo Viper con determinación—. Tenemos que vigilar nuestras propiedades y expulsarles antes de que intenten algo idiota.

—Buenas noches, guapos—les saludó una voz sensual, y ante ellos aparecieron dos de las mujeres del staff, con sonrisas incitantes que les hicieron olvidar de los enemigos.

La noche estaba hecha para ser disfrutada, y nada ganaban con hablar de lo que mañana mismo sería discutido con amplitud en la reunión citada por el presidente.

DOS.

Beatrix colocó el último plato en el escurridor. La comida había sido sencilla, frugal, y, como de costumbre, recalentada. Nunca había sido buena cocinera, y desde que vivía sola recurría a la compra de delivery y los productos envasados precocinados.

Las manos le temblaban un pelín y no, no era el agua fría del fregadero lo que lo provocaba, sino la inquietud que persistía tras lo sucedido esa tarde. Joder, se había sentido desprotegida y eso la molestaba.

Debería poder defenderse con más soltura. Había quedado casi congelada frente a aquellos dos ebrios idiotas. *Olvídalo, ya pasó.* Suspiró y meneó su cabeza, forzándose a dejar el recuerdo detrás.

Descalza, recorrió los pocos metros que separaban la pequeña cocina del resto de su apartamento. El espacio era funcional, diseñado para lo básico: una televisión conectada a la Internet, estanterías con libros, cómics y discos de pasta, algunas plantas que aportaban un toque de color.

Y por supuesto August, el gato que no le pertenecía pero que siempre rondaba su puerta en busca de comida. Lo había alimentado tantas veces que ya lo consideraba parte de su entorno. Sonrió al pensar en cómo le había puesto un nombre, y ni siquiera sabía de quién era.

Se dejó caer en el sofá, tomando uno de los cómics que había comprado: Hellboy. Se abocó a leer las viñetas y disfrutar de la estética gráfica. Sin embargo, su mente no estaba en la historia oscura y sobrenatural sino que volvía en bucle a lo que había sucedido frente a la tienda.

Los dos borrachos que la acosaron la habían rodeado sin que lo pudiera evitar. Había intentado que su voz fuera firme, sus repetidos *Déjenme pasar, no me interesa hablar con ustedes* habían sonado claro.

Por dentro había temblado como una vara en la tormenta. No era valiente. Sabía fingir que lo era, que no la afectaba el entorno, pero no era así.

Tenía que agradecer que aquellos moteros, tan luego, la hubieran ayudado. *Ese motero*, se dijo, singular. Sin él, sin su amenazante presencia y comando quién sabe cómo habría terminado la situación.

Un hombre imponente que debía superar el metro noventa, con sus antebrazos y cuello cubiertos de tatuajes y vestido de cuero negro de pies a cabeza. Llevaba el chaleco con la insignia de los Caballeros Oscuros, había visto luego de que los gilipollas se habían batido en retirada.

Su presencia resultaba intimidante, no solo por su tamaño, sino por la mirada intensa que parecía atravesarlo y catalogarlo todo. Había visto que la recorría con la vista, pero no percibió amenaza ni lujuria en ella. No, su expresión había sido seria, aunque serena y, cosa extraña,

Beatrix no la sintió peligrosa.

Viper... Así lo había llamado uno de sus compañeros que lo esperaba del otro lado de la calle, en la acera del club *Inferno*. No sabía nada de él, pero su imagen se le había quedado grabada.

Quizá fuera por la forma en que la miró, o por cómo se enfrentó a los acosadores sin vacilar. Tal vez porque la impresionó que justo un motero la ayudara. No es que fuese una prejuiciosa, sino que no ignoraba la realidad.

Los clubes de moteros no tenían buena reputación. Por lo general, se les asociaba con el crimen y actividades ilegales.

Beatrix cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. *No puedes vivir con miedo a todo*, se recordó. Había decidido mudarse a esta parte de la ciudad por ser más tranquila.

Se suponía que aquí encontraría la calma y la seguridad que añoraba. Mas su naturaleza desconfiada le hacía ver peligros en todas partes, y por más que intentaba combatir esa sensación, a veces le resultaba difícil. Situaciones como la de hoy no la ayudaban.

Beatrix, a pesar de su creatividad y sensibilidad, también era una persona melancólica. Siempre estaba alerta, y los *¿y si...?* rondaban en su mente. *¿Y si no doy la talla en la orquesta? ¿Y si no puedo pagar mi renta? ¿Y sí me lastimo mi brazo y no puedo tocar?* Era agotador, y con franqueza, las turbulencias venían desde su interior más que del contexto.

El trauma de la muerte de Sarah la había marcado profundo, hondo. Su adorada hermana menor había sido su amiga, su compinche, su confidente, y tristemente, había fallecido cuando ambas eran adolescentes.

Una enfermedad cardíaca no tratada a tiempo se la había llevado demasiado pronto. Su familia no pudo hacer mucho porque no disponía de los recursos para una buena atención médica. La partida dejó a Beatrix atrapada en una sensación de impotencia y pérdida.

Los recuerdos vinieron a ella como una marea que no daba tregua, ahogándola. Los flashback eran algo habitual en su vida, y la alejaban del presente.

Se vio sentada en la esquina de la pequeña habitación que había compartido con Sarah. Dos meses habían pasado desde el funeral, pero todo seguía igual. El armario de madera, sencillo pero práctico, aún contenía su ropa doblada.

Todo estaba en su lugar, como si el tiempo se hubiera detenido. El edredón color lavanda, el favorito de Sarah, cubría su cama de manera impecable, decorado con los cojines que solía colocar con tanto esmero.

Sobre la mesita de noche descansaban las libretas donde escribía sus poemas. Beatrix no se atrevía a leerlos; cada vez que sus ojos se posaban en ellas, sentía que la realidad de la muerte de Sarah volvía a golpearla.

Sarah ya no estaba. No volvería a escribir, a reír... Solo quedaban recuerdos atrapados en esos objetos inertes.

Beatrix acarició el tatuaje recién hecho en su brazo: el nombre de su hermana grabado en letras negras todavía estaba algo inflamado. Se lo había hecho el día anterior como una forma de mantenerla cerca, de no olvidarla jamás.

Pero el dolor físico no era nada comparado con el vacío que sentía. Sarah se había ido, llevándose consigo la luz de la casa, dejando a Beatrix en una especie de limbo emocional.

Su padre había encontrado en el trabajo su vía de escape, evitando el hogar lo más posible. Su madre, sumida en su propio dolor, apenas la miraba, y el silencio en casa era un recordatorio constante de que la tristeza consumía a la familia.

Beatrix, atrapada en aquella casa convertida en mausoleo, se sentía invisible. El futuro no existía para ella. Se levantó y caminó hasta la sala, donde reposaba su violonchelo.

La música había sido su pasión desde que tenía seis años, y su profesora, la señora Kline, había sido su mayor apoyo. Fue ella quien le consiguió una beca para estudiar música en una academia, el único motivo por el que Beatrix seguía adelante hoy.

Pero, a pesar del aliento y la ayuda, y las palabras bonitas sobre un futuro brillante, Beatrix no lograba visualizarlo. Las oportunidades de las que tanto hablaba parecían demasiado lejanas, imposibles de alcanzar.

Se sentó en el suelo junto a su violonchelo y comenzó a tocar. Las notas llenaron la habitación, rompiendo el silencio opresivo por unos momentos. La música era su refugio, lo único que la mantenía conectada con el mundo, lo que evitaba que se hundiera en la oscuridad.

El sonido de la música la transportó al presente, de vuelta en el sofá de su apartamento, y Beatrix pasó dos dedos por el tatuaje de su brazo. Al principio, había sido solo el nombre de Sarah, pero con el tiempo había añadido polillas y mariposas alrededor de las letras góticas.

Las mariposas representaban la esperanza de que algo bello pudiera surgir del dolor. Las polillas, por otro lado, simbolizaban la atracción por la luz, aunque esta pudiera ser destructiva. Beatrix siempre se había sentido más polilla que mariposa.

—Nada ha cambiado—susurró, acariciando el tatuaje.

Había construido una vida por su cuenta, alejada de su familia, pero la sensación de soledad no había desaparecido. Seguía estando sola. Quizá era por su naturaleza. Beatrix socializaba poco y cuando lo hacía mantenía una barrera.

No podía evitarlo, a pesar de que lo intentaba. Siempre estaban en ella el temor a dejarse permeable por la esperanza y las expectativas. Si permitía que alguien llegara a su corazón había chance de que lo rompiera.

Eso había sucedido cuando Sarah murió. Había descubierto su fragilidad. Por ello era cerrada y adusta, y pocos se acercaban por largo plazo. Sus únicas amistades de la orquesta eran producto del contacto de años, y no pasaban de algunos tragos a la salida de un ensayo, o el festejo de algún cumpleaños.

Sin quererlo, su mente volvió al motero que la había ayudado. Imponente, sí, pero no había sentido miedo. Eso era una novedad, con franqueza. Volvió a ver sus ojos fijos en ella, y un estremecimiento la recorrió. Esa sensación de que la observaba como si pudiera ver a través de ella era rara.

—Tonterías—murmuró, sacudiendo la cabeza—. Le llamó la atención mi ropa, mi apariencia. La gente suele quedarse mirando cuando ve el contraste de la indumentaria oscura con mi piel blanca, además de mi maquillaje.

El estilo gótico le sentaba y le gustaba, y para algunos era llamativo. Aunque no podía ser el caso de un hombrón que vestía de cuero negro y montaba una motocicleta como modo de vida.

Deja, no pienses más en el motero o en esos ebrios. Te ayudó, habla bien de él. Concéntrate en mejorar tu performance. El director no tolerará distracciones, no puedes permitirte las.

TRES.

Viper se bajó de su Harley luego de dos horas de viaje. Había ido a una convención de tatuadores, una actividad anual que disfrutaba y le permitía ver a los mejores artistas de la profesión que practicaba.

Cada vez trabajaba menos horas en el estudio de tatuajes porque su rol de vicepresidente, asumido luego de la guerra interna del club, implicaba tareas variadas. Pero adoraba la sensación de la pistola tatuadora en su mano y el crear símbolos, figuras, mensajes sobre a piel.

Habían sido dos días intensos y de descanso, pero se sentía bien volver, y lo hacía en un momento álgido. Mason le había avisado del atentado justo cuando estaba a mitad de camino, y toda la sensación de placer de la convención se desvaneció

Todavía sentía la vibración del motor en sus piernas cuando entró en la sede del club. El sonido del heavy rock resonando en cada rincón era una constante que marcaba el ritmo de los Caballeros Oscuros.

Caminó hasta donde estaba Mason, el presidente, en silencio, y en la faz de su amigo leyó la misma determinación que él sentía. La reunión que la directiva del club efectuó hacía cinco días había sido para alertarlos sobre la presencia de los Raven en Sacramento.

Se había sugerido ojos y oídos atentos, vigilancia, y paciencia. Pero esos bastardos habían interpretado su inacción como temor, era obvio. Lo que habían hecho no podía quedar impune. Robar dos de sus motos para luego quemarlas era un insulto directo, una provocación que no podían pasar por alto.

Mientras avanzaban hacia la sala de reuniones, atravesaron el bar donde *Whiskey* servía tragos a los moteros. Con su melena recogida en un moño y su figura esbelta, destacaba entre el resto de los moteros pero nadie osaba subestimarlo.

El encargado de las bebidas de la sede y del *Inferno* no toleraba tonterías. Saludó a Viper y Mason con una leve inclinación de cabeza mientras servía una cerveza, sus ojos atentos a lo que ocurría en el local.

Viper empujó la puerta acolchada que daba acceso a la sala de reuniones, diseñada para aislar cualquier ruido del bar. La mesa de madera maciza dominaba el espacio, con el emblema de los Caballeros Oscuros decorando la pared: una moto y su dueño, rodeados por el lema *Ride Hard, Live Fast*. Ese símbolo lo decía todo; era la esencia del club.

Zero ya estaba sentado frente a su portátil, tecleando. El hacker era reservado, pero cuando se trataba de tecnología, nadie en el club le superaba. Estaba particularmente adusto hoy y con motivo.

Una de las motos quemadas había sido la suya. Para un motero, perder su motocicleta era más que una simple pérdida material. Torque y T-Bone entraron justo después, con expresiones

muy serias.

—Vamos, hermanos, tenemos que actuar, hacer algo. Esto no puede seguir—gruñó T-Bone, el tesorero del club, ya sentado.

Solía mantener la compostura, pero en este momento le pasaba lo mismo que al resto. Esto no tenía que ver con el valor de las motos, aunque este era sustancial. El ataque era una declaración de guerra. Una cobarde, pero eficiente.

Mason tomó su lugar en la cabecera de la mesa, observando a los presentes antes de hablar. Su mirada fría y dura era un reflejo del peso de la situación.

—Nos han atacado, y donde duele—sentenció con voz grave, y los gruñidos de todos corearon sus palabras—. Los Ravens cruzaron la línea. Esto no es solo una provocación, es una ofensa que no podemos dejar pasar.

Cada asistente alrededor de la mesa afirmó con su cabeza, los rostros tensos y las miradas encendidas con nada disimulada.

—¡Esos malditos cabrones!—Torque elevó su voz y dio un puñetazo en la mesa—. ¡Hay que hacerles pagar! ¿De verdad creen que pueden venir aquí y jodernos?

Zero alzó la vista de su pantalla, su silencio cargado de frustración.

—Eso parece.

—Lo siento, hermano —le dijo T-Bone, su voz grave—. Sabemos lo que significaba esa motocicleta para ti.

Sí, sabían que había sido un regalo de su padre, una pieza de colección que Zero había pulido, pintado, reparado hasta dejarla operativa e impecable. Consumida por llamas voraces. Era frustrante y cada uno aquí lo sentía como si fuese de su propiedad.

Viper apretó los puños. Las motos eran una extensión de ellos mismos, su identidad. Los Ravens habían cometido el peor error posible.

—Esto es solo el comienzo —dijo, haciendo saber lo que había pensado en su viaje de retorno—. No es que quieren provocarnos, o no solo eso. Creo que tienen orquestado un plan para establecerse. Quieren nuestro territorio. Llevan meses rondando, haciéndose notar. Pero esto... esto es una declaración de intenciones, y ningún club de nómades se molesta con algo así.

Mason asintió, su mandíbula tensa. Era de pocas palabras pero muy astuto y calculador. Viper no tenía dudas de que había pensado esto antes que él, pero había esperado hasta tener más pruebas.

—Eso creo. Y se equivocaron de club con el que joder.

—¡Eso! Jodidos cuervos, acostumbrados a vivir de la basura ajena, no tienen idea de que los Caballeros Oscuros somos fuertes—gruñó Reaper, el letal Sargento de Armas, heredero del puesto que Viper había ostentado por años antes de que lo votaran vicepresidente.

—Esos bastardos no saben hasta dónde estamos dispuestos a ir o qué haremos para mantener

nuestra posición aquí. Patrullaremos la ciudad —ordenó Mason—. Los buscaremos y les haremos pagar. No permitiremos que se ubiquen en Sacramento.

—Hay que descubrir dónde se están ocultando —añadió Torque—. Se les ha visto rondar por los confines de la ciudad, dirigiéndose a las afueras, pero nunca permanecen mucho tiempo en un solo lugar.

—Dividiremos la ciudad en cuadrantes —continuó Mason—. Formaremos grupos de tres. Viper, T-Bone y Zero cubrirán el área alrededor del club Inferno. Reaper, Torque, Crusher y yo mismo vigilarémos la sede y su entorno. Necesitamos mantener este lugar seguro. El resto patrullará otras zonas. También contactaré con Fury, de los Reyes. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir.

Hubo murmullos de aprobación. Los Reyes de Sacramento eran un club aliado y su apoyo podía ser clave en el conflicto, máxime si este se extendía en el tiempo. Pero, por encima de todo, los Caballeros Oscuros debían defender su territorio. Esta lucha no era solo por el control, sino por su supervivencia y su honor.

Viper, apretó los dientes, frustrado, y sintió la rabia crecer. Sí, en el pasado este club había estado, como los Ravens hoy, atrapado en el crimen y la violencia. Pero Mason y él habían trabajado duro para cambiar eso, para dignificar a los Caballeros.

Ahora eran legales, respetados, y no dejarían que un grupo de carroñeros como estos moteros nómades los arrastrara de nuevo al caos.

—Este club ha cambiado —dijo Viper en voz baja—. No somos como ellos. No volveremos atrás. Lucharemos por lo que hemos construido.

Los demás asintieron, serios. Tenían mucho en juego. Mason se le acercó y le asestó una palmada en la espalda.

—No somos los mismos que antes, hermano. Nunca lo seremos.

Viper asintió, mirando a sus compañeros. Este era su club, su familia. Estaba dispuesto a hacer lo necesario para protegerlos.

La mayoría salió, pero Viper se quedó unos minutos más en la sala. Se acercó a Zero, que seguía concentrado en la pantalla.

—Vamos a armar los grupos de patrullaje —le dijo, inclinándose sobre la mesa—. Conozco bien a todos, puedo ayudarte a formar los equipos.

Zero asintió sin apartar la vista del portátil. Viper empezó a dividir mentalmente a los miembros del club. Sabía quiénes eran compatibles y quiénes no.

Las personalidades fuertes, los temperamentos explosivos y las antiguas rencillas internas... Todo eso tenía que considerarse.

—Freak y Madman —murmuró Viper—. Ambos son pólvora, y no podemos ponerlos juntos. Madman pierde los nervios rápido, pero Mason puede controlarlo. Freak necesita a alguien más

tranquilo... Torque.

Zero seguía anotando mientras Viper repasaba las asignaciones.

—Skinner y Bulldog. Se complementan bien. Skinner piensa antes de actuar y Bulldog aporta la fuerza. Deberían cubrir la zona de los almacenes industriales.

Tras asignar los grupos, Viper suspiró, satisfecho.

—Ya está. Ahora solo queda transitar las calles y esperar a que esos malditos se descuiden. Les encontraremos.

Zero, asintió, apagando su dispositivo, que guardó con el resto de su parafernalia digital: auriculares, teclados, micrófonos.

—Voy al bar. Necesito despejarme.

Viper asintió y le vio salir. Él permaneció en la sala, observando el emblema del club. Defender su modo de vida, porque el club era eso para él, no sería fácil, pero estaba listo.

CUATRO.

El sonido profundo y resonante del violonchelo llenaba sus oídos y la sala de ensayo, envolviendo a Beatrix en esa sensación meditativa que encontraba en la música.

Concentrada en cada nota sus dedos pulsaban las cuerdas con la memoria de años de sabiduría, y la melodía conjunta surgía como magia del aporte de cada instrumento que sus compañeros tocaban con maestría siguiendo la partitura y los comandos del director de la orquesta.

Beatrix tocaba con estos músicos hacía tres años y apreciaba sus talentos, mas poco sabía de su vida de la mayoría, con excepción de dos, y esto porque ambos se habían acercado desde el inicio y no se dejaron arredrar por su seriedad.

William, el primer violín, era un hombre simpático y reservado, que compartía su preferencia por mantener la vida personal en privado. Educado, divertido y preciso con su instrumento.

Por otro lado, Eva, una brillante flautista, era vivaz y sarcástica. A menudo rompía el silencio con comentarios ingeniosos, pero, como Beatrix, evitaba vincularse demasiado con el resto. Los tres compartían una afinidad tácita por el arte, una conexión que no necesitaba palabras.

El ensayo avanzaba y a juicio de Beatrix fluía con belleza, pero de repente el director, un hombre de mediana edad, atractivo aunque de modales cortantes, levantó la mano con brusquedad, interrumpiendo la pieza.

—Beatrix, ¿otra vez desafinando?—su voz resonó en la sala con una mezcla de autoridad y soberbia que la atravesó.

Ella apretó los labios, conteniendo las ganas de mandarlo a tomar por culo. En su mente lo hizo, porque sabía que no había desafinado. Ella era crítica consigo misma, mucho, pero en esta ocasión no, porque no hubo fallo.

Pero, ¿qué ganaba defendiéndose ante él? La actitud masculina, fría y, a veces, bordeando en lo despectivo, no era personal, más bien una marca registrada del cateto.

Aunque había momentos en los que parecía tenerla en el punto de mira. O eso creía, quizás por su eterna desconfianza hacia los hombres, fruto de las cicatrices emocionales que había acumulado a lo largo de los años.

A veces, en las raras ocasiones en las que sus miradas se cruzaban fuera del ensayo, había algo raro en la forma en que él la observaba. Beatrix prefería ignorarlo y decirse que eran su imaginación y traumas hablando. Se había creado una coraza, una defensa necesaria después de lo que había vivido.

Así que su respuesta fue un asentimiento y se reconcentró en su labor. Esta era su pasión, y también su empleo. Cuando el ensayo terminó, recogió su violonchelo con cuidado, como si sostuviera una parte frágil de su alma.

Mientras caminaba hacia su coche, su mente se le fue hacia recuerdos que de normal prefería no evocar. Suspiró. Siempre que un cabrón la afectaba, otro venía a su cabeza. *Diego*.

Lo había conocido al llegar a la ciudad. Era un productor musical que en su momento le pareció encantador y se le metió en la vida a la vez que se asentaba en Sacramento y en la orquesta. Atento, relajado, comprensivo, eso parecía.

Las primeras citas habían sido como un sueño, y por primera vez Beatrix había sentido que podía abrirse con alguien, que podía compartir detalles de su pasado. Diego había escuchado, había mostrado empatía con sus pérdidas.

Pero, como suele suceder, las cosas no eran lo que parecían. Tres meses había durado la pantalla, y después, había cambiado y mostrado sus colores. Había comenzado por no venir a ella y cuando aparecía, lo hacía fastidiado. La acusó de *limitarlo*, de *impedirle hacer conexiones importantes en su carrera*.

Beatrix se ponía mala de pensarlo. Diego había argumentado que su naturaleza reservada y solitaria lo frenaba. Sus palabras la habían herido profundo, y las creyó entonces.

Había atribuido el fracaso sentimental a sus limitaciones, a su falta de interés en socializar o en irse de fiesta con él. Los últimos días habían sido feos. Desaparecida la empatía, que no supo si de verdad existió, él la cortó con términos bruscos y desdeñosos. *Descolorida, vives en blanco y negro, tal y como te vistes*.

Había dolido, claro. Saber que se rumoreaba que tenía otra pareja cuando aún no habían cortado la desengañó de forma definitiva. Eva se lo dijo antes de comprobar que habían cortado, por lo que le agradecería siempre.

Con el tiempo, Beatrix cerró esa herida, aunque el proceso la endureció. Diego no solo había sido una decepción romántica, sino la confirmación de lo que ya sospechaba: su vida estaba destinada a la soledad.

Suspiró mientras cerraba el estuche de su violonchelo y se dirigía a la salida del edificio. A la puerta, se encontró con William y Eva.

—¿Te vas ya, Bea? ¿O tienes algún plan?—preguntó Eva.

—No, nada de eso. Voy a pasar por la tienda de cómics y luego a casa—respondió Beatrix mientras caminaban juntas hacia el aparcamiento.

William lanzó un comentario sobre la última pieza que habían ensayado, una obra de Bach, y con eso tuvieron tema de conversación hasta que llegaron a sus coches.

Después de despedirse, Beatrix cargó su violonchelo en el asiento trasero en un ángulo de 45 grados y lo sujetó con uno de los cinturones de seguridad. No había resguardo suficiente para mantener en una pieza al elemento de mayor valor material y sentimental que poseía.

Condujo hacia su vecindario con destino a la tienda de comics como su parada primaria. Había pasado más de una semana desde el incidente con los ebrios, y aunque no podía sacárselo

de la cabeza, no estaba dispuesta a dejar que dos idiotas le arrebataran el placer de ir a la tienda. Para ella, ese lugar era un refugio, y el dueño le había prometido algo especial.

Al aparcar notó que un grupo de moteros conversaba, sentados o apoyados con displicencia sobre las motocicletas. Todos tenían una presencia física intimidante, altos y musculosos, tatuados, con sus chaquetas y botas de cuero, sus risotadas altas y voces graves.

El que la había ayudado estaba entre ellos. Era inconfundible: su imponente figura, su cabello negrísimo, y esa expresión severa en su faz. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar cómo sus miradas se habían cruzado la primera vez.

Justo entonces él miró hacia donde ella estaba y fue obvio que la reconoció pues inclinó la cabeza ligeramente en señal de saludo. Ella, sorprendida, devolvió el gesto y se adentró con rapidez en el local.

Esos ojos oscuros, eran... No sabía cómo definirlo. A pesar de su apariencia, había algo en él que no encajaba con el típico motero agresivo y barbado, aunque en honestidad, tampoco los otros. Eran todos guapos, joder. Suspiró. ¿Qué estaba pensando? No tenía que enfocarse en hombres como esos.

—Beatrix, en buena hora llegas—el dueño, Sam, le sonrió, y rebuscó debajo del mostrador, de donde sacó un paquete que le entregó con reverencia—. La edición especial de *Saga*.

—¡No puedo creerlo!—susurró—. Creí que te tomaría más tiempo acceder a ella.

—Así soy yo, hacedor de milagros—guiñó un ojo y Beatrix abrió el paquete, pasando su mano por la tapa.

Esta era una de sus series favoritas, muy difícil de conseguir, y estaba en excelente estado.

—¡Gracias, Sam!—sonrió, y extendió su tarjeta para pagar.

—Tuve suerte de conseguir esta copia, y el precio es una anécdota. Hay gente que tiene estos tesoros en sus desvanes y no tiene idea de lo que valen.

Beatrix agradeció, y con prisa salió dispuesta a regresar a casa. Quería ducharse, comer algo y tirarse en su sillón a disfrutar de este tesoro.

No había caminado más de unos pasos cuando el rugido ensordecedor de varias motos la sobresaltó. Levantó la vista, pensando encontrar al grupo de los Caballeros Oscuros, pero estos habían entrado al local.

De la nada, cuatro motos aparecieron roncando y sus dueños detuvieron la marcha, dos de ellos bajando con velocidad, sendos bates de béisbol en sus manos.

Con furia y fuerza los revolearon para golpear sin desmayo las motocicletas aparcadas al frente del club *Inferno*, haciendo añicos espejos, abollando la chapa y haciendo volar accesorios de las luces, mientras los otros dos acuchillaban las cubiertas.

El ataque fue rápido, pero brutal. Beatrix, alelada y aterrorizada de que la vieran y arremetieran contra ella, se agachó tras su coche. Su cuerpo temblaba y no se asomó a pesar de

que sintió que se iban.

El griterío que vino unos segundos después hizo obvio que los dueños de las motocicletas habían salido del club. Como pudo se incorporó, y entonces fue testigo de la desazón en los rostros de los Caballeros y algunos otros que salían del *Inferno*.

Hubo maldiciones, gritos de furor, y Viper tenía sus manos en las caderas y miraba en derredor, su faz contorsionada. Beatrix tragó saliva. Tenía que irse de aquí, si los otros volvían habría un enfrentamiento.

Sus miradas se encontraron y Beatrix le vio venir hacia ella, decidido, clavándola en el sitio con sus ojos oscuros.

—¿Estás bien?—preguntó con una voz grave pero no agresiva—. Estás temblando. ¿Viste lo que pasó?

Ella asintió, aunque la verdad era que no estaba segura de si estaba bien. Sí, sus manos temblaban.

—Esos moteros... Aparecieron de la nada, tenían bates y cuchillos... Me escondí, temía que...—se calló—. ¿Son...?

La mandíbula de Viper se tensó, y sus ojos brillaron con furia.

—No son de los nuestros, por supuesto—respondió con una firmeza que no dejaba lugar a dudas—. Son basura, y se están empeñando en despertar nuestra furia. No se van a ir de rositas.

Beatrix dio un paso atrás. Dos incidentes en menos de una semana, ambos conectados con estos moteros, y en este club. El lugar que antes le pareció tan seguro, ahora le daba escalofríos.

Como si Viper captara sus pensamientos, añadió:

—No tienes que preocuparte. Nos encargaremos de esto y no tiene que ver con el vecindario.

—Me mudé aquí porque pensé que era un sitio más tranquilo y seguro—murmuró, dejando entrever su decepción.

—Lo es—insistió Viper, acercándose un poco más—. Y seguirá siéndolo. No es el barrio el que está en disputa, esto fue una declaración, un llamado de atención.

En ese momento se les acercó otro de los hombrones, y su cara de pocos amigos la hizo tragar saliva. Alto, con una barba espesa y el cabello recogido en una cola, era guapo, pero estaba muy enojado.

—Tú, ¿estabas aquí cuando esos bastardos llegaron? ¿Les viste las chaquetas?—preguntó, directo y sin rodeos.

Beatrix se sintió abrumada. La intensidad de la situación, sumada a las miradas penetrantes de aquellos hombres, que vinieron en masa a ella, la hizo sentirse pequeña. Notó cómo su cuerpo se replegaba, incapaz de soportar tanta presión.

—Tranquilo, Torque—gruñó Viper mirando al que la interrogaba—. Ella está asustada, no necesita nuestra intensidad. No estamos aquí para interrogarla.*

Torque retrocedió un paso, pero no pudo evitar gruñir.

—¡Esto es inaceptable, Viper! ¡Se ríen de nosotros, joder!

—Tranquilo, Torque, vamos, veamos qué se puede hacer—señaló otro, un pelirrojo muy robusto.

—Hay que avisar a Mason, Crusher—le dijo Viper al más alto de todos, que era un gigante moreno.

Este asintió, y Beatrix se conminó a separarse de ellos y seguir su camino. Esto era terrible, y no tenía nada más que hacer aquí. Con manos temblorosas buscó su bolsa para encontrar las llaves de su vehículo. No la veía por ningún lado, joder, ¿qué había hecho con ella?

—Aquí, toma—le dijo el grandulón moreno, extendiéndole la bolsa, que al parecer había tirado en su susto. Él miró su vehículo—. ¿Ese es un instrumento musical?—preguntó, señalando el estuche en el asiento trasero del coche de Beatrix.

Ella asintió, sorprendida por el cambio de tema.

—Sí, es mi violonchelo.

—Nunca he conocido a nadie que toque uno de esos. ¿No es muy grande para ti?—gruñó el grandote, y Viper se acercó.

—No lo es—dijo ella, tiesa y parpadeando—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Seguro que sí, Crusher no quiso decir lo contrario—dijo Viper, ahora muy cerca—. Así que eres música.

El interrogador, Torque le habían nombrado, también se acercó y observó el estuche con curiosidad.

—¿Y cómo suena ese instrumento?—preguntó con interés, y Beatrix se quedó sin palabras.

Era difícil describir el sonido profundo y conmovedor del violonchelo. Justo en ese momento otro de los moteros se acercó, y le extendió el cómic que Beatrix había comprado, y al parecer también había tirado.

—¿Esto es tuyo?—Ella asintió y lo tomó con velocidad—. Buen gusto. *Saga* es un clásico—comentó con una sonrisa.

—Sí, es mi favorita—respondió Beatrix, encontrando su voz—. Me encanta cómo explora temas tan complejos como la guerra, el amor y lo que significa pertenecer a algo.

Enseguida se ruborizó y se fustigó. ¿Qué carajos estaba pensando, socializando con estos hombres en medio de la masacre de motocicletas?

Mas Zero asintió, muy sonriente.

—Es una de las mejores historias gráficas que existen. Siempre he pensado que tiene un trasfondo profundo.

Beatrix le devolvió la sonrisa, y cuando miró a su lado, notó que Viper no le quitaba los ojos de encima, lo que volvió a ponerla nerviosa. Su intensidad era abrumadora.

—Podemos escoltarte hasta tu casa—le dijo Viper, pero ella negó con énfasis.

No iba a denunciar dónde vivía, sería tonto.

—No es necesario—respondió, su voz firme.

Viper asintió, aparentemente respetando su decisión, aunque su expresión permaneció alerta.

—Espero que puedan reparar sus motos—murmuró Beatrix, dando un paso hacia su coche.

—Lo haremos—respondió Viper con seguridad.

Beatrix se despidió con una leve inclinación de cabeza y subió a su coche sin más dilaciones. Mientras conducía hacia su casa, su mente no dejaba de volver a las imágenes de lo sucedido.

Pero, más que los golpes y el caos, lo que la perturbaba era la mirada penetrante de Viper. Él la descolocaba, y ella no necesitaba problemas, ni moteros en su vida. Toparse dos veces con ellos era más que suficiente.

CINCO.

Viper miró cómo el coche de la mujercita se alejaba, dejándolo a él y los suyos para lidiar con el caos creado por esos hijos de perra. Miró el destrozo con su ceño fruncido y sus puños crispados, y la postura de Torque era similar.

La furia les atravesaba como corriente eléctrica. Otra vez habían atacado en lo que más dolía y no habían podido hacer. Era frustrante y le ponía al borde.

—Hijos de mil puta—rezongó Torque, pateando una piedra que rodó varios metros antes de dirigirse hacia las motos estacionadas.

—Joder, veamos los daños—dijo Viper, siguiéndole, mesándose la mandíbula apretada y procurando controlarse.

Cuando Mason no estaba él era la autoridad del club, y tenía que comportarse a la altura y no permitir que la ira le cegara. Si por el fuese estaría ya montado en su Harley rodando por Sacramento en busca de los moteros que se burlaban descaradamente de ellos.

Al menos su motocicleta estaba intacta, se dijo, mirándola con cuidado por abollones o rayones, egoísta como sabía que era el gesto. Se incorporó y fue hasta Torque, que junto a los otros se lamentaban de la escena.

La de Travis, uno de los porteros del *Inferno*, estaba destrozada: el tanque abollado, los manillares torcidos y los espejos hechos añicos. La de Reaper casi igual, y el enforcer, de habitual inexpresivo, tenía una expresión de dolor en su faz.

Otra de las motocicletas afectadas tenía pintada en su chapa la insignia de los Reyes de Sacramento, pero su dueño no estaba afuera. Viper se dijo que tenía que ver a quién pertenecía.

No había visto a uno de esos moteros adentro, aunque había estado de espaldas al ruido del club, reconcentrado en su bebida y en el diálogo con los suyos.

Los bastardos se habían hecho la fiesta afuera porque el escándalo de la música, risas y charla les había dado el espacio. En defensa de Viper y los demás, no creyeron que los Raven se atrevieran a tamaño desafío. Se habían equivocado.

—Estos cuervos de mierda—murmuró Viper entre dientes, frotándose la frente con una mano—. Vamos a darles lo que se merecen. Lo que nos hacen, les llegará doble.

Había una promesa de violencia implícita en sus palabras, y los gruñidos de Reaper y Torque las reafirmaron. Ninguno de ellos era de arredrarse, y si habían dejado atrás sus tiempos violentos, estos podían invocarse en aras de la revancha y de finalizar a quienes pretendían imponerse sobre ellos.

Viper envió un mensaje al chat del club para hacer saber lo ocurrido, y ordenó a los prospectos a mover el culo para venir a ayudar con las motocicletas arruinadas. Sería necesaria la grúa del taller mecánico y uno de los vehículos de carga, además de los tres jóvenes que estaban

en el período de prueba para ingresar a los Caballeros Oscuros.

El silencio que siguió fue cortante mientras volvían al *Inferno*, donde el bullicio habitual continuaba, ajeno al caos que se había desatado en la entrada. El heavy rock resonaba en las paredes, las luces parpadeaban sobre las bailarinas de pole dance en el fondo, y Whiskey estaba en la barra, sirviendo con su típica eficiencia y control de la multitud.

Sin embargo, ni Viper ni Torque estaban para mezclarse con el resto de los asistentes. Ambos enfocados en la tarea de investigar y conseguir datos se dirigieron directamente a la sala de seguridad, situada en una zona trasera del bar, donde Zero ya estaba revisando los monitores de vigilancia. La puerta detrás de ellos se cerró con un ruido seco, aislándolos del ruido.

—¿Qué tienes para nosotros?—preguntó Viper, su tono firme y serio, dejando entrever la impaciencia que empezaba a consumirlo.

Zero, inmerso en las pantallas, levantó una mano para que esperaran un momento mientras seguía revisando las grabaciones. Los videos del ataque llenaban los monitores, mostrando a los Ravens golpeando las motocicletas con brutal saña, brazos eficientes con los bates, mientras otros despedazaban las cubiertas. La imagen del cuervo en sus chaquetas era inconfundible, las alas negras abiertas en un despliegue desafiante.

—Aquí están, los malditos—murmuró Zero, ampliando la imagen en uno de los monitores—. Las cámaras de seguridad los han captado bien, pero no será fácil seguirles el rastro. Van con cascos cerrados y motos sin placas visibles.

Torque dio un golpe en la mesa, frustrado.

—¡Siguen tocándonos las pelotas, hijos de mil puta!—gritó con frustración.

—Debe haber algo que nos permita identificarlos—Viper se enfocó en las imágenes, sus ojos como láseres tratando de ver tatuajes distintivos, y eso dio fruto. Señaló algunos y Zero rápidamente les fue haciendo zoom—. Estos no son habituales, si logramos encontrar al tatuador...—murmuró.

—Podemos tener una idea de nombres y asociados—dijo Reaper—. ¿Tienes idea de quién podría hacer estos?

Negó.

—No, pero puedo mostrarlos a algunos de mis contactos y de seguro alguien va a identificar el estilo, la temática-Su trabajo y la asistencia a convenciones hacía que tuviera muchos tatuadores conocidos—. Envíamelos, Zero.

Este asintió y trabajó en silencio. Justo en ese momento, se escucharon unos golpes fuertes en la puerta y cuando Torque abrió, Skull, uno de los moteros de los Reyes de Sacramento, entró como una tormenta desatada, su rostro endurecido por la furia.

Sus ojos recorrieron la sala con intensidad, deteniéndose en Viper.

—¿Habéis visto lo que esos cuervos han hecho a mi moto?—rugió—. ¡Me cago en la leche,

Viper! Pensé que tenían controlada esta zona.

Viper mantuvo la calma, aunque se sentía igual de rabioso. Skull tenía razón o parte de ella, mal que les pesara. Los Ravens se habían infiltrado en su territorio y los habían pillado desprevenidos. Pero no era el momento de perder la cabeza.

—Estamos lidiando con eso. Los responsables son esos nómades, los Ravens. Es la segunda vez que nos atacan, y esta vez hubo daño colateral, como es tu caso, y lo lamentamos—respondió con firmeza—. Estamos revisando las cámaras en busca de pistas que nos permitan ir tras esos bastardos. Tu presidente ya deber estar al tanto de su presencia y ataques porque Mason iba a hablar con Fury. Mal que les pese, ahora que fuiste afectado, seguro que tu club querrá involucrarse.

Skull caminó de un lado al otro, asintiendo y maldiciendo, y luego cruzó los brazos, aún iracundo, pero su actitud progresivamente más colaborativa.

—Fury no metería al club en una guerra por un suceso, aunque este me involucre—dijo, y resopló—. Claro que si esos bastardos se empeñan en provocarles, no tardarán en hacer lo mismo con nosotros—su mirada fue a la pantalla y lanzó un lamento al ver su motocicleta—. ¡Esos cabrones destrozaron mi preciosa Kawasaki! Zero, si necesitas ayuda con las cámaras, cuenta conmigo.

Skull era excelente con las redes y era el hacker de los Reyes, lo que avalaba su pericia, aunque Zero no se quedaba atrás en talento. Dos cabezas y cuatro manos, empero, podían encontrar a esos Ravens más rápido.

—Gracias, Skull—dijo Viper, asintiendo con la cabeza—. Lo que tenemos claro es que no vamos a dejar que esto se repita. Los Ravens están escalando la situación y vamos a cortarles las alas.

Zero, que había seguido trabajando en silencio, intervino.

—Puedo trabajar con Skull para revisar las cámaras de la zona sur de la ciudad. Se dirigieron a esa zona, eso es lo que he podido ver hasta ahora.

Torque, que seguía de pie al lado de Viper, gruñó con frustración.

—No es suficiente. Sabemos que están aquí, pero no sabemos dónde mierda se esconden. No podemos perseguir sombras. Deberíamos estar en nuestras motocicletas, circulando, poniendo a todos los nuestros en persecución...

Viper levantó la mano, calmando a Torque.

—Calma, tío. Vamos a hacerlo bien—dijo con voz firme—. Los Reyes nos apoyarán, Mason va a asegurarse de eso. Pero necesitamos investigar y ser inteligentes. Dar golpes a ciegas y poner Sacramento al revés rodando sin ton ni son no va a ayudarnos.

Zero asintió, recogiendo su equipo para trasladarse a la sede.

—Se impone vigilancia, más de la que hemos hecho. Ya sabemos que somos el blanco, mal

que nos pese—dijo Reaper, sacudiendo su cabeza—. Hay que patrullar, pero no dejar al descubierto nuestros locales, la sede. Debe haber vigilancia las veinticuatro horas. No pueden pillarnos con los pantalones bajos otra vez. Encárgate, Reaper—dijo.

Este asintió, y salió, Torque veloz detrás. Viper permaneció observando cómo Zero y Skull tecleaban, el segundo ahora sentado, ambos absortos en la búsqueda virtual.

Viper, solo, dejó que sus pensamientos divagaran mientras iba a uno de los monitores y miraba otra vez las imágenes del ataque. Algo en esa grabación seguía resonando en su mente, pero no era el asalto en sí lo que le inquietaba.

Cuando había mirado los tatuajes de los moteros la había visto en el fondo de la composición. Era la mujercita gótica. Beatrix. Hizo zoom en la grabación para observarla de cerca.

Si bien la imagen era granulosa, apreció su terror y la forma en que temblaba, apostada detrás de su coche. Le fue imposible apartar la vista de la pantalla.

Había algo en su fragilidad, en la manera en que sus ojos reflejaban una mezcla de miedo y confusión que lo descolocaba.

¿Qué coño estoy haciendo, mirando esto? se preguntó, aunque sabía la respuesta. Ella despertaba algo en él, y le gustaba bien poco admitirlo. La gótica era una contradicción andante: una mujer pequeña, delgada, muy blanca. Música, y de un instrumento al menos extraño, o ajeno totalmente al mundo motero. Tal vez era eso lo que le llamaba y casi fascinaba. Lo diferente. Tenía tatuajes, los vio: mariposas y polillas tatuadas alrededor de un nombre de mujer en su muñeca. ¿Qué historias escondía esa mujer?

Viper se recostó en la silla, resoplando con frustración. Él no era el tipo de hombre que se complicaba la vida con sentimientos. Su lealtad era hacia el club. Siempre había sido así.

Había crecido como un huérfano en el sistema estatal, saltando de un hogar a otro sin ser adoptado, siempre etiquetado como "problemático". Los Caballeros Oscuros eran su familia, el único lugar donde sentía que pertenecía.

Desde joven había tenido infinidad de ligues y escarceos ocasionales con mujeres que no se parecían en nada a esta, por otro lado. Nunca sintió la necesidad de ir más allá de follar, aunque en alguna época lo hacía varias veces con la misma, más que nada por comodidad. Sentirse así de atraído y confundido, intrigado por una mujer, le era tan raro como preocupante.

Miró la pantalla una última vez antes de apagarla, y se dirigió a la salida con resolución. El rugido de las motos al salir le recordó su mundo.

Peligro, lealtad, y territorio. Esta curiosidad, estas preguntas sobre esa mujer no tenían nada que hacer en su cabeza.

SEIS.

Beatrix paseó su mirada por la vitrina del pequeño local de comida para llevar ubicado justo enfrente de su edificio. No era un lugar especialmente acogedor, pero la comida no estaba mal, por lo que solía visitarlo después de largas jornadas de ensayo.

Hoy era una de esas; estaba exhausta, sus dedos adoloridos tras horas tocando el violonchelo, y su espalda tensa por el estrés acumulado. El director de la orquesta había estado intratable.

Con el concierto acercándose y la posibilidad de conseguir una financiación a largo plazo en el aire, todos sentían la presión. Las murmuraciones saturaban el aire en los momentos de corte, pero Beatrix, como siempre, prefería mantenerse fuera de los conflictos, soportando en silencio las órdenes del director, a veces despóticas.

Frente a la vitrina, sopesaba qué comprar mientras la empleada detrás del mostrador la observaba con una expresión de impaciencia. No le gustaba entrar aquí cuando ella atendía porque era ruda, en especial si el dueño no estaba a la vista.

—¿Te decides ya o qué? Tengo tarea en la cocina, y si solo estás mirando...—soltó la vendedora con evidente fastidio.

Sí, había instantes en que ignorar no era posible, se dijo Beatrix, sintiendo una punzada de ansiedad. No era de las que entraban en discusiones, y menos por nimiedades. Prefería evitar cualquier tipo de enfrentamiento.

—Esa tarta—señaló una que estaba en la parte inferior de la vitrina—. Dos porciones, por favor.

—¿De verdad? Cortar una tarta tan pequeña es...

La empleada cortó la frase y parpadeó, de pronto más seria, mirando hacia la puerta que acababa de abrirse detrás de Beatrix. Fue como si la atmósfera hubiese cambiado.

La vendedora dejó su actitud odiosa y confrontativa, se precipitó a cumplir el pedido, tomando la tarta y trayéndola encima del mostrador con manos temblorosas y sin guantes.

Beatrix hizo un gesto de desagrado, y cuando la mujer hizo una masacre de la tarta al cortarla, se le quitaron las ganas de comer.

—Disculpa—dijo Beatrix con voz suave—. Esas dos porciones están arruinadas, no las quiero. ¿puedes darme las del extremo, por favor?

—No—la mujer hizo un gesto enfático, y le respondió con brusquedad—. Te quise advertir que esta tarta es pequeña y se deshace. Ahora tienes que pagarla.

Antes de que pudiera reaccionar, una voz profunda resonó y Beatrix se sobresaltó.

—Ella no va a pagar por pedazos deshechos que son muestra de tu ineptitud al atender a un cliente. Y tu tono es inaceptable. No creo que tu jefe sepa lo mal que atiendes su negocio.

Beatrix reconoció la voz antes de darse la vuelta. Ese tono grave y comandante no podía ser

de otro que el motero, Viper. La empleada se encogió de hombros, pretendiendo no estar afectada, pero su parpadeo traicionaba sus nervios.

—Cámbiale la tarta. Y lo mismo va para tu actitud, a menos que quieras perder tu empleo. Conozco al dueño y le gustará saber lo que opino sobre el servicio al cliente.

La vendedora obedeció de inmediato, sus manos temblando mientras hacía el cambio y envolvía las porciones de tarta con extremos cuidado.

Beatrix tomó el paquete y pagó, agradeciendo a Viper en voz baja, y salió del local. Ya afuera, escuchó pasos pesados detrás, y fue evidente que él la seguía. Se detuvo y lo miró.

Le debía la cortesía de atender lo que quisiese decirle, considerando que había tomado acción en su beneficio.

—No deberías permitir que te traten así—le dijo con tono firme, sus ojos sobre ella. Sus gestos y expresión no se veían como los de un sabelotodo que pretendía darle una lección, y ella no se sintió ofendida—. Tu dinero vale lo mismo que el de cualquier otro. Esa mujer es una abusona, y ese tipo de gente hace de los tímidos y gentiles su presa.

Beatrix suspiró y se encogió de hombros.

—Lo sé, y te agradezco tu intervención, pero... No me gusta confrontar, y no considero que pelear por unos trozos de tarta valga la pena.

Mientras hablaba, su mirada se desvió hacia el asiento trasero de su coche, estacionado al frente del edificio, donde había dejado el violonchelo.

—Tengo que bajarlo—murmuró, casi para sí misma, mientras trataba de abrir la puerta, lidiando a la vez con el paquete de comida.

Viper, sin darle tiempo a reaccionar, intervino.

—Déjame ayudarte—dijo, abriendo la portezuela y tomando el violonchelo con facilidad—. ¿A qué piso vas?

Ella carraspeó, sorprendida por su decisión, pero no disgustada ni aprensiva. Esta era la tercera vez que él intervenía, y en las tres ocasiones había sido para ayudarla de algún modo.

Caray, esto ya se le estaba haciendo costumbre. Parecía necesitar rescate con frecuencia, joder.

—El tercero—respondió Beatrix—. El ascensor está roto—agregó.

Viper asintió y caminó hacia el edificio con determinación. Ella le siguió.

—¿Cómo lo haces todos los días? —preguntó mientras subían las escaleras—. El instrumento es muy pesado, ¿cómo es que tú...?

No terminó la frase, pero Beatrix entendió que se refería a su tamaño en relación al del violonchelo.

—Me he acostumbrado—respondió con una leve sonrisa.

Cada día de la pasada semana había sido un pequeño desafío en la jodida escalera, pero había

persistido. No era como si fuese a dejar su amado instrumento en el auto a merced de cualquiera que pudiese robarle.

La ayuda era más que agradecida, especialmente después de un día agotador como el que terminaba. Subió detrás de él, apreciando la facilidad con la que cargaba el violonchelo.

Sus músculos tensos y su caminar seguro la hacían sentir pequeña, frágil a su lado.

—¿Por qué te llaman Viper? —preguntó, rompiendo el silencio, y antes de recriminarse que no era algo que tuviese que inquirir.

Tal vez era intrusivo, y no es como si tuviesen que conversar.

—Mi primera moto fue una destartada Serpento Viper—respondió él sin demostrar molestia ni dudar—. Y el apodo se quedó desde que era un prospecto en el club.

La manga de su chaqueta se subió al mover su brazo, y Beatrix apreció el tatuaje de una serpiente enredada en el antebrazo y rodeando su muñeca, la lengua emanando de una cabeza con colmillos atemorizantes en su preciso dibujo.

Beatrix se encontró mirando su propio tatuaje, el nombre de su hermana rodeado de mariposas y polillas y notó la mirada curiosa de Viper, que la dejó pasar al llegar al piso señalado. Ella caminó a su puerta, y él la siguió.

—He visto tu tatuaje—dijo—. ¿Tiene algún significado especial?

Beatrix se tensó. No estaba preparada para abrirse sobre sus heridas pasadas.

—Me gustan las mariposas—respondió, evasiva, y se encogió de hombros, extendiendo sus manos para tomar el instrumento.

Viper la observó unos segundos antes de darle el violoncelo.

—Son bonitas, sí. Es un diseño que las mujeres piden bastante—dijo finalmente, respetando sus límites.

—Oh, ¿y cómo sabes eso?

—Soy tatuador, además de motero—sonrió, y Beatrix pensó que le cambiaba la cara.

Con una sensación extraña en el estómago, decidió cambiar de tema.

—¿Habéis descubierto algo sobre los que atacaron las motos?—preguntó, pensando que era amable de su parte inquirir sobre el incidente que había presenciado.

Él y los suyos habían aparecido furibundos, frustrados. Y el ver cómo la mandíbula de Viper se tensó le dijo que la herida estaba abierta.

—Estamos vigilando y encontraremos a los que lo hicieron. Pero no te preocupes, las calles están seguras. Cualquier problema, sin embargo, no dudes en ubicarme.

Beatrix frunció el ceño. ¿Cómo iba a hacer eso? No, se dijo, no es una opción, era mejor alejarse.

—No tengo tu número—añadió, y su mente se sorprendió por la libertad de su boca, que habló sin obediencia a su razón.

Viper extendió su mano.

—Dame tu móvil.

Joder. Algo estaba mal con sus miembros, porque su mano rebuscó en la bolsa y se lo dio sin problemas, mientras su mente gritaba que no, que no convenía. Él, ajeno al caos de su cabeza, tipeó su número con velocidad, y le devolvió el teléfono.

—Aquí lo tienes. Llámame si necesitas algo.

Ella tomó el papel, agradeciendo el gesto, pero no dio su número en respuesta. No estaba lista para abrirse tanto.

Antes de despedirse, Viper echó un vistazo al violonchelo.

—¿Dónde tocas? —preguntó, y su interés apareció genuino.

Beatrix, sorprendida por la pregunta, contestó sin vacilar.

—La orquesta de Sacramento. Estamos preparando un concierto para la semana próxima en el Sacramento Memorial Auditorium. Es importante... habrá críticos y patrocinadores.

Viper asintió, despidiéndose. Mientras lo veía alejarse por el pasillo, Beatrix no pudo evitar pensar en lo atractivo que era.

++++

Viper, unos minutos atrás...

Hizo un giro dramático para tomar la esquina, el ruido del motor reverberando en sus oídos. Sus pensamientos eran un caos. Desde que los Ravens habían aparecido en escena, la vida del club se había torcido.

Sí, montar la motocicleta era parte de su rutina, pero en un sentido liberador y de placer. Lo que hacía en este momento era patrullar Sacramento en busca de esos malditos, quitando el sabor la recorrida.

Esto no era en vano. No estarían en paz hasta encontrar y espantar a esos bastardos. No se instalarían en Sacramento, esa era una promesa que se hacía. Fue en el medio de estos pensamientos que sus ojos se posaron en el pequeño local de comida para llevar.

La comida era buena, habían venido aquí varias veces con T-Bone y Reaper, y conocían al dueño. Desaceleró, su estómago gruñendo, y aparcó unos metros más adelante, dispuesto a comprar algo para engañar su estómago y alcanzarle comida a Zero, que estaba inmerso en la investigación en las entrañas del *Inferno*.

Se quitó el casco y meneó su cabeza acercándose a la puerta. Su mirada casual atravesó la vidriera y la conocida figura de una mujer llamó su atención. Vaya, parecía que estaban destinados a encontrarse, pensó.

Beatrix. El nombre resonó en su mente, no por primera vez esta semana. En verdad, había

pensado en ella varias veces desde que la había ayudado días atrás. Tenía que ser el instinto de protección que le acometía cuando encontraba personas indefensas.

Aunque en este caso... No estaba nada seguro de que fuese solo por eso. Algo raro le surgía al verla. No era compasión, sino algo más profundo que no estaba dispuesto a admitir en voz alta.

Traspuso el umbral del local y en silencio observó la escena: Beatrix estaba de espalda, y su voz sonó suave y amable, mientras la empleada tras el mostrador la trataba con rudeza desdeñosa que le hizo hervir la sangre.

Viper apretó los puños, sintiendo cómo la rabia se acumulaba en su pecho. No soportaba ver el destrato, menos aun cuando este era sobre esta mujercita delicada. Beatrix parecía no querer confrontar.

—Ella no va a pagar por pedazos deshechos que son muestra de tu ineptitud al atender a un cliente. Y tu tono es inaceptable...-le soltó, su tono evidenciando su desagrado.

La empleada había sido astuta como para cambiar la actitud y tratar mejor a Beatrix, además de cambiarle la tarta.

Beatrix le había agradecido con un leve murmullo, y él no permaneció en el local. Se le había quitado el hambre, y le provocó seguir a la mujercita y hacerle notar que no podía dejar que la destrataran de ese modo.

No deberías dejar que te traten así, le había dicho en cuanto la alcanzó, con ese tono de protección que surgía instintivamente en su voz al verla. Joder, es que no podía con esto, ella parecía necesitar un guardián.

Las veces que la había visto estaba en alguna situación-problema, y eso lo inquietaba. Beatrix había suspirado y se encogió de hombros, diciendo que una tarta no merecía una confrontación, y Viper había resoplado, frustrado.

Era más que eso, quiso decir, era pararse con decisión en la vida, hacerse valer. Pero calló, porque no quería discutir con ella.

¿Era esa su filosofía de vida? ¿Huir de las confrontaciones para evitar problemas? Eso lo disgustaba, pero no porque no la entendiera. Entendía que había llegado a esa conclusión porque hubo situaciones en su vida que le hicieron pensar que era lo que debía hacer.

El mundo la hacía sentirse inerte, tal vez. Mientras lo pensaba, la vio dirigirse al automóvil para tomar su violonchelo del coche. Tomó la dirección de la situación sin dudar y sin darle la opción de negarse, lidiando con el instrumento con algo de dificultad, sorprendiéndose de su peso.

Esto se hizo más obvio cuando subió los escalones hasta el tercer piso. Joder, esto no podía ser fácil para ella. Tan reservada y tímida como se mostraba, era mucho más fuerte de lo que parecía.

Subía todos esos escalones con su violonchelo a diario, luego de lidiar con el mundo, que estos días no debía parecerle sino hostil. Los ebrios, los moteros con sus bates, la ruda empleada. Se sintió admirado por su resiliencia.

Cuando le preguntó cómo hacía, ella sonrió con levedad y le dijo que estaba acostumbrada, con tal simpleza que le hizo mirarla, incrédulo.

Ella había cambiado de tema inquiriéndole por su apodo, y a Viper le gustó ese interés. La gente solía pensar en una personalidad desagradable cuando escuchaban que le llamaban víbora, pero en realidad tenía que ver con algo sencillo.

Década y media atrás había estado orgulloso de su primera motocicleta, aunque esta le dejaba a pie más veces de las que le llevaba lejos, y había sido el hazmerreír de los miembros viejos de los Caballeros.

Eran memorias que atesoraba, más allá de que luego Mason y él habían ido a la guerra con algunos de esos mismos hombres.

Había algo relajante en la manera en que conversaban. No era superficial, pero tampoco estaban entrando en territorios profundos. Cuando ella tocó el tema de su tatuaje, sin embargo, la conversación tomó un giro que él no esperaba.

Al verla tocarse la muñeca fina en que las mariposas y polillas estaban delicadamente plasmadas, le provocó saber por qué, así como quién era esa Sarah, más Beatrix se había tensado, y él lo notó de inmediato. No iba a abrirse con facilidad.

Viper la miró durante unos segundos cuando ella le dio una respuesta genérica, sintiendo que había mucho más detrás de esa explicación, pero había decidido no insistir.

Sabía reconocer cuándo alguien no estaba listo para hablar de ciertas cosas. Y él tampoco era alguien que presionara sin necesidad.

Entonces, la conversación había cambiado otra vez, esta vez hacia algo más tangible: el ataque.

¿Habéis descubierto algo sobre los que atacaron las motos?, le preguntó, y esto había hecho que Viper se tensara y sus ojos brillaran con una intensidad que no pudo ocultar.

Trató de darle tranquilidad. Ella vivía a pocas cuadras del *Inferno*, y ya había tenido que lidiar dos veces, que él supiera, con la inseguridad. Le provocó calmarla. *Estamos vigilando. No te preocupes, las calles son seguras.*

Su sugerencia, inusitada para él mismo, de que le llamara si tenía problemas, fue recibida con un encantador fruncir de ceño. Era bonita, le gustaba. Sí, le atraía, eso era obvio. Por qué, ni idea, porque no había alguien más lejos que esta tipo de mujer con la que solía follar. Pero el interés estaba bajo su piel.

La confianza con la que ella le entregó su móvil para que registrara su número fue recompensa y él se sintió entibiado. Beatrix no le dio el suyo, y él no se envió un mensaje, como

estuvo tentado. Ella claramente no era el tipo de persona que confiaba en los demás.

Antes de irse, le preguntó dónde tocaba, y ella le hizo saber sobre el concierto que tendrían en el **Sacramento Memorial Auditorium** la próxima semana.

Es importante... habrá críticos y patrocinadores, había agregado, y la ansiedad se coló en sus palabras. Viper asintió, guardando la información en su mente aunque ese tipo de eventos no eran su estilo.

Era inusitado, pero la manera en que ella habló le hizo querer estar allí, aunque no entendiera mucho sobre música clásica.

Cuando se despidió y se marchó, su mente siguió fijada en ella. Mientras montaba de nuevo en su moto, el viento golpeando su rostro, se preguntaba por qué se sentía tan involucrado.

Con tantas cosas pasando en el club y con los Ravens merodeando, ¿cómo había terminado sintiéndose así por una mujer que apenas conocía?

Resopló, fastidiado. No era el tipo de hombre que se permitiera distracciones, pero Beatrix era una incógnita. Y él no dejaba incógnitas sin resolver.

SIETE.

Había pasado más de una semana desde el último encuentro violento con los Ravens, y aunque el club de los Caballeros Oscuros estaba en alerta máxima, no habían logrado averiguar mucho más. A pesar de la ausencia de incidentes recientes, la intranquilidad seguía palpable en el aire.

Era agotador en tiempo y recursos, e implicaba que los moteros debían estar pendientes de sus tareas habituales, más la vigilancia y el patrullaje, con lo que el tiempo libre se había reducido para todos.

No eran pocas las quejas, aunque entre dientes, por supuesto, y todas sin fondo real. Ninguno era tan idiota como para ignorar el peligro que rondaba. Los Ravens eran peligrosos porque daban zarpazos desde las sombras y aprovechando distracciones, como los cobardes que eran.

Skull, de los Reyes de Sacramento, había proporcionado información clave a Zero: los Ravens estaban escondidos en algún lugar fuera de Sacramento y hacia el sur, pero los detalles exactos seguían siendo un misterio.

Así que los días se pasaban patrullando, mirando las cámaras de seguridad y esperando. Los muy cabrones sabían cubrirse bien.

Viper bebía su whisky sentado en la barra del club *Inferno* mientras cavilaba sobre la situación. Últimamente pasaba demasiado tiempo aquí. Lo justificaba diciéndose a sí mismo que el vecindario era su área de patrullaje, que tenía que estar presente, pero en el fondo sabía que otra razón lo traía a este lugar noche tras noche.

Su rutina diaria hasta hacía un mes era trabajar parte de la mañana y la tarde en el estudio de tatuajes y luego pasar el resto de la jornada en la sede de los Caballeros Oscuros, donde se encargaba de la administración general del club, una tarea que Mason le había delegado por su habilidad en la logística.

Sin embargo, aquí estaba, en el *Inferno*, dejando de lado los papeles y priorizando la cercanía con esa mujer gótica a la que no podía quitarse de la mente, y eso que lo intentaba, joder.

Beatrix se había colado en sus pensamientos sin que él lo buscara, o siquiera le gustase la situación. Su cabeza era empecinada y porfiada, y se negaba a entrar en razón.

Ella le atraía, le provocaba curiosidad, entre otras cosas. Le llamaban su apariencia delicada, su modo cauto y elegante de moverse, su figura curvada que se le antojaba sensual.

Viper estaba rodeado de mujeres vestidas con escasez y no había creído posible que alguien cubierta de pies a cabeza podía ser atractiva y provocarle imágenes tórridas.

Se había equivocado, ¡y cómo! Su cabeza convocaba pensamientos inconvenientes y atrevidos que harían a esa mujercita correr en sentido contrario de saberlo.

Le frustraba reconocerlo, pero sus sesiones masturbatorias se habían multiplicado y eran

alimentadas por su fértil imaginación, que colocaba a Beatrix en posturas sexuales y en sus espacios.

No tenía remedio, porque follar con otras no funcionaba, lo había intentado y, para su vergüenza, su miembro había cumplido merced a otra fantasía. Era incongruente que el bastardo se enterrase en una hembra deseable y experimentada que gemía con lujuria y necesitase recordar unos ojos de gacela asustada y esa piel crema para correrse.

Así que Viper había comenzado a rondar el edificio de Beatrix como un niño embobado, esperando encontrarla, cosa que solía pasar porque su agenda era rutinaria.

Con la puntualidad de un reloj suizo, Viper hacía coincidir su patrullaje con la llegada de Beatrix, lo que le permitía cargar su violonchelo por las escaleras del edificio.

Ella se había sorprendido las primeras veces, y si al comienzo lo aceptaba con evidente reticencia, ahora lo hacía con una naturalidad que a Viper le gustaba, aunque su cabeza no dejara de esgrimir que esta cercanía era innecesaria y peligrosa.

Hoy era el día del concierto. Beatrix no se lo había recordado, pero Viper había aprendido a leer sus expresiones, y ayer sus nervios eran obvios, moviendo sus manos con frenesí, tocándose el cabello una y otra vez, alisando sus mechones en un gesto que denotaba ansiedad.

La orquesta era el mundo y el trabajo de Beatrix, que era una solitaria. No mencionaba a su familia, le había dicho que tenía dos amigos músicos, y el otro ser del que hablaba era el director de la orquesta, un tipo que ella describía como *un dictador*.

Esa idea le arrancó un gesto de fastidio. La idea de que alguien le hiciera la vida difícil le molestaba más de lo que debía. Era frustrante sentir esta pulsión de cuidarla y el deseo de decir cuatro cosas al cabrón. Hostia, puta, esto no debía afectarle.

Tomó otro sorbo de whisky y saludó a Mason con un gesto de su barbilla. Este se sentó a su lado y Viper agradeció que su amigo interrumpiese el curso de sus pensamientos. No le gustaban estos, no, porque le mostraban sin control.

—Pareces cansado —dijo Mason, con su habitual tono directo.

Viper se encogió de hombros. No tenía ganas de hablar de su estado de ánimo, pero Mason no dejaría pasar la oportunidad de hacerlo.

—Torque me dijo que estás patrullando más de lo necesario. No tienes que hacerlo, ¿sabes?

—Tengo que aportar al club. Es lo que hago.

Viper bebió otro trago, evitando la mirada de Mason. Este lo observó en silencio durante unos segundos antes de asentir. Ambos siguieron bebiendo en silencio, mientras miraban el movimiento a su alrededor.

La música de fondo, mezclada con las risas y el murmullo de los otros moteros, llenaba el aire. Una de las bailarinas se acercó, sonriendo de forma coqueta.

Era hermosa, excitante y dispuesta, y a Viper no le provocó nada. Caray, tenía que estar

enfermo, consideró, mesándose la barbilla.

—¿Me invitáis a una copa? —les preguntó, guiñando un ojo.

Viper se encogió de hombros y dejó que Mason respondiera, cosa que hizo con solvencia, indicándole al camarero que le sirviera algo.

—Aquí tienes, cariño. No vamos a ser buena compañía hoy, hermosa, ve a divertirte con los demás —le dijo Mason, despidiéndola con un gesto de la mano.

La chica se alejó, dejando a los dos hombres en su burbuja. La conversación fluyó de manera más relajada mientras bebían, hasta que Mason, con una mirada curiosa, soltó una pregunta que Viper no esperaba.

—¿Qué pasa contigo, Viper? Estás apático, y no hablo de tus responsabilidades, que cumples más allá de lo necesario. A varios les ha llamado la atención que pareces retirado del sexo— Lanzo una risotada, porque la indignación de Viper fue cristalina en su cara—. Anda, cabrón, dime, ¿estás viendo a alguien?

Este resopló y arqueó una ceja, sin dejar de beber. No solían hablar de sus vidas personales, y aunque sabía que Mason lo hacía con buena intención, la pregunta lo cogió desprevenido.

—No. Sabes que no soy de esos —respondió, su tono tranquilo pero firme.

Mason lo miró por un momento más antes de encogerse de hombros. Claro que sabía bien que Viper no era el tipo de hombre que se involucraba en relaciones sentimentales.

Su vida siempre había girado en torno al club y su Harley. Todo lo demás era secundario, si es que había algo más.

—Solo lo digo porque... ya sabes, nunca se sabe qué puede cambiar las cosas.

Viper asintió, sin decir nada. Cambiar las cosas... Era curioso cómo esas palabras resonaban en su mente mientras pensaba en Beatrix y en su vida solitaria.

—¿Qué sabes de los conciertos?—preguntó de repente, rompiendo el silencio.

Mason lo miró, sorprendido y confundido, como si Viper hubiera hablado en otro idioma.

—¿Conciertos? ¿Te refieres a alguna banda de rock?

—Nah, hablo de... Música clásica.

Mason negó.

—Nop, nunca he ido a nada de eso... bueno, salvo alguna función escolar de mi hermana Ava, pero eso fue hace siglos.

Viper asintió, incómodo, y luego continuó:

—Estoy pensando en ir a uno esta noche. ¿Qué crees que debería ponerme?

Mason se giró hacia él, una sonrisa maliciosa asomando en su rostro.

—Por favor, hazme el día, ponte un esmoquin, con pajarita de ser posible. Eso sí que pagaría por verlo—la diversión fue evidente en su voz.

—Vete a la mierda —gruñó Viper, justo cuando Zero se acercaba.

—¿Qué pasa? —preguntó este, sentándose junto a ellos—. ¿Qué es lo que pagarías por ver?

—A Viper vestido de traje y en un concierto—contestó Mason, carcajeándose, mientras Zero arqueaba una ceja, esbozando una sonrisa.

—Vaya, ¿estás cambiando el rock por algo más sofisticado?

Viper resopló, molesto. Sabía que los moteros eran cotillas y cualquier cosa fuera de lo común rápidamente se convertía en motivo de broma.

—Es solo un puto concierto. No es para tanto.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que mentía. Había algo más que le empujaba a ese evento.

Zero lo miró con interés, su sonrisa apagándose un poco.

—¿Tiene que ver con la chica del violonchelo?

Viper frunció el ceño. La pregunta lo incomodó al instante, y Mason, que hasta ese momento solo disfrutaba de la conversación, se inclinó hacia adelante, alerta.

—Es solo... —intentó restarle importancia, pero Zero lo interrumpió, y lo dejó boquiabierto.

—Beatrix Langley, ¿no? Vive en un edificio no muy lejos, tercer piso. Estudió en el conservatorio y tiene un puesto en una orquesta. Sus padres no viven en la ciudad.

—¿Qué...? —Viper se detuvo, atónito—. ¿Cómo sabes todo eso?

Zero se encogió de hombros, satisfecho.

—Hablé con ella en la tienda de cómics hace unos días, luego del ataque. Me parece muy maja. Además, te he visto alguna vez ayudándola con el violonchelo.

Viper sintió una punzada de molestia. ¿Zero había hablado con Beatrix? ¿Por qué le enfadaba eso? No lo comprendía del todo, pero aquí estaba, incomodándole más de lo que le gustaría admitir.

Los gestos de entusiasmo en los rostros de Mason y Zero fueron claros, lo que le puso aún más nervioso. Los jodidos se divertían a costa suya.

—Joder, colega, esto es nuevo —dijo Mason, rompiendo el silencio—. Nunca te había visto tan interesado en alguien.

—Desvariáis —contestó Viper, levantándose para dirigirse afuera y dar el tema por finalizado.

Lo último que quería era ser el tema de conversación del día.

—Me alegro por ti, hermano —dijo Mason antes de que Viper pudiera salir del bar—. De verdad.

Viper resopló, sacudiendo la cabeza mientras salía del *Inferno*. Que hicieran un escándalo por una cosa tan simple como ayudar a alguien le parecía absurda. ¿Qué había de malo en auxiliar a una mujercita con su violonchelo?

Todos sabían que no podía haber más nada, él no era el tipo de hombre que buscaba

relaciones serias. Su vida estaba dedicada al club, a su Harley. Todo lo demás era irrelevante. Si tenía fantasías extra era porque era un hombre sano con su libido natural.

Mientras caminaba hacia su moto, pensó en qué se pondría para el concierto. No era trivial, se dijo. El auditorio no era un club nocturno ni uno de moteros. Se imponía formalidad.

Quizás una camisa. Tendría que dejar la chaqueta de cuero en el coche. Joder, hacía tanto tiempo que no conducía su automóvil que ni siquiera recordaba la última vez que lo sacó del garaje.

Solo será una muestra de apoyo, ella no tiene a nadie que vaya a verla, se dijo mientras arrancaba su moto. Si su familia viniera al concierto, probablemente lo habría mencionado, ¿no?

No tenía nada que ver con el hecho de que ella era sexi y estaba seguro de que tenía que ser brillante al ejecutar su instrumento. Estaba bien ampliar sus horizontes.

No tengo que dar explicaciones, pensó, acelerando su moto. *Voy a ir porque lo siento, porque me nace, y no importa las ridiculeces que piensen. Un poco de música culta y mesurada va a calmarme y podré pensar mejor. Esto va a favorecer al club.*

Sí, eso era, estaba decidido.

OCHO.

Beatrix respiró hondo mientras terminaba de ajustar las cuerdas de su violonchelo. Estaba en la sala de conciertos de Sacramento, una de las más prestigiosas de la ciudad, famosa por su arquitectura elegante y su acústica perfecta.

Esa noche, los nervios recorrían todo su cuerpo, amplificados por la importancia del evento. La orquesta se jugaba la posibilidad de obtener un patrocinio clave. El ambiente en los camerinos era tenso, los músicos afinando sus instrumentos en un silencio roto solo por los breves comentarios del director o los murmullos nerviosos.

Como todos los miembros de la orquesta, Beatrix llevaba el uniforme reglamentario: un vestido largo de seda negra, sobrio pero elegante, que caía hasta sus tobillos. Sencillo pero adecuado para la ocasión, la prenda realzaba su porte.

Su cabello oscuro estaba recogido en un moño, dejando al descubierto su cuello. El maquillaje era leve, resaltando sus facciones pálidas, y sus ojos, oscuros y expresivos, mostraban una mezcla de concentración y ansiedad.

El director, con el ceño fruncido, caminaba de un lado a otro, lanzando órdenes con tono cortante a diestra y siniestra. Era atractivo, sí, pero para Beatrix no era más que un egocéntrico obsesionado con el control.

Nunca le había molestado demasiado, salvo en algunas ocasiones en las que la había acusado de desafinar sin motivo. Esa noche, su presión sobre los músicos era palpable. Todo debía salir perfecto.

Beatrix mantuvo su vista fija en su violonchelo, acariciando con delicadeza las cuerdas, buscando consuelo en aquel acto repetido tantas veces. Se concentraba en la música que pronto tocaría, intentando calmar la inquietud que le pesaba sobre los hombros.

—Estamos listos —anunció el director, de pie frente a ellos, mientras los músicos tomaban sus posiciones.

En cuanto Beatrix tomó su lugar en el escenario, se dejó invadir por la maravillosa sensación de paz. Sentía la madera bajo sus dedos y el peso familiar del violonchelo contra su cuerpo.

Mientras el público se acomodaba en sus asientos bajó la mirada hacia las partituras de *Elgar's Cello Concerto*, una de las piezas más emotivas y desafiantes del repertorio.

También tenían prevista la interpretación de la *Sinfonía No. 5* de Beethoven, una obra clásica que siempre dejaba al público en un silencio reverente. Concluirían con una pieza más moderna: *Adagio for Strings*, de Samuel Barber, cuya sencillez desnudaba emociones profundas.

El ambiente en la sala se llenaba de anticipación. Beatrix ajustó su postura, sus manos firmes en el mástil del violonchelo, y cuando el primer golpe de batuta del director marcó el inicio, todo lo demás desapareció.

El sonido llenó el aire, las notas fluyendo como una corriente continua de emociones. Los movimientos de sus brazos eran precisos pero fluidos, como si formaran parte de la música misma.

Su mirada se mantenía fija en el director, pero su mente viajaba por la melodía, dejándose llevar por la fuerza de la música. Cada vibración del violonchelo resonaba dentro de ella y sus pensamientos se diluyeron en una especie de túnel donde solo había sonidos perfectos y sensaciones de sus sentidos.

Sus dedos se movían con delicadeza y maestría, logrando que cada nota resonara con el peso de sus sentimientos reprimidos. En estos instantes era que escapaba, cuando era ella misma sin las barreras de la tristeza o el miedo.

Con cada movimiento del arco sobre las cuerdas, sentía que liberaba un poco más de esa carga que llevaba. Fluyó y voló con esta, y disfrutó. Cuando la última nota del *Adagio for Strings* se desvaneció, el público estalló en aplausos.

Los rostros de los asistentes reflejaban admiración; muchos de ellos vestían trajes elegantes y vestidos de gala, representando a la clase alta de Sacramento que había acudido para presenciar el concierto.

Entre el público, Beatrix reconoció a algunos críticos conocidos, los mismos que escribían las reseñas que podían elevar o hundir carreras musicales. Pero algo llamó su atención: un hombre en particular, cerca del fondo del auditorio, se movía hacia la salida justo cuando los aplausos aún resonaban.

Era alto y corpulento, vestido con ropa oscura. Por un instante, Beatrix pensó que lo reconocía. Parpadeó, sintiendo el corazón acelerarse.

—¿Viper? —murmuró para sí, sin poder creerlo.

¿Era de verdad él? ¿Por qué habría venido él a un lugar como este? ¿A escucharla? Sabía que le había mencionado el concierto, y varias veces, pero jamás pensó que la tomaría en serio.

Beatrix negó con la cabeza, diciéndose que era una tontería. *No puede ser él*, pensó, aunque deseaba con fervor que lo fuera.

La relación que se había gestado entre ellos era peculiar, diferente a cualquier otra que ella hubiera experimentado. No hablaban mucho, pero cada vez que coincidían, parecía que algo les conectaba y fluía entre ambos.

Viper no era un hombre de muchas palabras, pero cuando hablaba, lo hacía con una sinceridad que la desconcertaba. A menudo le daba consejos, siempre breves, pero directos. Le hacía pensar que ella le importaba y eso era bello y aterrador al mismo tiempo.

¿Estás comiendo bien?, le había preguntado unos días atrás. *Tengo entendido que los artistas suelen olvidarse de esas cosas.*

Ella le había respondido con una sonrisa tímida, diciéndole que no se consideraba una artista,

pero que sí, en ocasiones no se alimentaba bien. Luego él, preocupado por las ojeras que veía en su rostro, le había preguntado si dormía lo suficiente.

Beatrix no tuvo valor para decirle que las pesadillas a menudo la mantenían despierta por las noches. Y que él a veces aparecía en estas.

En suma, el motero era un hombre exteriormente rudo y en apariencia frío, pero no era lo que ella recibía cuando socializaban.

Sin poder comprobar si había sido él o no, Beatrix siguió a los demás atrás del escenario. El ambiente tras bambalinas era de alegría. El director, ahora con una sonrisa de satisfacción la primera en toda la noche, les anunció que el patrocinio que tanto necesitaban era un hecho.

Beatrix sintió alivio, y aunque estaba contenta por el éxito de la orquesta, una parte de su mente seguía distraída, preguntándose si de verdad había visto a Viper. El director se acercó a ella, su rostro serio pero con una chispa de satisfacción en los ojos.

—Has tocado bien esta noche —dijo, lo que la tomó por sorpresa. Rara vez recibía elogios directos de él—. Muy bien, de hecho.

Su mirada adquirió un tono más íntimo, lo que no le gustó a Beatrix.

—Gracias —respondió.

—Me preguntaba si querías celebrar conmigo. Yo...

—Mi familia me espera en una hora—dijo con celeridad, y procuró que su rostro no demostrara su confusión y disgusto.

No quería nada que no fuese profesional con este hombre, un virtuoso de mal carácter que podía tomarle idea si ella sonaba despectiva, y del que se rumoreaba que era un seductor que saltaba de cama en cama, generalmente de mujeres más jóvenes que él.

Beatrix no necesitaba problemas en su vida, y este tenía esa palabra escrita por todo su rostro. El director asintió, pero la intensidad en su mirada no desapareció, lo que la incomodó, pero la aparición de uno de los productores a su lado se llevó su atención.

Cuando se marchó, Beatrix soltó un suspiro, aliviada de no tener que lidiar con más insinuaciones de su parte.

Había un buffet esperándoles y Beatrix se quedó una hora hasta que fue correcto despedirse sin ser vista como una antipática. Cuando estuvo afuera del teatro, parpadeó con asombro al ver a Viper apoyado contra su coche, esperándola. Su corazón dio un vuelco inesperado.

¿Qué me pasa? ¿Por qué pienso que esto es lo mejor de la noche? Debería pensar que el concierto lo fue.

Sin embargo, apuró el paso, la ansiedad y el contento llenándola.

++++

Viper nunca se había sentido más fuera de lugar que al entrar en la sala de conciertos de Sacramento. Todo en aquel entorno le resultaba ajeno, desde la arquitectura elegante hasta los murmullos educados que flotaban en el aire.

Había observado a los asistentes mientras caminaba por los pasillos con lentitud. Hombres vestidos con trajes oscuros, mujeres con vestidos formales y joyas que brillaban bajo la luz de los candelabros.

Todos hablaban en susurros, como si cualquier ruido fuerte fuera una infracción al protocolo. Nada que ver con el rugido de motocicletas y el estruendo del rock que solía acompañarle en el club.

Se había sentido muy observado. Varias personas le lanzaban miradas discretas, incómodas con su presencia. Era obvio que lo veían como una anomalía: su porte, aún sin la chaqueta de cuero negro de los Caballeros Oscuros, evidenciaba su condición, y los bordes de alguno de sus tatuajes asomaban en su cuello y en sus manos.

Pero Viper no se dejó amilanar. Estaba aquí por una razón, y esa razón no tenía nada que ver con los juicios de los demás. Había buscado su asiento, alejado del escenario, y se acomodó, cruzando los brazos sobre el pecho.

El ambiente estaba cargado de una anticipación que no comprendía. ¿Qué tenía de especial este tipo de evento? No había velocidad, no había adrenalina, y sin embargo, todos parecían expectantes, como si lo que estaba por suceder fuera trascendental.

Cuando la orquesta comenzó a tocar, algo dentro de Viper despertó. Las primeras notas llenaron el aire, y por un momento, Viper se quedó inmóvil, absorbido por la magnitud de lo que estaba escuchando.

La música era... diferente a cualquier cosa que había experimentado antes. Se sintió en paz, como si las melodías se infiltraran en sus pensamientos y apaciguaran sus constantes preocupaciones. Era como si esa combinación de sonidos lo conectara con algo más grande que no comprendía del todo.

Y entonces, sus ojos se clavaron en ella. Allí estaba Beatrix, sentada con su violonchelo entre las piernas, completamente concentrada en el instrumento. Su postura era impecable, y su expresión tan intensa que parecía perderse en la música.

Sus manos se movían con destreza, con pasión. Cada movimiento, cada nota que extraía del violonchelo, parecía venir de lo más profundo de su ser. Y la emoción que transmitía era palpable.

Viper no apartó la vista de ella. Verla así, tan inmersa en lo que hacía, le provocaba una mezcla de asombro e interés. Era como si estuviera descubriendo una parte de ella que no había imaginado.

La fuerza y la delicadeza de su música lo transportaban a un lugar en su mente donde todo

parecía más claro, más nítido. ¿Cómo era posible que esa pequeña mujer, que parecía retraída y tímida, pudiera generar algo tan poderoso?

Sentía una curiosidad insaciable, más de la que había sentido por alguien en mucho tiempo. Y mientras la música continuaba, Viper se sorprendió a sí mismo al aceptar que quería saber más de ella, entender qué la impulsaba.

No era solo su atracción física lo que lo intrigaba; era el misterio detrás de su pasión, de su talento, de su manera de ser.

Cuando la música terminó y los aplausos inundaron la sala, Viper supo que no podía quedarse mucho más. No era su mundo. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia un pasillo lateral, buscando la salida.

Mientras caminaba, pasaba desapercibido, casi como una sombra entre las figuras formales, y se le antojó verla. Quería ver cómo se comportaba entre los que eran más cercanos a su pasión.

Se deslizó por uno de los pasillos hacia el área tras bambalinas. Beatrix estaba conversando con otros músicos, su rostro iluminado por una sonrisa genuina que lo desconcertó. Nunca la había visto sonreír así antes. Era como si el peso que llevaba sobre los hombros hubiera desaparecido por completo.

Pero su alivio duró poco. Viper observó al director de la orquesta acercándose a ella y se tensó. Se detuvo a unos metros, escuchando. El hombre se inclinó hacia ella, sonriendo de una manera que a Viper no le gustó nada.

Le hacía una invitación, su tono suave pero cargado de una intención que Viper reconoció de inmediato. Su mandíbula se apretó al ver la mirada predatoria del director. Sin embargo, Beatrix declinó la invitación con calma, mencionando que su familia la estaba esperando.

Viper dejó escapar el aire que había estado conteniendo, relajándose un poco al saber que no iría con ese tipo. Aun así, el mal sabor de la escena permanecía en su boca mientras se alejaba y se posicionaba cerca de su vehículo. Apoyado contra el capó, encendió un cigarrillo y esperó.

El aire fresco de la noche ayudaba a despejar su mente. No sabía bien por qué estaba allí, pero algo dentro de él lo empujaba a asegurarse de que estuviera bien. Era un instinto que había desarrollado con el tiempo, quizás por su papel en el club, o tal vez por algo más profundo.

Cuando la vio salir del edificio, envuelta en su abrigo, sintió una especie de alivio. Parecía frágil, más que cuando la había visto en el escenario. Se adelantó, apagando el cigarrillo, y se acercó a ella.

—Lo hiciste bien —le dijo, su voz ronca y baja, mientras tomaba el violonchelo de sus manos para cargarlo él mismo.

La sonrisa que ella esbozó le provocó... No lo quiso analizar. No era lujuria, no era simple atracción. Era... más.

—Gracias... —respondió ella, sonrojándose.

—¿Tienes planes para celebrar? —preguntó Viper, sintiéndose torpe mientras hablaba—. Si no, podríamos... no sé, tomar algo. —Con rapidez agregó—. Claro, si tienes que ir con tu familia o algo, lo entiendo.

Beatrix parpadeó, negando, y contestó:

—No, no hay nadie esperándome. Y me gustaría hablar con alguien esta noche.

Viper asintió, sintiendo satisfacción por su respuesta. Le ofreció pasar por su casa para que dejara su vehículo y entonces recogerla.

Beatrix aceptó, y mientras la seguía en su camioneta, Viper se preguntaba qué demonios estaba haciendo. No podía sacudirse la sensación de incomodidad.

Él no era un hombre que fuera a conciertos, y mucho menos alguien que esperara largo rato solo para conversar con una mujer. Y menos una como ella.

Sin embargo, parecía que ahora sí lo hacía, se dijo. Beatrix lo intrigaba, le hacía sentir y querer cosas que no había experimentado. No tenía claro qué, pero una cosa tenía segura: no pensaba retroceder.

—¿Qué demonios estás haciendo, Viper? —murmuró mientras seguía su coche por las calles de Sacramento.

NUEVE.

Beatrix aún no podía creerlo. Menudo sorpresa fue encontrar a Viper recostado casualmente contra su camioneta, esperándola. Su imponente figura destacaba perfilada por la tenue luz de la calle.

El impacto de verlo allí, después de la energía del concierto, la dejó sin palabras. Cuando lo primero que recibió de él fue una felicitación expresada con su voz grave y cálida, casi se vuelve gelatina.

Lo hiciste bien, le dijo, y sus palabras resonaron con una genuina admiración que Beatrix no había sentido antes. No de esa manera. El hecho de que alguien hubiera estado en el auditorio esta noche, solo por ella, la tocó profundamente.

La música había sido su refugio durante mucho tiempo y aunque sus compañeros la consideraban talentosa, no recordaba que alguna persona además de ellos se lo hubiese dicho o hubiese venido a apoyarla.

Ni siquiera sus padres. Ese pensamiento la entristeció por unos segundos. Ellos nunca habían venido a verla tocar, ni una sola vez, y eso era una herida honda que dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Sin embargo, Viper estaba allí. Aquel motero, que parecía tan rudo y ajeno a su mundo, había venido. Ese hombre en apariencia duro y prescindente era un caballero.

Incluso su atuendo esta noche era un intento por encajar en el ambiente del concierto, y eso le resultó entrañable. Esta ropa, por otro lado, le sentaba de maravilla, ajustándose a su cuerpo fuerte y atlético, destacando sus anchos hombros y su firme postura.

Mientras conducía hacia su casa, Beatrix sintió que la soledad que la acompañaba después de cada concierto desaparecía.

Viper la seguiría hasta que guardara su violonchelo a salvo en su apartamento, y luego la llevaría a algún sitio, eso dijo. Beatrix no dudó. Se sentía segura a su lado, y esa era una sensación que hacía tiempo no experimentaba.

Al llegar al edificio, aparcó con cuidado. Viper bajó de su camioneta con la misma facilidad que cuando montaba su moto y la ayudó a sacar el violonchelo. Beatrix sonrió todo el tiempo mientras subían por las escaleras.

El peso del violonchelo en manos de Viper parecía insignificante. Mientras lo seguía, lo miró sin cortarse. Su espalda ancha, los músculos de sus brazos, el tatuaje de una serpiente enroscada en su antebrazo. Era una figura imponente, pero lo que más la sorprendía era cómo conseguía ser tan cuidadoso y considerado con ella.

Agradeció su ayuda, y cuando terminaron de guardar su automóvil e instrumento y él le ofreció su mano para que subiera a la camioneta, el gesto galante la maravilló.

—Pensé que solo conducías tu moto —comentó Beatrix, mirando el enorme vehículo.

Viper soltó una risa grave que pareció resonar en su pecho ancho.

—La mayoría de las veces, sí. Pero hay que variar de vez en cuando.

Él condujo en silencio hasta un pequeño restaurante. El sitio no era lujoso, pero resultaba perfecto. Las luces tenues y la atmósfera tranquila les brindaban el ambiente adecuado para la conversación. Pidieron algo ligero.

—Me gustó lo que hiciste —dijo Viper, rompiendo el silencio mientras cruzaban miradas por encima de la mesa—. No sabía que la música podía hacer sentir tanto.

Beatrix sonrió, sorprendida por sus palabras.

—Es... lo que amo hacer —murmuró, bajando la mirada por un momento—. Empecé a tocar cuando era niña.

Viper asintió, bebiendo un sorbo de su cerveza.

—¿Siempre supiste que querías dedicarte a esto?

Beatrix vaciló, los momentos difíciles de su adolescencia pasando a la velocidad de la luz por su mente.

—No exactamente. Mi hermana... Sarah... Ella murió cuando éramos muy jóvenes. Después de eso, me refugié en la música. Fue la única manera que encontré de lidiar con las pérdidas.

Viper no dijo nada durante unos segundos, pero Beatrix notó la sombra de comprensión en sus ojos.

—Lo siento —murmuró él, su voz baja, cargada de pesar.

—Está bien —dijo Beatrix, aunque el dolor seguía presente. No quería profundizar en ello, así que cambió el tema—. ¿Y tú? ¿Siempre supiste que querías ser parte de un club de moteros?

Viper se encogió de hombros.

—No siempre, pero... No hay mucho que contar. Crecí en el sistema de acogida. Nunca me adoptaron. El club... fue lo primero que me dio un sentido de pertenencia.

Beatrix sintió una punzada de tristeza por él, porque las frases cortas no alcanzaban a minimizar la dureza que debió ser su infancia y adolescencia. .

—Debe haber sido difícil...

Viper asintió, y por un breve instante, ella vio vulnerabilidad en su mirada y en su rostro. Pero tan rápido como apareció, él lo ocultó de nuevo.

—Es lo que es. El club es mi familia desde que recalé en él como prospecto.

A medida que avanzaba la conversación, Beatrix sintió que ambos se abrían poco a poco, compartiendo detalles personales que los acercaban más de lo que habrían imaginado.

Hablaron de sus trabajos, de las dificultades que habían enfrentado, y, a pesar de sus diferencias, entre ellos surgió una especie de camaradería.

Viper habló de los Caballeros Oscuros, de lo orgulloso que estaba por lo que habían logrado,

y del respeto que sentía por Mason, el presidente del club.

También mencionó su trabajo como tatuador, y Beatrix entendió que él no debía haberse tragado su excusa sobre las mariposas en su piel. Él tenía que saber su significado. No le molestó. Un elemento más que abonaba lo cómoda y segura que él la hacía sentir, suponía.

Cuando finalmente volvieron al edificio, Viper la llevó arriba y hasta su puerta.

—Ha sido una buena noche —dijo él, con una sonrisa apenas visible—. Algo nuevo para mí.

Beatrix asintió, sintiendo un calor en el pecho que no había experimentado en mucho tiempo.

—Yo también lo he pasado bien... Gracias por acompañarme.

Viper sostuvo su mirada durante un largo instante antes de decir:

—Espero verte de nuevo.

Ella asintió, y aunque no acordaron nada, Beatrix quedó sumida en una especie de ensañación. Estuvo un buen rato reviviendo las conversaciones, las miradas que habían compartido. Era incongruente lo bien que un hombre como Viper conectaba con ella y sus necesidades.

Era una sensación tan nueva, plena y exhilarante que la tenía azorada, pero deseando explorarla. Se sentía cercana a Viper, un hombre al que sus padres temerían y despreciarían, pero, que la hacía sentir como nunca y nadie, vista y apreciada.

Viper se maravilló de lo fácil que le resultaba hablar con Beatrix. Él, que siempre había sido de pocas palabras, reservado en su propio mundo... Pero con ella se sentía cómodo. Como si la conociera desde hacía mucho tiempo.

Cada minuto a su lado le hacía querer hablar más, saber más. Quería comprender el dolor que intuía detrás de esas miradas esquivas, esa tristeza que parecía envolverla cuando mencionaba la muerte de su hermana o la ausencia de sus padres.

Mientras la miraba, sentado frente a ella en aquel pequeño restaurante, notó los detalles que la hacían única. Beatrix disfrutaba de la música. Era evidente en cada gesto, en las pequeñas sonrisas que esbozaba al hablar del concierto.

La música parecía ser su manera de liberar lo que llevaba dentro, de encontrar paz en su vida.

Sus ojos recorrieron sus rasgos, observando las micro expresiones que delataban lo que intentaba ocultar. Esos ojos oscuros, cargados de emociones que él aún no lograba descifrar del todo, pero que lo atraían más y más.

Cada vez que hablaba sobre su vida, él quería saber más, entenderla por completo, y eso lo desconcertaba. Viper no era de los que se involucraban en la vida de los demás, pero con ella... era diferente.

Después de dejarla en su edificio, fue a su casa y cambió su camioneta por su motocicleta. Necesitaba pensar, y sentir el aire fresco en la cara y disfrutar del rugido del motor le ayudaba, le calmaba.

Esta noche su mente estaba lejos de las rutas que solía recorrer. Su cabeza estaba fija en Beatrix. ¿Qué era lo que le impulsaba a querer conocer más a esa mujer? *Ha de ser la edad*, pensó, esbozando una sonrisa sarcástica mientras sacudía la cabeza.

Sabía que no era eso. No estaba ablandándose. Seguía siendo el mismo tipo implacable de siempre y cuando tuviera enfrente a sus enemigos, no dudaría. Si se encontrara con un Raven esa noche, lo demostraría sin dudarlo.

No, Beatrix le gustaba a rabiar, lo conmovía, le sacaba de su zona de confort y eso no le molestaba. Al contrario. Quería eso.

Quería compartir tiempo con ella, escucharla hablar, tocar, quería mirarla por horas. Y disfrutar de su cuerpo. Joder, cómo lo ponía esa mirada que parecía calarlo, esos dedos largos que se sentirían divino sobre su pecho, esos senos sobre él. Su polla en ella.

Lanzó una maldición, porque esta revivió al compás de su deseo. Con la intención de dejar ideas que no podía cumplir de momento, se dirigió al *Inferno*. Allí se sentó en la barra.

No tenía ganas de volver a casa, no quería enfrentarse a la soledad que lo esperaba allí. Estaba pidiendo una bebida cuando miró a su alrededor, observando el movimiento.

Las luces brillaban sobre la pista de baile, donde T-Bone estaba con una de las chicas del local, bailando, o más bien restregándose contra ella. El hombrón era el peor bailarín de la historia.

Viper sonrió y le saludó cuando el otro elevó sus manos, pero su mente seguía en otro sitio. Resopló cuando Zero vino a él, una sonrisa burlona en su faz.

—¿Qué tal ha ido la salida, Viper? —le preguntó con tono zumbón.

El hacker estaba con ganas de cotillear, era obvio, y Viper gruñó una respuesta seca.

—Bien.

Zero rio entre dientes y se inclinó hacia él.

—Es bueno abrirse de vez en cuando con los amigos, ¿sabes? Anda, dime, ¿cómo estuvo el concierto? Porque fuiste allá, ¿o no?

Viper frunció el ceño, sin intención de dar más explicaciones, y gruñó entre dientes.

—Mmm—masculló, mirando su vaso.

—Está bien explorar lo que sientes —dijo Zero con un encogimiento de hombros antes de alejarse, dejándolo solo con sus pensamientos.

Viper se quedó allí, mirando su bebida. Zero tenía razón, probablemente, pero... Ni siquiera tenía claro qué cojones sentía, como no fuese lujuria, comodidad y deseos de hablar con Beatrix, de disfrutar de la calma que ella extendía sobre él.

Protegerla, eso le provocaba. Solo que no era lo que ella necesitaba, probablemente. Él no encajaba con su vida. Ella era delicada, pequeña, con ese aire melancólico. ¿Qué podía alguien rudo y con tantas cicatrices mentales como él hacer por ella?

Debería dejar de verla, de buscarla, se dijo, intentando convencerse. Eso solo podría traerle problemas. No era alguien para él, como tampoco él para ella. Por qué parecía que sí cuando estaban juntos, era un misterio.

Su interior deseaba ir a ella, no parecía poder mantenerse alejado mucho tiempo. Tenía que, pero intuía que no seguiría el consejo de su propia razón.

Beatrix lo tenía atrapado de una manera que no podía ignorar, y aunque no debería, también sabía que la seguiría buscando.

—Ey, grandulón, ¿en qué estás pensando con tanta concentración?

Chloe se recostó contra él y sus labios se apoderaron del lóbulo de su oreja con sentido propietario. Sonrió y bebió, mirándola con atención. Era bonita, llamativa, y vestía como el pecado.

Era buena en la cama, lo sabía, y succionaba como una aspiradora industrial. Tal vez lo que necesitaba justo ahora. Dejarse ir, dar salida a su libido, desconectar de la tensión que los enemigos del club y la idea de cierta mujercita imponían en él.

Se giró para dejar a la hembra entre sus piernas, y ella sonrió con amplitud, sus manos desplazándose por sus pectorales y yendo a instalarse en su pelvis, una de ellas acariciando su polla a través de la tela.

Se abrió de piernas y dejó que Chloe abriera su cremallera y colara su mano experta por debajo de su pantalón, masturbándolo con pericia. No le preocupó el entorno, no sería la primera vez que alguien follara en forma abierta en el club.

Procuró concentrarse en el placer, y cuando este se demoró y su polla reaccionó de forma parcial, se preocupó. Joder, ¿qué cojones le pasaba? Nunca había tenido problemas en esta área.

Era rozarle y su miembro estaba a la orden, y hoy no quería responder.

—¿Qué pasa, cariño? ¿El estrés te está alcanzando? Anda, aflójate, te voy a hacer sentir bien.

Gruñó, y luego de unos minutos suspiró y palmeó la mano de Chloe con cortedad, su cabeza meneándose.

—Deja, bonita. Estoy jodido esta noche, demasiadas preocupaciones.

Ella asintió y sonrió, retirándose, aunque Viper supo que su mal funcionamiento sería objeto de cotilleo entre las gatitas del club. Poco le importaba, para ser honesto. Tenía preocupaciones mayores.

Como por ejemplo, que su salud sexual estaba atada a una mujercita gótica. Estaba seguro de que si la oferta sexual hubiese venido de la mujer de piel crema, cabello oscuro y ojos de doncella, él habría brincado tan alto como esta quisiese, y su polla estaría tan dura como una

barra de metal. Jodido, jodido, bien jodido estaba.

DIEZ.

Alejarse, eso era lo mejor y lo que su mente le decía que debía hacer. Dejarla en paz, no exponerla a un mundo que no entendería. Eso era lo que Viper se instaba a hacer a diario, y sin fallar, a diario se encontró haciendo lo opuesto.

Era como si no pudiese despegarse de su órbita. Cuando no se pasaba por su edificio con la intención de encontrarla y ayudarle, le comenzó a hablar por mensaje, con lo que la dependencia fue cada día mayor.

Desearle buen día, preguntarle por su rutina y desearle buenas noches se convirtieron en los soles de su jornada, que por otra parte transcurría a la espera de la aparición de los Raven.

VIPER: Hola, Beatrix. Soy Viper, no sé si habías guardado mi número. ¿Cómo estás? ☹️

BEATRIX: Hola! Sí, lo guardé. Estoy bien, solo un poco cansada.

BEATRIX: ¿y tú qué tal?

VIPER: Patrullando las calles. Todo tranquilo por el momento. ¿Qué tal el ensayo? 🎵

BEATRIX: Intenso. El director está muy malhumorado por el concierto que se viene. Pero lo llevo bien, me gusta tocar, ya lo he dicho.

VIPER: *Sí, no tengo duda de eso. ¿Te gustan las nuevas piezas? Me dijiste que cambiarían el repertorio.*

BEATRIX: Sí, son bonitas, pero lleva tiempo tocarlas a la perfección, más en una orquesta. Estoy necesitando descansar, honestamente.

VIPER: *No te sobre exijas. Es importante cuidarse. Disfrutar lo que haces es bueno, pero el estrés puede ser contraproducente.*

BEATRIX: Estaré bien. ¿Cómo están las cosas con el club?

VIPER: No ha cambiado mucho, aún sin noticias.

BEATRIX: *Tal vez esos moteros se fueron de Sacramento.*

VIPER: *No es factible. De todos modos, la vigilancia que hacemos mejora el vecindario.* 😊

BEATRIX: *Eso supongo.*

VIPER: Oye, habrá una exposición de fotografías sobre tatuajes la semana que viene. ¿Te gustaría ir?

BEATRIX: Suena divertido. Nunca he ido a una.

VIPER: Te va a gustar. Hay obras de tatuadores fabulosos. Vamos, te va a encantar.

BEATRIX: Está bien, me sumo. Me gusta la idea.

VIPER: Paso por ti.

+++

El ambiente en la exposición de tatuajes era vibrante, lleno de arte y creatividad. Beatrix miraba cada diseño con curiosidad, y Viper, relajado, no se separaba de su lado.

Ella sentía que él observaba sus reacciones, explicando lo que no entendía, presentándole gente. A su lado se sentía de maravilla, en un mundo diferente.

—Es increíble lo detallados que son los tatuajes. Es todo un arte en verdad—comentó Beatrix, tocando con delicadeza una de las muestras de tinta que había en un stand.

—Sí, hay mucho más de lo que parece detrás de uno. Cada tatuaje, simple o intrincado, tiene una historia detrás, además, con lo cual se torna único para su portador—respondió él con una sonrisa, observando con orgullo las obras de los tatuadores que conocía desde hacía años.

Sí, él se estaba abriendo para ella día a día. Su seriedad se interrumpía con sonrisas de aliento y placer cuando preguntaba algo que a él le interesaba. Su estoicismo no existía con ella.

Formaba parte de su día, desde que se levantaba hasta que iba a la cama merced a sus mensajes. Beatrix sentía que sus rutinas habían dejado de serlo, o al menos tenían otro sabor y color.

—Tú tienes muchos. ¿Cada uno tiene un sentido para ti?

Él asintió, y ella lo miró esperando su respuesta. Él también hablaba más, se extendía.

—Están los que son producto de mi vida en el club, y otros que tienen significado en relación con mi pasado y a lo que quiero para mi futuro. El escudo de los Caballeros, mi primera motocicleta, la serpiente de mi nombre, las alas que hablan de la libertad... Tenía alguno en la cara, pero lo borré.

—¿Tienes lugar para otros?—preguntó ella, levantando una ceja mientras caminaban entre los distintos stands.

—Me queda piel—rio—. Y quizás quiera hacerme alguno más. Mi presente es interesante—la miró con intensidad, pero luego quitó su mirada.

Beatrix sentía un hambre que no tenía forma de combatir. Quería sus miradas sobre ella, su voz, su presencia. Su paisaje había cambiado y quería su figura siempre a su lado.

Codiciosa de su compañía, cada día caía un poquito más por él, cerrando los ojos a la evidencia. ¿Cuánto demoraría en aburrirse de ir por ella, de cargar su instrumento, de llevarla a lugares interesantes?

Ella podía hablar de música por horas, de libros, de plantas, de los países a los que quería viajar, pero no sabía cuánto le importaban a él estos tópicos. *No vendría a ti si se aburriera, ¿o sí?*, argumentaba su lógica.

Tal vez, o tal vez él la veía tan sola que convocaba a su empatía. Beatrix se notaba más y más necesitada de sus toques, que eran casuales en su cintura al conducirla a algún sitio, o al ayudarla a subir en su motocicleta.

Quería abrazarlo, sentir la sensación de sus labios sobre los suyos. Quería el peso de su cuerpo sobre el propio. Quería sus noches llenas de su presencia, Viper en su cama.

Lo deseaba con una fuerza de la que no se había sentido capaz. Y no se atrevía a decirlo, o a conducirlo con sugerentes miradas o con alguna frase inteligente.

++++

Beatrix recorría una librería en procura de una novela de la que había leído buenas reseñas cuando un libro de cocina llamó su atención. Su autor era el chef que Viper había mencionado en una de sus conversaciones sobre programas de televisión que le gustaba mirar.

Eso la había sorprendido. Al recordar cómo él le había hablado con entusiasmo sobre las técnicas de cocina que admiraba, decidió comprarlo para él. Esa misma tarde se lo entregó, y Viper había dado vuelta al paquete con desconcierto.

—¿Para mí?—parpadeó, y la miró con asombro—. No recibo regalos a menudo... En verdad...—arrugó el entrecejo—. No recuerdo la última vez que me dieron uno. Los moteros solemos hacer colectas, regalar dinero. ¿Qué es?

Ella sonrió, y le alegró haber tenido la idea. Enseguida del asombro había venido una expresión de contento que le llenó el pecho.

—No es nada grande. Un libro—le dijo, y él rompió el envoltorio y cuando tuvo el ejemplar en entre las manos, sonrió amplio.

—Me encanta, gracias—le dijo.

—Sí, pensé que te gustaría —dijo ella, con una sonrisa.

—Gracias. No me lo esperaba, pero lo aprecio.

La miró con fijeza y sus ojos parecieron oscurecerse. Por unos instantes solo hubo miradas enredadas y silencio, y Beatrix respiró más lento.

—Ahora no tienes excusas para no invitarme a probar algo —le dijo luego en tono de broma. Viper la miró, sonriendo aún más.

—Lo haré, cuando perfeccione mis habilidades.

++++

La camioneta de Viper avanzaba por las calles de Sacramento en silencio, con Beatrix sentada a su lado. Iba pensativa, todavía colgada de las incidencias del concierto en el que acababa de participar.

Su violonchelo ya estaba en su apartamento, como había hecho en un par de ocasiones anteriores. Se había vuelto costumbre que él fuera por ella. Era increíble lo natural que le

resultaba estar a su lado, y su vínculo seguía fuerte y afianzándose.

Amigos, eso eran, al parecer, porque no había nada físico, a pesar de que Beatrix se moría por ello, pero no avanzaba en demostrarlo, y los ensayos frente a su espejo no rendían frutos.

Viper, ¿te gustaría que exploráramos algo físico entre nosotros?

Me gustas mucho, Viper. ¿Tú sientes lo mismo?

Te deseo, Viper.

La perspectiva de perder lo que tenían la atemorizaba y paralizaba. Lo deseaba con cada fibra de su ser, lo quería en su vida, en su día a día, en su lecho por las noches, pero la idea de perder estos momentos, aunque breves... La detenía.

Había instantes en que sentía que él quería decir más, en que la miraba con ojos de lujuria y no de amistad, pero desechaba la idea cuando él sonreía con caballerosidad y le hablaba del club, de los ensayos, de la forma en que había cocinado un lenguado. Entonces su ánimo se desinflaba.

Justo cuando estaban doblando una esquina en su camino a un restaurante el teléfono de Viper sonó. Él lanzó una mirada rápida a la pantalla antes de contestar con un tono serio.

—¿Qué pasó, Torque? —preguntó, frunciendo el ceño.

Beatrix notó el cambio en su postura, sus hombros se tensaron y su mandíbula se apretó.

—¿Qué? ¡Malditos Ravens! —rugió, golpeando el volante con fuerza, y Beatrix se asustó.

Esperó con ansiedad mientras él escuchaba la perorata de Torque por unos segundos más antes de cortar la llamada, visiblemente alterado.

—¿Qué pasa? —inquirió, nerviosa.

—T-Bone fue atacado por los Ravens —respondió Viper, su voz cargada de rabia contenida, acelerando—. Necesito ir al club.

Beatrix se mordió el labio, indecisa, pero no podía ignorar el impulso de acompañarlo.

—Voy contigo —dijo con decisión.

Viper la miró sorprendido.

—No tienes que hacerlo. No es tu mundo, lo entiendo, puedo dejarte en tu casa...

—Estamos lejos, no puedes esperar. No va a pasarme nada, lo sé. Quiero estar ahí para apoyarte.

Le ofreció una sonrisa suave, intentando calmarlo. Viper asintió, y su mirada se abocó al frente, sorteando el tráfico con velocidad. Beatrix sabía lo que sentía él por sus amigos y no pondría su temor por delante.

Nada iba a pasarle, de seguro nadie se percataría de su presencia, enfrascados como estarían en el herido. Quería ser el apoyo que Viper necesitaba, aunque sonase ridículo y tal vez no pudiese. No sería porque no lo intentaba, se dijo.

++++

Beatrix siguió a Viper adentro y el ambiente pareció devorarla apenas ingresó. Las conversaciones variadas y exaltadas brotaban de los grupos de moteros que pasaron.

Las luces de neón iluminaban el piso y paredes y la música estridente retumbaba desde el escenario. Beatrix se sintió fuera de lugar, pero Viper notó su incomodidad y puso su mano firme en la base de su espalda, guiándola hacia uno de los extremos del club, donde había más moteros apiñados.

—Estás conmigo, no tienes de qué preocuparte —le susurró, su voz grave, mientras se abrían paso entre la multitud.

El ambiente estaba cargado de nervios. Algunos de los moteros fijaron miradas extrañadas en ella y Viper, pero este los ignoró, obviamente concentrado en encontrar a T-Bone.

Este estaba sentado en una esquina, y Beatrix se espantó al ver su rostro con trazas de sangre, hinchado y desfigurado. Torque estaba con él, murmurando palabras tranquilizadoras.

—Malditos Ravens —murmuró Viper entre dientes, inclinándose hacia su amigo—. Vamos a hacerlos pagar.

—Lo sé —respondió T-Bone con un gruñido, frotándose la mandíbula—. Los bastardos me agarraron desprevenido. Me dieron una paliza importante, y hubiera sido peor de no aparecer Reaper. Eran tres contra uno.

—¡Cobardes!

Beatrix observó la escena desde una distancia prudente, sintiendo la tensión en el aire. No quería inmiscuirse en la conversación, pero la idea de que este hombre había tenido suerte de que no le mataran a golpes elevó su ansiedad. ¿Qué tal si encontraban a Viper y hacían lo mismo con él?

De repente sintió un empujón y parpadeó, sobresaltada. Una mujer se había acercado y estaba en su espacio, y no era casual ni sin premeditación. Tenía una sonrisa maliciosa y sus ojos la recorrieron de arriba abajo.

—Interesante elección de ropa para este lugar —comentó, soltando una risa que no sonó nada amistosa—. ¿Estás perdida, mosquita muerta? ¿O Viper te encontró en el vano de alguna puerta?

El tono era de absoluta confrontación, y Beatrix la miró sin acreditar, retirándose un paso para recomponerse. Antes de que pudiera responder, Viper se volvió hacia ella y la llamó, su mirada acerada gentil sobre ella.

—Chloe, ve a tu puesto. Beatrix, ven.

El gesto arrancó una mirada asesina de la mencionada mujer sobre ella, aunque se almibaró al mirar a Viper y sonreírle de un modo hiper sugerente que cerró la garganta de Beatrix.

—Gracias por venir —susurró él en su oreja cuando se acercó, y le notó mucho más tranquilo, de seguro al ver a su amigo fuera de peligro, a pesar de los golpes y la rabia que el ataque

provocaba. Los rostros de todos eran prueba de que estaban enfurecidos—. Te llevaré, Beatrix, hay una reunión convocada por Mason.

La noche terminó cuando Viper la llevó de vuelta a su casa. La situación en el club la había puesto nerviosa, pero él había estado a su lado todo el tiempo, protegiéndola de las miradas y comentarios que volaban a su alrededor.

—Siento haberte expuesto antes. Aquel no es el mejor lugar para ti —le dijo Viper cuando llegaron al frente de su edificio, su expresión seria.

—No pasa nada, entiendo que estabas preocupado por tu amigo —respondió Beatrix una sonrisa tímida.

Viper la miró por unos momentos, como si quisiera decir algo más, pero al final, solo asintió.

—Fue una noche larga. Cuídate, Beatrix—dijo antes de darle un ligero toque en la mejilla, gesto que extendió por su mandíbula con tanta ternura que Beatrix casi siguió el calor de su palma, como el gato que alimentaba, August, solía hacer cuando ella lo acariciaba.

ONCE.

El crepúsculo caía sobre Sacramento, tiñendo el cielo de tonos naranjas y púrpuras. A medida que Viper y Beatrix subían por el sendero empedrado, el murmullo de la ciudad se iba apagando, dejando atrás el bullicio del tráfico y las luces parpadeantes.

Una sensación de tranquilidad e intimidad los envolvía mientras se acercaban al restaurante con mirador. El lugar, discreto pero elegante, se encontraba apartado del caos habitual, y esto lo volvía ideal para una conversación sin interrupciones.

Beatrix se sintió un poco nerviosa, consciente de cada paso que daba al lado de Viper. ¡Hacía tanto tiempo que no tenía una cita! Si esto es lo que era, porque no estaba segura. Jugó con un mechón de su cabello, llevándolo detrás de la oreja, y le dio una rápida mirada de reojo.

Los suyos no eran nervios porque se sintiera incómoda a su lado, para nada. Su apariencia ruda y su parafernalia motera no la molestaba. Se sentía segura a su lado, además de que él parecía poder leer entre líneas lo que ella no decía.

Viper se adelantó para abrir la puerta del restaurante, en un gesto que ya era típico donde fuera que la llevara, y le hizo un gesto para que pasara, su boca distendida en una media sonrisa.

Beatrix correspondió con una más amplia, sintiendo un nudo en el estómago que no sabía si era por ansiedad o anticipación.

Una vez dentro, la atmósfera los envolvió con calidez. Las luces eran tenues, la música suave, y el ambiente íntimo hizo que Beatrix se relajara un poco más. Se sentaron junto a una ventana que ofrecía una vista espectacular del horizonte de Sacramento.

La suave iluminación de las velas era romántica, pensó, y jugueteó con la servilleta, sintiendo que se había quedado sin tema. Viper ojeaba la carta con una expresión concentrada, pero sus ojos se desviaron hacia ella de vez en cuando.

La luz del restaurante jugaba con las sombras en su rostro, destacando la línea firme de su mandíbula y sus manos, grandes y fuertes, descansaban sobre la mesa, una de ellas trazando círculos perezosos sobre el borde de su vaso de agua.

Beatrix no pudo evitar observarlo con detenimiento, notando la extraña contradicción entre su apariencia intimidante y el halo de calma que parecía rodearlo esa noche.

—¿Qué te apetece? —preguntó Viper, alzando la vista hacia ella.

—Creo que algo ligero —dijo, volviendo la vista al menú—. Ha sido un día largo.

Él asintió en silencio y volvió su atención a la carta. Beatrix se dijo que tenía que decir algo que distendiera el momento. No podía dejar que sus expectativas sobre esto se filtraran, tenía que actuar con naturalidad.

—Este lugar es increíble —comentó. Observó la ciudad a lo lejos, las luces parpadeantes bajo la oscuridad creciente—. Es tan... pacífico.

—Lo es —respondió Viper, y la mirada sobre ella fue brillante, intensa—. A veces necesito lugares así para despejarme.

Beatrix lo miró sorprendida. ¿Un motero buscando paz? La idea no encajaba con la imagen que tenía de él o del estilo de vida que representaba.

—¿Despejarte? —preguntó, esbozando una sonrisa tímida—. Nunca lo hubiera imaginado.

Él soltó una leve risa, tomando un sorbo de agua mientras la miraba con ese gesto a medias sonrisa y mohín que siempre lograba desconcertarla.

—No soy solo motos y tatuajes, Beatrix.

Ella rio y asintió. En el poco tiempo que llevaba conociéndolo, ya había descubierto que Viper no era lo que aparentaba a primera vista. Y sus facetas, todas, la intrigaban.

—Eso ya me lo has demostrado. Eres un caballero motorizado—intentó bromear, y él rodó sus ojos y meneó su cabeza—. De verdad, no has dejado de ayudarme de distintas formas desde que nos conocimos. Te preocupas por los demás, aunque lo rudo de tu exterior no lo parezca.

—Oh, Beatrix, no te engañes, hay mucho de rudo en mí, pero lo reservo para los que intentan dañarme, a mi club, o a lo que me interesa.

Ella tragó saliva, porque las últimas palabras las dijo con su vista clavada en ella. Joder, no quería imaginar, adjudicar sentido a los detalles y expresiones, pero no podía evitarlo.

—¿Siempre fuiste así?—dijo, intentando conversar como una adulta madura y no una adolescente con mariposas en su estómago.

Viper se quedó en silencio unos segundos, mirando hacia el horizonte antes de responder.

—No —admitió, su tono más bajo y reflexivo—. Antes era diferente... más impulsivo. Todo era el club, la velocidad, vivir rápido y sin pensar en el mañana. Pero uno cambia. La vida te cambia.

Mientras hablaba Beatrix observó sus gestos. La manera en la que sus dedos ásperos descansaban sobre la mesa, la tensión persistente en su mandíbula que revelaba más de lo que decía. Sus palabras resonaban en ella, las entendía.

—Creo que todos cambiamos con el tiempo —murmuró, su mirada fija en su copa de vino—. Al menos, yo lo he hecho.

Viper la observó, sus ojos oscuros sobre ella como si la escaneara y buscara desnudar sus verdades, cada palabra no dicha.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, inclinándose hacia adelante, interesado.

Beatrix desvió la mirada, balanceando la copa y concentrándose en el color del vino jugando con las luces antes de contestar.

—Supongo que la vida me ha empujado en direcciones que nunca imaginé —dijo en voz baja, evitando profundizar.

Cuando levantó la vista se encontró con los ojos de Viper que la miraban con una mezcla de

comprensión y algo más que no podía identificar del todo pero que la desarmaba.

Mientras ordenaban la comida y esperaban, la conversación fluyó con naturalidad porque ella se calmó. Hablaron de sus días, él mencionando detalles del club de forma vaga, sin revelar mucho pero lo suficiente para que Beatrix entendiera que su vida estaba lejos de ser simple.

Ella, por su parte, habló de sus ensayos y de las dificultades que enfrentaba con su director, de cómo la exigencia era agotadora pero al mismo tiempo, todo lo que ella siempre había querido.

—¿Cómo soportas a ese director tan... dictatorial? —preguntó Viper, esbozando una sonrisa divertida después de escucharla quejarse.

Beatrix rio, relajándose más a medida que la conversación avanzaba.

—Es todo un personaje, pero supongo que hay que aguantarlo cuando amas lo que haces. Sé que no es mucho, tocar el violonchelo no es algo que cambiará el mundo o me hará rica. Mi familia nunca entendió por qué es tan importante para mí.

Viper se quedó en silencio, asintiendo mientras la observaba con atención.

—Es su pérdida —dijo finalmente, su voz más grave pero cargada de sinceridad—. Ellos no saben lo dotada que eres. Te vi sobre el escenario, y créeme, eres increíble.

El rubor subió a las mejillas de Beatrix, y apartó la mirada, un poco avergonzada por lo bien que le hacían sentir esas palabras. No estaba acostumbrada a recibir elogios, y mucho menos de alguien como Viper.

La realidad era que su aprobación significaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. El silencio entre ellos se hizo más denso, pero no incómodo, como si ambos supieran que había más por decir, aunque no fuera el momento adecuado.

—Me gusta estar contigo —dijo él de repente, rompiendo el silencio—. Es fácil hablar contigo, me siento en calma y entendido.

El corazón de Beatrix dio un pequeño salto. No había esperado esto. Joder, lo deseó, pero ella no era el tipo de mujer que recibía declaraciones o halagos, y viniendo de él...

Algo cálido se le instaló en el pecho y luchó con el nudo en la garganta. ¡Cómo la desarmaba este hombre con esa mezcla de seriedad y calidez!

—A mí también me gusta estar contigo —admitió, su voz más baja, sintiendo cómo sus mejillas volvían a sonrojarse—. Me haces sentir... vista.

Viper no dijo nada por un momento, pero su mano se extendió por la mesa, rozando la de Beatrix. El gesto no fue invasivo, sino suave y tentativo, y ella no dudó.

Dejó que sus dedos se entrelazaran con los suyos, sintiendo la calidez y firmeza de su piel, antes de que ambos se relajaran, una sonrisa tímida dibujándose en sus labios.

El ambiente del restaurante desapareció a su alrededor, y por primera vez en mucho tiempo, Beatrix sintió una chispa de alegría inesperada. Y cuando Viper, sin decir más, se inclinó hacia

adelante y le hizo un gesto con su dedo índice para que viniera a él, Beatrix creyó que se incendiaría.

Su faz fue a él y su boca recibió el suave beso que él depositó, allí, experimental. Puede que ella haya gemido muy, muy levemente. Puede que haya suspirado sobre sus labios, y que sintiera estos distenderse en una sonrisa que ella degustó con la punta de su lengua, aunque esta se retrajo con cortedad al percatarse de la osadía.

La boca posesiva de Viper la persiguió, y el beso se hizo más demandante, cargado de una emoción que ninguno de los dos había expresado hasta ese momento.

La mano de él acunó su barbilla y su pulgar acarició su mejilla, suave, muy suave. Pudo haber durado minutos, siglos, segundos, no tuvo idea, salvo de que era sanador y un comienzo.

Cuando se separaron, ambos sonrieron, ella con timidez, y él con seguridad, mas en los ojos había convicción y brillo. El estado de situación entre ambos acababa de virar, y el interior de Beatrix era música de victoria.

DOCE.

Viper y Beatrix subieron los últimos escalones para alcanzar el tercer piso del edificio de la mujercita. Era increíble que no hubiesen reparado el ascensor, pero en este caso le beneficiaba, porque le permitía pensar con calma antes de ingresar al piso.

Ella le había invitado cuando él detuvo su vehículo y creyó que la noche terminaría, y que Beatrix se hubiese atrevido a dar el paso era excitante, pero él debía tener la cabeza clara y liderar lo que fuese a pasar.

Ella era tímida y cargaba con fantasmas del pasado que tenían a su autoestima de cabeza, y él no quería avanzar más de lo que ella estuviese cómoda. En verdad, estaba algo ansioso, y su mente no dejaba de darle vueltas a esa sensación inusual.

Era extraño, pero se debatía entre una mezcla de emociones contradictorias: algo de nerviosismo, pero también una comodidad que no sentía con nadie más. Beatrix le hacía bajar las defensas, dejar de lado la armadura con la que solía enfrentarse al mundo.

Cuando abrió la puerta de su apartamento y le hizo un gesto para que entrara, Viper asintió e ingresó con calma, echando un rápido vistazo alrededor. El lugar era pequeño, pero acogedor, con una atmósfera intimista, consideró.

Sí, afirmó al avanzar y percibir más detalles. El espacio reflejaba bien quién era Beatrix: era íntimo, artístico, lleno de pequeños detalles que le hablaban de su pasión por la música y su forma de ver el mundo.

Había plantas dispersas por cada rincón, algunas con hojas largas que caían en cascada sobre las estanterías llenas de libros. Estos, comprobó, en su mayoría eran de música, biografías de compositores y novelas de ficción oscura. Había un par desparramados por la sala.

La decoración, aunque sencilla, tenía un aire sofisticado, con detalles antiguos que reflejaban su amor por lo clásico. En un sitio de privilegio estaba el violonchelo, casi una primera figura en la sala.

Viper tomó algunos segundos para asimilar el entorno. En el club, todo era caos y movimiento constante, ruido y actividades que no cesaban. Pero aquí, en este pequeño espacio, se respiraba calma.

No había pensado que podría sentirse a gusto en un lugar como ese, tan ajeno a su mundo, pero lo cierto es que no sentía ni una pizca de incomodidad. El súbito ronroneo hizo que se sobresaltase, y los ojos brillantes de un gato lo observaron desde una alfombra redonda.

—Ese es August—dijo ella, sonriendo—. Me visita a menudo, se cuela por cualquier resquicio—señaló, y fue a él para acariciar su pelaje.

Una leve punzada de envidia casi hizo que resoplara ante su simpleza. El felino se dejó acariciar con la despegada indiferencia que les caracterizaba, y Viper se dijo que él reaccionaría

con beneplácito cuando esta mujercita le tocara.

No podía esperar a esto, en realidad, y se contenía desde que el beso en el restaurante había abierto compuertas en su vínculo.

—¿Café? —preguntó ella, interrumpiendo sus pensamientos.

—Claro —respondió Viper, y la siguió a la cocina, apoyándose en el marco de la puerta, observándola mientras ella empezaba a preparar las tazas.

Los movimientos eran precisos, casi delicados, pero también había una leve tensión en ellos, como si su mente estuviera en otro lugar, pensando en mil cosas a la vez. La manera en que sus manos se movían entre los estantes, el sonido suave del café vertiéndose en las tazas... siguió cada pequeño detalle con atención.

Luego, tomó la bandeja que preparó y la llevó a la sala, tomando asiento en el pequeño sofá que no parecía hecho para contener a un hombrón como él, pero que se mostró perfecto, porque ella se sentó a su lado y sus muslos y antebrazos se tocaron.

Estaba encantado de estar aquí, y la atmósfera se sentía íntima, personal. La presencia de Beatrix a su lado era perfecta, y Viper sentía que este era el lugar donde debía estar.

Observó cómo vertía el café en sendas tazas, su cabello cayendo sobre su rostro mientras movía los brazos con suavidad, y no pudo evitar sentir una ligera punzada. Era una mezcla de anticipación y deseo, una necesidad de besarla, de envolverla entre sus brazos.

Beatrix le entregó una taza de café, y cuando sus dedos se rozaron al pasarla, Viper sintió una corriente de electricidad atravesarlo. Sus ojos se encontraron por un breve momento, y aunque el contacto duró solo unos segundos, fue suficiente para que él viera que estaban los dos en sintonía.

Era curioso cómo habían pasado de desconocidos a esto, a una cercanía que no requería explicaciones ni justificaciones.

—Gracias por tu invitación —murmuró ella, llevando la taza a sus labios—. La pasé muy bien.

—También yo.

Era subestimar lo hermoso que había sido, con franqueza. Para Viper había sido exhilarante, y había sido también una primera vez. No tenía citas con mujeres, no hasta hoy.

Sus tácticas habían sido un gesto invitante de su cabeza, un llamar con sus dedos o hacer una invitación procaz y había tenido a la mujer que quería en su cama.

Esto era nuevo y le gustaba, porque era con Beatrix. Ella le hacía querer ser diferente: caballero, protector, detallista. Disfrutaba de mostrarle lo mucho que le interesaba y que lo tenía de cabeza.

Quería que lo viera, porque ella era un pajarillo tímido que no se daba cuenta de lo hermoso de su plumaje.

—Me gusta tu casa, tu estilo —admitió, mirando a su alrededor—. Me siento bien aquí. Tranquilo.

Beatrix sonrió y si hubo cortedad en el gesto, Viper percibió que una sombra se instalaba en su expresión. No había estado allí antes.

—¿Qué pasa? —preguntó, inclinándose hacia adelante, dejando la taza sobre la mesa frente a ellos—. ¿Estás bien?

Beatrix jugueteó con el borde de su camisa por un segundo antes de responder. Era un gesto nervioso que no había visto antes en ella, como si estuviera luchando con algo interno.

—Sí, es solo que... —dudó por un momento, sus ojos vagando por la sala antes de volver a los de él—. Me encanta que estés aquí, pero soy socialmente inepta, y me quedo sin palabras. No quiero... No quiero aburrirte.

Viper la observó con detenimiento. No dijo nada al principio, pero se acercó un poco más, queriendo que supiera que lo tenía ahí, a su lado, dispuesto a escuchar lo que fuera.

—Nada de inepta. Estas manitas tuyas son las más dotadas que conozco. Eres sensible y cuidadosa, eres honesta—dijo con firmeza—. Eres real. Eso es lo que me gusta de ti. Y no es lo único.

Beatrix lo miró, sorprendida por su respuesta, pero también un poco escéptica. Sí, Viper también había notado que era un pelín porfiada, en especial cuando se trataba de recibir elogios. Como si no los mereciera.

Le provocaba ir por aquellos que habían instalado esa inseguridad en ella. Como ahora mismo, que se mordía el labio inferior, como si estuviera sopesando si debía decir lo que estaba pensando.

—Siempre he sido... diferente —admitió en voz baja—. Mi familia nunca me entendió, nunca aceptaron esta parte de mí. Siempre pensaron que era una fase, o que me dedicaría a algo más "normal". Nunca encajé en lo que ellos querían. En realidad...—hubo un suspiro, y la frase que siguió lo trastocó—. No soy lo que ellos querían. No existo más que en las sombras para mis padres.

Viper asintió, comprendiendo que esta era una confesión dolorosa y valiente que desnudaba la raíz de sus inseguridades. Si él no sabía lo que era vivir en el seno de una familia, entendía que no podía ser esto.

Y en algún punto, entendía más de lo que ella imaginaba. Él también había lidiado con las expectativas de otros, con esa presión de encajar en moldes que no se ajustaban a quién era.

—A veces no es fácil ser uno mismo —respondió él—. Duele cuando los que nos importan nos desechan o nos quieren cambiar. Pero tus peculiaridades y gustos es lo que te hacen especial. No te has conformado con lo que los demás querían para ti. Has seguido tu propio camino.

Ella lo miró en silencio por un momento, como si esas palabras la hubieran tocado de una

manera que no esperaba. Había un brillo en sus ojos, una mezcla de emociones que la hacían parecer más vulnerable de lo que Viper la había visto hasta ese momento.

El silencio entre ellos no era incómodo, sino que tenía una densidad emocional que ambos sentían. Viper dejó que su mano se deslizara hasta encontrar la de ella, entrelazando sus dedos en un gesto suave y firme. No necesitaban más palabras. El contacto entre ellos hablaba por sí solo.

—Gracias —susurró ella, su voz apenas un murmullo.

—No tienes que agradecerme —respondió Viper, su tono igual de bajo, casi íntimo—. Me gusta estar contigo, Beatrix. Me haces sentir cosas que no había sentido antes, y me gustan.

Ella sonrió con timidez, y por un segundo, la tensión que había en su cuerpo pareció desvanecerse. Se inclinó un poco hacia adelante, sus labios casi rozando los de él.

—A mí también me haces sentir algo diferente —admitió, su aliento cálido sobre su piel.

Viper hubiese elevado su brazo en gesto de triunfo entonces, pero se contentó con recibir labios y la apretó contra sí, elevándola, porque ella era pequeña y atraerla sobre su regazo era necesario que sus bocas coincidieran. Algo así.

El beso fue pausado, porque Viper no tenía intenciones de apurar el contacto. Sus labios eran suaves, dulces, y le provocaba morderlos con suavidad para hincharlos y saborearlos. Sus brazos dejaron de sujetar sus hombros y se cruzaron en la espalda de Beatrix para fundirla a su pecho, y los suaves montículos se pegaron a él.

El gemido que emanó de los labios prisioneros de su boca fue directo a su polla, y torció su cabeza, dejando que su lengua jugara con las comisuras y el borde de los labios, para luego entrar en la cavidad cálida y el beso dejó de ser casto y se volvió intenso, feral, delicioso.

Había algo casi desesperado en la manera en que ella tenía sujeta su camisa entre sus pequeños puños y la manera en que su boca lo envolvía. La conexión de sus labios y sus manos, que comenzaron a acariciarse sin pausa hablaba de deseo y conexión.

Cuando se separaron, sus frentes permanecieron unidas por unos segundos, respirando el mismo aire, compartiendo una intimidad que no requería explicaciones.

—Me gusta esto contigo —murmuró Viper, su mano aún entrelazada con la de ella—. Me gusta estar aquí.

Beatrix sonrió, y en ese momento, Viper tomó conciencia de lo hondo que esta mujer lo conmovía. No podía esperar a hacerla suya, pero si esto no ocurría pronto y debía respetar los tiempos que ella quisiera, lo haría. Esto entre ellos... Joder, no era una atracción pasajera, ni un capricho momentáneo.

Beatrix apoyó la cabeza en el hombro de Viper, y él la rodeó con su brazo, sosteniéndola con suavidad, pero sin dejar de hacerle ver que le gustaba el nuevo estatus entre ambos.

Por ello la besó varias veces más en el medio de la charla intimista en la que hablaron un poco de todo, desnudando retazos de sus vidas que los conectaron más.

Los ruiditos que ella articuló cuando Viper la devoró con su boca y cuando sus dedos exploraron su escote fueron muestra de su deseo, que se vertió en sus ojos bellos, y si Viper partió esa noche con su polla henchida y necesitada, no lo lamentó.

La sesión personal con su miembro y en su casa al llegar tuvieron a Beatrix como estrella principal, y las fantasías dulces lo hicieron correr como nunca. Pronto, se dijo, pronto la llenaría de él, la haría suya.

TRECE.

El motor de la Harley rugía con fuerza bajo Viper mientras él y T-Bone surcaban las calles de Sacramento. El viento nocturno, frío y cortante, le golpeaba el rostro, pero su mente estaba lejos de aquel momento.

La forma en que su relación con Beatrix había virado lo tenía con su cabeza enredada, esta plena de ideas y fantasías con ella. Sus nohécitas, el momento en que se encontraban, se había llenado de charla íntima, de escenas domésticas en su apartamento, y de besos y caricias cada vez más tórridas que lo ponían tan cachondo que le costaba montar en su motocicleta al final de la noche.

Intuía que ella diría que sí apenas le insinuara que quería llevarla a la cama, pero mantenía la cautela porque saboreaba la expectativa y no quería presionar. Joder, estaba hecho un idiota redomado y ella lo tenía envuelto en su meñique, pero dulce e insegura como era, no tenía idea del poder que poseía sobre él. Viper no se engañaba sobre esto, no.

Empero, era en instantes como estos, cuando rodaba con los suyos o estaba en el club que se fustigaba. *¿Qué cojones estás haciendo, tío?*, se preguntó mientras apretaba el manillar de su moto. *Pareces un maldito chaval enamorado, justo cuando el club más te necesita.*

Eres un hombre curtido en la vida, en las reglas del club, en la violencia y en las traiciones, no puedes distraerte, dudar o flaquear, y mucho menos por una mujer. Resopló de manera audible, aunque ahogada por el casco.

Esa carrera ya estaba perdida, porque aquí estaba, pensando en si habría tiempo para verla antes de la próxima patrulla, pendiente de su agenda, de cualquier hueco en el que pudiera estar con ella.

No puedes bajar la guardia, hay peligro rondando, se recordó. Los Ravens estaban escalando el conflicto y la guerra con ellos no iba a acabarse sin sangre. Mientras sus emociones seguían dándole vueltas, otra realidad lo golpeaba con fuerza: su lealtad al club.

Miró de reojo a T-Bone, que conducía con el casco de su visera levantada. Las marcas de los golpes en su rostro ya estaban casi borradas, pero la humillación seguía ahí, latente.

Viper sintió una punzada de culpa. Su cabeza estaba tan metida en Beatrix que a veces perdía de vista lo que estaba en juego.

De repente, T—Bone le hizo una señal, sacándolo de sus pensamientos. Viper dirigió la mirada hacia donde su compañero apuntaba. En el aparcamiento de un pequeño autoservicio, dos motocicletas estaban estacionadas.

La sangre de Viper se enfrió de inmediato; reconocía esas motos, las había visto en la filmación del ataque en el *Inferno*.

—¡Ahí están! Esos cabrones son los que me jodieron—la voz de T-Bone se coló en su casco

a través de la conexión bluetooth, y cuando le miró, vio su rostro transformado por la rabia.

Viper apretó los dientes y se instó a mantener la calma, porque una palabra equivocada de su parte haría que T-Bone arremetiese ciego en procura de su venganza. No podían lanzarse de cabeza. Era estúpido actuar por impulso, y más cuando no sabían dónde se escondían esos hijos de puta.

—Tranquilo—respondió en un tono bajo, firme, sin apartar la mirada de las motos—. Si atacamos ahora, perdemos la oportunidad de encontrar su nido. Y no pienso dejarlos escapar para luego tener que perseguirlos otra vez. Necesitamos cortarles la cabeza de una vez.

T-Bone resopló con frustración. Lo odiaba, pero Viper confió en que vería razón. Las represalias no servían de nada si no se aseguraban de eliminar la amenaza de raíz.

—¿De verdad vamos a dejarlos así, cabrón? —soltó T-Bone, con los puños apretados sobre el manillar.

Viper asintió, su mirada fija en el enemigo.

—No importa una revancha rápida, hermano. Debemos joderlos bien—Hizo una seña para aparcar en la calle lateral sin perder visión del autoservicio—. Si los atacamos ahora, nunca llegaremos al puto fondo del asunto. Necesitamos encontrar el maldito escondite donde se ocultan.

T-Bone gruñó, su rostro tenso por la ira, pero reconoció la lógica de Viper. La paciencia no era fácil, pero a veces era la mejor arma. Viper sacó su móvil y marcó el número de Mason.

—Mason, los tenemos localizados —dijo, manteniendo la voz baja mientras describía la ubicación exacta.

Mason no tardó en responder.

—Joder, ¡por fin una pista! Buen trabajo. Quedaos ahí. No los pierdan de vista. Zero está conectando con las cámaras de la calle. No os mováis hasta que lleguemos.

Viper cortó la llamada y miró a T-Bone, que seguía observando las motos con fijeza. No era fácil contener las ganas de arrasarlos, pero era imperioso. Si se lanzaban sobre ellos lo arruinarían.

Los minutos pasaron, y parecieron horas. El aire alrededor de ellos estaba cargado de tensión. Finalmente, dos moteros salieron del autoservicio. Llevaban las chaquetas con el cuervo negro de los Ravens. Viper sintió una mezcla de ira y anticipación. *No podréis ocultaros para siempre*, pensó.

Un mensaje llegó de Mason:

—Zero ya los tiene en visión. Hay ojos en vehículos en camino para hacer el seguimiento. No los pierdan, pero tampoco se expongan. No queremos ahuyentarlos.

Viper le lanzó una mirada a T—Bone, intentando calmarlo.

—Están controlados, tranquilo. Viene un coche en camino. Si Zero no los pierde de vista, los

seguiremos hasta su guarida.

Los dos moteros arrancaron sus motos y se marcharon, sin notar la vigilancia sobre ellos. T —Bone tenía sus carrillos tensos, pero se controlaba, y Viper le hizo un gesto para que aguantara. Sabía que era difícil, pero necesitaban ser listos.

Cuando el vehículo de refuerzo les sobrepasó y fue adelante para acercarse más a su blanco, T Bone y Viper se mantuvieron a distancia segura con la ayuda de las cámaras y la voz de Zero en sus dispositivos.

Los dos moteros de los Ravens no se percataron del seguimiento y esto daba a los Caballeros una ventaja. Conforme se adentraban en el lado sur de la ciudad, las calles se volvían más estrechas y sucias, y Viper supo que estaban cerca.

—Están conduciendo hacia su nido, no hay duda —dijo T—Bone, con los dientes apretados.

—Que se sientan seguros —murmuró Viper, con la mirada fija en la carretera—. Cuanto más confiados estén, más fácil será joderlos.

Cuando llegaron a las afueras de la ciudad, los Ravens se desviaron hacia un pequeño camino rural. Las luces de la ciudad se apagaban a lo lejos mientras seguían el rastro, y cuando los Raven por fin pararon, pudieron ver que era en un galpón gigante delante del cual había una decena de motocicletas aparcadas.

Provistos de binoculares y armas, dos de los Caballeros quedaron apostados en un bosquecillo, escondidos para hacer la vigilancia necesaria. Los demás regresaron, y Viper se aseguró de que T Bone no quedara atrás.

En el ambiente se olía enfrentamiento inminente, la tensión era pesada en el aire, plena de anticipación por lo que vendría. Habían esperado este momento durante mucho tiempo, y sabían que la oportunidad de acabar con ellos se acercaba.

No sería ahora mismo, por supuesto, porque se imponía planificar. *No habrá vuelta atrás*, pensó. Al llegar al club esa noche, la atmósfera era densa. Los hombres estaban listos para la pelea.

Torque y Mason estaban preparando el arsenal en una camioneta todoterreno, mientras Zero ajustaba las cámaras y el equipo de rastreo y Reaper organizaba a las huestes como el condenado buen Sargento de Armas que era.

—Ya sabemos dónde están —dijo Mason, con una expresión de triunfo—. Ahora solo queda destruirlos.

Viper asintió, sabiendo que el final de esa batalla estaba cerca. Sacramento volvería a ser seguro para ellos; no pararían hasta que cada uno de los Ravens estuviera fuera del mapa. Pero en medio de los preparativos y los gritos, la imagen de Beatrix apareció en su mente, inesperada y persistente.

Joder, se te ha metido bajo la piel, cabrón, pensó. El club es primero hoy, no puedes

permitirte distracciones. Mas ella siguió ahí, en su cabeza, recordándole que quizá había algo más por lo que luchar, más allá del club. *Mañana*, se instó, *mañana pensarás en eso*.

++++

Era el cumpleaños de su hermana Sarah, y como cada año, la fecha traía consigo una punzada de dolor que Beatrix no podía evitar. Aunque los años habían pasado, el vacío que había dejado su muerte seguía igual de presente.

Nada lo había llenado, y cada aniversario se sentía como si el tiempo se detuviera y el dolor se reiniciara. Desayunó y se preparó tanto como pudo, y a las 8.30 el teléfono vibró sobre la mesa.

Esto era una parte más del ritual, uno que detestaba. Beatrix miró la pantalla y su corazón se encogió al ver el nombre de su madre. Ya sabía lo que venía. Una mezcla de anticipación y agotamiento emocional la atravesó. Aun así atendió la llamada, sabiendo que no contestar solo empeoraría las cosas.

—Hola, mamá —dijo en un susurro, sintiendo cómo el peso de la conversación ya empezaba a aplastarla.

La voz de su madre llegó entrecortada, como siempre lo hacía en esas fechas, empapada en lágrimas y recuerdos.

—Sarah hubiese cumplido hoy, ¿lo recordaste?—le dijo su madre, su voz quebrada.

¡Cómo si pudiese olvidarlo! Detestaba tanto como amaba este día, lo primero por la angustia y la sensación de pérdida, lo segundo porque en vida de Sarah había sido un día de festejo y alegría, y le hubiese adorado recordarlo así.

—Por supuesto, madre.

—¡Qué dolor tan grande el de su ausencia! Siento que parte de mí se fue con ella. Era tan maravillosa, tan perfecta.

—Lo era, sí—dijo.

Beatrix sabía bien que su madre sentía así, no había permitido que lo olvidara.

—Nadie nunca podrá igualarla. Tú, Beatrix, lo sabes.

—Sarah era luz y alegría—asintió, y lo sentía, oh, sí.

Su hermana no tenía la culpa de que su madre hubiese enterrado a Beatrix en vida. Hubiese estado horrorizada de la tortura mental a la que la sometía sin ser consciente de eso.

Su madre era así, sentía así. Beatrix no podía pedir que recordara que ella vivía. Oh sí, podía, pero ¿qué sentido tenía? No iba a cambiar nada. Uno no puede mendigar amor.

—Nunca has podido ser como ella.

Beatrix cerró los ojos, el golpe de esas palabras resonando en su pecho como una herida que

nunca cerraba del todo. ¡Qué crueldad para decirle a alguien! A menudo se preguntaba qué había hecho mal para no generar ni un pelín de empatía en su progenitora, pero... No tenía respuesta.

Había aprendido a soportar las comparaciones a lo largo de los años, a blindarse emocionalmente contra esos comentarios, pero en días como hoy, cuando la ausencia de Sarah se sentía tan viva, las palabras de su madre eran dagas.

Acarició con suavidad el tatuaje en su brazo, el nombre de su hermana grabado en su piel como un recordatorio imborrable de su amor, pero también del peso que siempre cargaba.

Nunca podré ser como ella ante los ojos de mis padres, pensó mientras sentía la familiar ola de tristeza envolviéndola, como si una mano invisible la apretara el pecho, impidiéndole respirar con normalidad.

—Lo sé, mamá —respondió finalmente, en un susurro lleno de resignación.

Pero por dentro, el resentimiento crecía, y con él, el eco de una vida en la que siempre había sido la segunda opción, la hermana "que no llegó a ser". El dolor de no haber sido suficiente para su madre se mezclaba con la culpa por no haber sido capaz de hacer más por Sarah.

El día, que ya había comenzado gris, se oscureció aún más cuando llegó al ensayo. Beatrix intentó mantener su mente en blanco, concentrarse solo en la música, pero la sala estaba llena de rumores y preocupaciones.

La noticia de que el inversionista que iba a financiar la próxima temporada había quebrado causó revuelo entre los músicos, y la conmoción flotaba en el aire, pesando sobre todos ellos como una nube negra.

—Esto no pinta bien —comentó Eva, nerviosa— Escuché parte de una conversación entre el administrador y el director, y parece que no tardarán en empezar los recortes.

—¿Crees que reducirán nuestros salarios?—preguntó Beatrix, sintiendo el peso de la preocupación sobre sus hombros.

—O peor, podrían empezar a despedir músicos —respondió William, mirando al suelo con desánimo.

La incertidumbre llenaba la sala, y una sensación de impotencia se apoderó de Beatrix. El ambiente era sofocante, y el ensayo no ayudó a calmar las cosas. El director, usualmente estricto, estaba de mal humor, descargando su frustración sobre los músicos. Beatrix, aún sensible por la conversación con su madre, no escapó a su furia.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —gritó el director tras un error en sus acordes, con una dureza que la golpeó como un puñetazo—. Si no mejoras, puede que ni siquiera tengas trabajo cuando todo esto termine.

Las palabras resonaron dentro de ella, agrandando las heridas ya abiertas. El esfuerzo por contener las lágrimas se volvió insostenible. ¿Qué más puede salir mal hoy? Todo parecía desmoronarse a su alrededor, y cada palabra de los demás se sentía como una nueva carga que

debía soportar.

Quería irse, huir, desaparecer de la vista de todos. Pero, más que nada, deseaba estar con Viper. Mientras caminaba hacia su apartamento, sus pensamientos giraban en torno a él. Él me equilibra, pensó, recordando cómo se sentía cuando estaban juntos.

Viper le daba esa sensación de calma que tanto necesitaba, una tranquilidad que no encontraba en ningún otro lugar. Con él, el mundo parecía detenerse, las preocupaciones se disipaban, al menos por un rato.

Pero al mismo tiempo, no pudo dejar de preguntarse si estar con él era lo correcto. ¿Es sensato estar con alguien como él? No podía negar el peligro que rodeaba la vida de Viper. Sabía que los Ravens eran una amenaza constante, que el club estaba siempre en el ojo del huracán, y eso la asustaba.

¿Cómo podía entregarse completamente a alguien que vivía rodeado de violencia? La simple idea de perderlo, de que un día no regresara, le erizaba la piel. Además, había otro temor. El ambiente en el club no era precisamente el más sano.

No podía evitar pensar en las historias que había oído, en las mujeres que rodeaban a los moteros, en las fiestas, en las traiciones. Y entonces, una pregunta la atormentaba más que ninguna otra: ¿Dónde encajo yo en su vida?

La inseguridad la carcomía por dentro. ¿Por qué no ha venido esta noche? Se tumbó en la cama, abrazando la almohada mientras su mente no dejaba de dar vueltas. Sentía que su corazón se aceleraba con cada minuto que pasaba sin saber de él. ¿Estará con otra mujer? ¿Será que ya no le intereso?

Las pocas veces que había coincidido con alguno de sus amigos moteros, había notado sus miradas sobre ella. Les parecía extraña. La veían fuera de lugar. *¿Será que le avergüenzo?* No podía dejar de preguntarse si Viper la estaba relegando, si le daba cortedad mostrarla abiertamente en su mundo.

Quizás nunca pertenecería a ese lugar, a su vida. Estaba sumida en sus pensamientos dolorosos y auto flagelantes cuando el teléfono vibró sobre la mesa de noche. Era un mensaje de Viper, y esto le volvió el alma al cuerpo.

VIPER: *No iré hoy. El club me necesita. Hemos encontrado dónde están los Ravens.*

Beatrix sintió cómo la ansiedad crecía en su pecho. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Estará en peligro? El pensamiento de que pudiera salir lastimado le helaba la sangre. Le respondió rápidamente:

BEATRIX: *Cuídate, por favor. No quiero que te pase nada.*

Pasaron unos segundos que le parecieron eternos, hasta que la pantalla del móvil se iluminó con un mensaje de respuesta: un simple emoticón de un puño cerrado. Beatrix suspiró, sintiéndose decepcionada.

Sabía que estaba concentrado en el club, pero no podía evitar sentir que la dejaba de lado, justo en uno de los días más difíciles para ella. Estoy siendo egoísta, se dijo a sí misma, intentando convencerse. No debería pedirle más de lo que puede darme.

Pero a pesar de su esfuerzo por racionalizarlo, no podía ignorar la creciente duda en su corazón. *¿Qué soy realmente para él?* Se preguntaba si estaba destinada a salir herida, si Viper acabaría eligiendo su vida en el club por encima de ella.

Mientras cerraba los ojos, cansada y emocionalmente agotada, una lágrima se deslizó por su mejilla. *No puedo soportar perder a otra persona más.* No estaba segura de si debía luchar por mantener a Viper en su vida, o empezar a protegerse del dolor que inevitablemente le causaría.

CATORCE.

Nada había salido como lo esperaban, y por ello cada motero dentro del club de los Caballeros Oscuros estaba en alta alerta. Aunque habían encontrado lo que parecía ser uno de los refugios del club rival, no era más que un lugar temporal.

El que había parecido un asunto sencillo: llegar, arrasar y hacer huir a los enemigos, se había postergado en el tiempo, y habían estado viviendo días de tensión, atrapados en el juego constante de la vigilancia sobre esos bastardos Ravens. El trabajo había sido extenuante.

El número de moteros que frecuentaban el sitio descubierto era mínimo considerando los números de moteros que se sabía pertenecían al club, y cuando habían estado cerca de al menos controlar una docena de ellos, los dos que habían quedado de guardia en el bosquecillo habían avisado de su partida y de que con ellos iban muchas cajas.

Así que suponían que el galpón era un depósito, tal vez de uso ocasional. Apenas habían aparecido por el lugar y sus movimientos, siempre furtivos, hacían difícil prever sus siguientes pasos.

Todo esto mantenía la cabeza de Viper en alerta constante, pero lo que más le inquietaba no era la misión. Era Beatrix. Sus interacciones habían sido escasas y distantes. Los mensajes entre ellos se habían reducido a lo básico, y la preocupación llenaba a Viper.

En el mundo de los moteros el deber hacia el club estaba por encima de todo, pero eso no hacía más fácil ignorar lo que sentía. Beatrix se había colado en su vida, desestabilizándola. Nunca había sentido esa necesidad de tener a alguien cerca, de compartir la rutina y las novedades, de abrazar y besar.

Hoy, empero, las cosas habían cambiado un poco, trayendo alivio. Mason les dijo que había logrado convencer a Fury, el presidente de los Reyes de Sacramento, de ayudarlos con la vigilancia por unos días, permitiendo que los Caballeros descansaran.

Viper no dudó en aprovechar el momento para hacer lo que quería. Tomó su teléfono y le envió un mensaje a Beatrix, diciéndole que iría por ella esa tarde. No hubo respuesta de inmediato, pero no le preocupó. Sabía que probablemente estaría ensayando.

La ansiedad lo carcomió las siguientes horas, y se encontró esperándola afuera del auditorio un buen rato antes de su hora de salida. Con sus manos descansando en los bolsillos de su chaqueta de cuero y sus piernas cruzadas, apoyado en su Harley, proyectaba una imagen de calma que contrastaba con la tormenta de emociones que llevaba por dentro.

Estos días sin verla habían sido tortuosos. Había pasado sus noches imaginándola, imaginando a ambos enredados, besándose, mirándose y follándose, y sus deseos estaban más allá de los pensamientos racionales.

Viper era un hombre paciente, pero en este caso, con ella... La echaba de menos, más de lo

que estaba dispuesto a admitir. Era un hombre de acción, y su instinto le decía que tenía que asegurarse de que esta mujer fuese suya. De que no lo olvidara ni dudara de lo que quería con ella.

Cuando finalmente la vio salir, acompañada por dos compañeros de orquesta, su corazón dio un vuelco. Aun a veinte metros pudo distinguir que algo le ocurría. Su figura parecía más encorvada, más frágil. Había algo diferente en su semblante, una sombra que no estaba ahí antes, percibió cuando se acercó, y eso lo inquietó.

Los tres charlaban, pero había una clara tensión en Beatrix, como si llevara un peso que sus palabras no podían aliviar.

—No es tu culpa... lo hiciste bien, el error no fue tuyo —escuchó decir al hombre que caminaba junto a ella.

Viper frunció el ceño. Algo había pasado. Sin pensarlo dos veces, comenzó a caminar hacia ellos, pero la mirada de los acompañante al verlo acercarse fue todo menos acogedora. El hombre incluso sacó un pequeño frasco de gas pimienta de su bolsillo, pero antes de que la situación se descontrolara, Beatrix intervino.

—¡Es un amigo! —dijo con firmeza, dejando claro que no había peligro.

A pesar de sus palabras, Viper notó el desconcierto en los rostros, algo que le importó bien poco. Lo que los demás pensaran de él le era indiferente. Solo lo que Beatrix creyera era valioso.

Cuando estuvo frente a ella, el pecho de le distendió en alivio, porque la tensión en el rostro de su mujercita se disipó, como si su mera presencia le quitara peso de los hombros.

Sí, Bea, dame tus preocupaciones y tus miedos que los haré desaparecer, pensó. Quería eso: aliviar sus días, llenarlos de contento y placer. *Estoy bien jodido*, pensó, pero sonrió con amplitud, su mirada fija en ella.

—Él es... Viper—dijo ella a los músicos a su lado, y estos saludaron con sus cabezas, aunque su confusión era obvia, y la desconfianza de sus ojos hablaba volúmenes de lo que sus mentes estaban considerando.

No le interesaba. Nada. Tampoco que Beatrix no les hubiese hablado de él. No le molestó. Ella no era sino tímida y de hablar poco.

—¡Ey, hola!—tomó su mano, y se maldijo por no haber traído su vehículo. Había estado tan ansioso por verla que olvidó su instrumento—. No traje mi camioneta hoy, y no vi tu automóvil.

—William me trajo—señaló a su amigo, y Viper entrecerró sus ojos al evaluarlo.

—Quería verte. ¿Es posible que se lleven tu violoncelo? Podríamos ir por él más tarde.

Quería tenerla en su moto, contra él. Miró al nombrado William, inquisitivo, y él asintió.

—No hay problema. Puedo traerlo aquí mañana, y aprovechas a descansar tus dedos, es necesario—dijo él, y Beatrix asintió.

—Venga, te ayudo—indicó, y tomó el violoncelo con suavidad y lo llevó al vehículo,

seguido por los tres—. ¿Comiste algo?—le preguntó mientras colocaba el instrumento en el asiento trasero, y Beatrix negó—. Pediremos algo sustancioso, y me aseguraré de que estés hidratada. Es importante—indicó, y ella parpadeó y sonrió, para luego asentir.

—Ha tenido un día complicado—dijo la mujer, que ahora le miraba con más interés y sin desconfianza, como si su preocupación por ella fuese la llave para aflojarse.

—Ella es Eva—la presentó Beatrix.

—Encantado de conocerlos, y gracias. Me encargaré de animarla—les dijo, y tanto ella como el hombre asintieron.

La condujo hasta su motocicleta con su mano apoyada con levedad en su cintura baja. Ella parecía más animada pero Viper intuía que algo no estaba bien. No iba a presionarla. La tristeza en sus ojos era suficiente para que su instinto protector se activara.

Tomó el casco que había traído para ella y lo colocó en su cabeza asegurándose de que le quedara cómodo, y levantó la visera para explicarle cómo hacer para hablar con él cuando rodaran. Ella asintió, y a Viper se le antojó que la veía más vulnerable que nunca, y esto lo hizo sentir fieramente protector.

Mientras montaba y la ayudaba a hacer lo mismo, Viper sintió que esto era lo correcto, perfecto. Beatrix en el asiento trasero era la pieza de su vida que faltaba. Ese espacio, que siempre había estado vacío, ahora le pertenecía.

El viaje en moto fue en silencio, roto únicamente por el rugido del motor. Sin embargo, para Viper, el único sonido que realmente importaba era el suave latido de su corazón, acentuado por el tacto de las manos de Beatrix alrededor de su cintura. Nunca había sentido una conexión tan profunda con alguien antes.

Cuando llegaron al edificio de Beatrix, ella bajó con torpeza encantadora y parpadeó varias veces, acomodando el cabello que el casco había alborotado. Su natural calma, hoy impregnada de un vaho de tristeza, era un bálsamo para él, un contraste refrescante con el mundo violento y caótico al que pertenecía.

El ascensor estaba listo, por lo cual se metieron en él, y Viper la atrajo hacia su costado, abrazándola, disfrutando de la sensación de su cuerpo contra el suyo. Ella lo aceptó sin un pero, y hubo un suspiro de contento. *Bien, pensó, así debe ser.* Esto había echado de menos: la cercanía, su aroma, mirarla y disfrutar de la armonía que creaban juntos.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó ella apenas se instaló en el sofá.

Viper no respondió de inmediato, y luego negó y estiró sus brazos para traerla sobre su falda, donde la sentó. No quería que hubiese dudas de por qué había desaparecido estos días de su vida.

—Beatrix, —dijo en voz baja, atrayéndola hacia sí, haciéndola sentarse sobre sus piernas—. Te eché de menos como no imaginas.

Los labios de Viper encontraron los de Beatrix en un beso que fue, al principio, lento y suave, pero que fue creciendo en intensidad y se acompañó de caricias y susurros contra su piel, en una reafirmación de lo que acababa de decirle.

Beatrix lo miró con ojos brillantes.

—Yo también, Viper. Mucho—murmuró.

Él suspiró hondo sobre su boca.

—Han sido días de mierda —admitió él, mientras sus dedos recorrían su cuello y trazaban su clavícula—. Creímos haber encontrado la cueva de los Ravens, y nos equivocamos. Todo lo que hacemos es vigilar a los Ravens, y esperar. Pero lo peor de todo ha sido no verte. Me volví loco pensando en ti.

Ella agitó sus maravillosas pestañas al parpadear rápido, y la sorpresa fue tan evidente en su faz que Viper la tomó entre sus manos. Ella se mordió el labio y lo miró con ¿inquietud y devoción mezcladas? ¿Esperanza y temor al mismo tiempo? Intuyó que algo así la atravesaba.

—¿De verdad piensas en mí así?

Viper asintió con seguridad. Quería reafirmarlo para que ella lo asimilase. El problema era, a su juicio, que ella estaba habituada a sentirse invisible y ninguneada.

¿Cómo, o por qué alguien tan especial como ella podía ser tratada de esa manera? Lo enfurecía, pero no perdería tiempo en eso. Le demostraría que para él contaba y mucho. ,

—Sí. No dejo de pensar en ti. Me tienes obsesionado, Beatrix. Me haces añorar cosas que nunca pensé que querría.

Beatrix lo miraba, y el descrédito pareció fundirse, ella plegándose a él.

—Oh, Viper, yo siento igual. Me he preguntado si te había espantado, si estabas aburrido de mi vida quieta y de esta rutina mía... Lo entendería, no es nada excitante...

—Shh, no digas eso, no hay otro lugar donde me sienta más en equilibrio y donde quiera estar que aquí, contigo...

—Sé que tu club es primero para ti, lo entiendo y no quiero cambiar eso—su voz se quebró—. Confieso que... Ese mundo me asusta. Los Ravens... No sé si soy lo suficientemente fuerte para eso...—luego agitó su cabeza—. No estoy pidiendo nada, no soy quién para...

—No tienes que ser fuerte, sino mía—dijo él, abrazándola más fuerte—. Estoy aquí para protegerte. Nadie va a tocarte, eso te lo prometo. Y sí eres alguien, Beatrix. O lo serás, si aceptas. Sé que suena extraño para los que no conocen la dinámica de un club motero, pero la palabra *vieja* nombra a la mujer que uno elige. Quiero que seas eso en mi vida, Beatrix.

No había planeado esto, para nada, y si su mente le dijo que no era cauto al pedirle algo tan importante, el resto de su ser no tuvo dudas de que estaba haciendo lo correcto. Era como si ella hubiese hecho clic en su vida en el mismo instante en que la defendió de aquellos ebrios semanas atrás, y le importaba nada que todavía no la hubiese follado. Eso vendría.

Probablemente antes de lo que había pensado, porque la manera en que ella lo miraba ahora mismo... Joder, estaba enervando cada nervio de Viper.

QUINCE.

No hay otro lugar donde me sienta más en equilibrio y donde quiera estar que aquí, contigo.

No tienes que ser fuerte, sino mía.

¿Se podían decir frases más bonitas? Beatrix creía que no. Viper era un subidón para su autoestima, y con sus palabras la elevaba y la hacía sentir renovada, esperanzada, vista, deseada.

Espantaba mensajes del pasado que sonaban en su cabeza y que la habían marcado por años: el no ser suficiente, el no alcanzar los estándares.

Esta noche él dio el último empujón para desentrañar las dudas que pululaban en su cabeza y hacia lo que su cuerpo deseaba. Así fuese sin futuro o destinado a durar poco, hoy quería todo lo que Viper pudiese darle.

Como no había ocurrido hasta este momento, Beatrix tomó la dirección de la situación, y lo hizo plegándose a él y besándolo con ardor, tomándose de sus hombros, hincada en el sofá para alcanzar su boca.

—Quiero que me folles, Viper—susurró, con los ojos cerrados—. Por favor...

—Oh, joder, Bea... No tienes idea lo mucho que me pone que me lo pidas... Si lo he imaginado por semanas.

La devoró, succionando su labio inferior y estirándolo, y sin mediar más palabras la envolvió para elevarla y caminar con ella en brazos hacia el dormitorio. La habitación estaba en semi penumbras, iluminada solo por la luz suave que entraba a través de la ventana.

—Te he imaginado de muchas formas, Bea. ¿Lo has hecho tú, hermosa?—murmuró en su oído.

—Sí—dijo muy quedo—. Sí, lo hice.

—Voy a prometerte una cosa—la sonrisa torcida de él le secó la garganta, porque parecía haber promesas de paraíso en ella y en esos ojos que ardían—. Tus fantasías van a palidecer. Ya verás, Bea.

Sí, eso creía y temía, porque no había vuelta atrás de esto. Beatrix intuía que él cuestionaría cada uno de sus supuestos en lo que al sexo se refería. Ya lo había hecho con otras aristas de su vida, ¿cómo no creer en esa promesa de placer inenarrable?

Lo que siguió fue un cómodo silencio, similar a las pausas entre notas de una partitura, donde el aire parecía cargado de expectación. Beatrix se encontró de pie frente a Viper, su respiración acompasada, sintiendo cómo los latidos de su corazón empezaban a sincronizarse con los de él, que sentía bajo la mano posada en su pecho.

Viper la miraba con esa intensidad que desarmaba, como esperando una señal para comenzar, y se la dio con gusto, elevándose sobre los dedos de sus pies, apoyada en su pecho, para besarla suave.

Ese fue el roce inicial: un beso suave, un primer acorde que rompió el silencio de la escena, sus labios apenas rozando los de ella.

Al principio fue un gesto casi tímido, inesperado en él, como una nota al inicio de una pieza musical, pero pronto se volvió más profundo, más firme, como el compás que se repite y marca el ritmo de lo que estaba por venir.

Los labios de Viper se movieron sobre los de Beatrix con una lentitud intencionada, explorando cada rincón, saboreando el momento. Los dedos callosos de sus manos se deslizaron por su cuello, trazando un camino que encendía cada poro de su piel.

La suavidad de su toque contrastaba con la aspereza de su piel curtida, creando una mezcla de sensaciones que hacía que Beatrix cerrara los ojos, perdiéndose en la música que sus cuerpos comenzaban a crear. Sí, en su cabeza esta era la pieza más bonita.

La ropa aún los separaba, pero con cada beso, con cada caricia, esas barreras se volvieron más insignificantes, más insostenibles. Viper dejó que sus dedos siguieran el contorno de su espalda, bajando con lentitud, deslizándose sobre la tela de su camiseta hasta encontrar el borde.

Con movimientos cuidadosos la levantó sobre su cabeza, despacio, sin prisa, como un maestro que conoce el ritmo perfecto. Beatrix levantó los brazos, ayudándole a desprenderse de la prenda, y sintió el aire fresco sobre su piel desnuda, mientras los dedos de Viper, con ese mismo contraste entre aspereza y ternura, volvían a recorrerla.

El tacto de sus manos en la piel desnuda de Beatrix era como la entrada de un nuevo instrumento, un cambio en la tonalidad de la pieza. Primero, eran suaves caricias en su cintura, y luego, conforme el deseo crecía, sus dedos la reclamaban con más fuerza, con más urgencia.

Beatrix, por su parte, se pegó a él buscando el calor de su cuerpo, dejándose llevar por el ritmo creciente de la pasión que se encendía entre ellos. Sus cuerpos se acercaron más y más, y Viper luchó para desabotonar su camisa, generando con el movimiento el preludio de lo que estaba por venir, una anticipación que hacía que cada momento se volviera más eléctrico.

Cuando la prenda de Viper cayó al suelo, Beatrix se inclinó hacia él, recorriendo su pecho con las yemas de los dedos, deleitándose en los contornos duros de sus músculos, en la calidez de su piel bajo sus manos.

El crescendo era inevitable. Los besos que antes eran lentos y exploratorios se volvieron más intensos, más hambrientos, como un violín que pasa de un toque suave a uno apasionado.

Las manos de Viper se adueñaban de las curvas de Beatrix, sus dedos creando fuego a su paso. Beatrix besó su torso, una y otra vez creando patrones que siguieron el trazo de algunos de sus tatuajes.

Luego, se enfocó en ascender, la punta de su lengua asomando para degustar su piel, que sabía salada y olía a jabón y loción tan masculina que la enervó y puso sus terminales nerviosas en alta alerta.

Las respiraciones se entremezclaban en el aire denso de la habitación. El resto de la ropa fue desapareciendo poco a poco, con el mismo ritmo gradual y decidido que marcaba la intensidad de sus caricias.

Los pantalones, primero los suyos, luego los de él, cayeron al suelo, cada prenda removida una barrera menos entre ellos. Cada movimiento, cada roce de piel contra piel, era un compás que se aceleraba, llevándolos cada vez más cerca del clímax.

Viper la levantó suavemente, como si fueran dos notas que finalmente se encontraban en una armonía perfecta. La depositó sobre la cama con una ternura que contrastaba con el ardor que se veía en sus ojos, pero no había prisa, no había urgencia más allá del deseo compartido.

—Eres tan hermosa—sentenció él, semi incorporado, sus manos a cada lado de las caderas de Beatrix, sus ojos fijos en sus senos—. Podría contemplarte la noche entera, pero ahora mismo... Estoy demasiado excitado.

Oh, lo entendía, porque ella sentía igual. Sus manos fueron a sus hombros y lo atrajo a ella, sintiendo que el pecho plano y duro la estrujaba al besarla, y sus dedos acariciaban sus lados, dirigiéndose a sus pechos.

—Eres tan suave, tu piel es increíble—dijo, y sus manos envolvieron los senos, estrujándolos con cuidado, sus pulgares rozando sus pezones, y Beatrix se arqueó hacia él, porque la recorrieron sendas ondas desde sus picos hasta la entrepierna, que pareció mojarse de improviso.

Si creyó que las manos eran intensas, cuando los labios y la lengua de Viper masajearon, hostigaron, acariciaron y envolvieron los pezones, pareció que su deseo se elevaba, como una nota altísima solo alcanzable por un flautín o un violín. Desvariaba, sí, pero el placer era increíble, y sus gemidos, imposibles de contener lo denunciaron.

—Escúchate, joder... Esos sonidos son lo más sexi...—gruñó él, desplazando su boca por su vientre, mordisqueando su piel a la altura de su ombligo y luego en los huesos de sus caderas, donde succionó la piel.

—Vas a usar mis marcas, Bea... Para que me recuerdes cuando las veas.

No cabía en sí de excitación, jadeando, y él iba por más, abriendo sus piernas y de un tirón cortando los finísimos elásticos de sus bragas. Se movió a una velocidad impensada para un hombre tan enorme, y estuvo hincado entre sus piernas de inmediato, mirando su coño como si fuese una obra de arte a desentrañar.

Beatrix se sonrojó y se tapó la cara, pero él chasqueó su lengua y gruñó:

—Mírame, Bea, quiero que me veas—ella abrió sus dedos para que sus ojos se clavaran en él, y la ferocidad sensual de su mirada la dejó sin fuerzas—. Este coño rosa que brilla con tus jugos es jodidamente sexy y grita mi nombre. Voy a comerte como no lo ha hecho nadie, voy a marcarlo para mí, ¿me oyes?

Ella gimió en desmayo, y cuando sus manos se posaron sobre sus muslos y los empujaron

para hacer sitio a su cabeza y a su boca, Beatrix fue plato principal de un hombre hambriento.

No hubo cosa que no le hiciera: lamió, succionó, mordisqueó, dibujó formas con la punta de su lengua que la volvieron loca y la dejaron casi groggy.

—Por favor... Viper...

No sabía qué pedía, que decir, como no fuese entonar su nombre como un cántico, y este lo enfervorizó más. Su coño estaba siendo adorado y el orgasmo la alcanzó como un inevitable pico que la llevó alto, alto, y la hizo gritar.

¡Gritar! Ella no hacía eso, era medida, reservada. Lo había sido. Ahora gritaba. Viper lograba eso: volverla puré, placer vivo y crudo.

—Tan hermosa cuando te follo...—dijo él, y como en una nube escuchó que la comandaba—. De rodillas y sobre tus manos para mí, Bea. Mi polla necesita estar dentro tuyo en este momento o va a colapsar.

El sonido de un envoltorio siendo rasgado permeó el aire, y Bea miró atrás sobre su hombro para ver cómo Viper, sobre una rodilla y la otra en el aire, cubría su falo con un condón.

Era una polla impactante, más gruesa que larga, y proporcional a lo que era ese hombre. De pronto pareció que a ella volvía el deseo como una marea, y se mordió el labio, haciendo que sus rodillas se separaran para abrir más su coño a la espera de ser montada.

Así de bestial como sonaba fue como lo pensó, y redobló sus ganas. La mano enorme posándose en su glúteo pareció una marca que la calentó y la impaciencia la ganó. Lo quería ya en ella, abriéndola, penetrándola. Beatrix no era sino impulsos y deseos.

—Joder... No voy a ir despacio, Bea... Estoy que me salgo...

—Hazme tuya... Ahora, Viper, por favor—gimió, y él maldijo y colocó la cabeza de su pene en la entrada del coño, como un anuncio rápido de lo que vendría, porque fue un segundo antes de colarse en el canal con velocidad de vértigo, llenándola por entero, haciendo que Beatrix contuviera la respiración ante la intrusión súbita y la sensación de que no había minúsculo espacio en su vagina que él no estuviese ocupando.

—No voy a durar—dijo él, y pareció que era más para sí mismo que para Beatrix—. Tu coño me atrapó de una forma que si me muevo más de unas pocas veces voy a correrme como una puta manguera.

Tal vez testeando esto, comenzó a pujar, primero de manera tentativa, en movimientos cortos, que se volvieron más largos, hasta que los últimos casi hacían que saliera de Beatrix, con la consecuente vuelta larga hasta el fondo de su cavidad, empujándola adelante con la fuerza de la embestida, que controlaba al tenerla tomada de los hombros.

—Este coño... Joder, no he encontrado nada igual... Me succiona, me atrapa... Tan apretado...

Los últimos empujes fueron erráticos, casi brutales, pero nada que ella no pudiese absorber,

enloquecida de placer porque él había llevado una mano hacia su clítoris y lo estaba trabajando con experiencia, de manera que cuando él gritó su orgasmo, ella le siguió, sus cuerpos plegándose en armoniosas sacudidas.

El final llegó como un golpe, como la última nota de una pieza que resuena en el aire, llenándolo todo. Un suspiro entrecortado, un último beso, y luego, el silencio, el eco de lo que habían compartido quedándose suspendido en la habitación.

++++

Viper no podía dormir. No había hecho sino observar a Beatrix desde que ella se durmió, luego del haber follado por segunda vez. Había sido increíble. No tenía palabras y eso era demostrativo de lo que había vivido.

Su mirada se enfocó en ella, otra vez. Su respiración era tranquila, rítmica, y el leve movimiento de su pecho subiendo y bajando tenía un efecto casi hipnótico sobre él.

Inmóvil, sin querer romper la quietud de ese momento, su mente no dejaba de recrear lo que acababa de ocurrir entre ellos, reviviendo cada sensación, cada instante, con una claridad que lo sorprendía.

Había follado a muchas mujeres, por supuesto. El sexo era parte de su vida, tanto como comer, montar en su moto y dormir. En todos los casos, estaba hecho de momentos fugaces, caricias que no significaban nada más que satisfacer una necesidad.

Pero esto... esto había sido diferente. Había algo en ella, en la manera en que su cuerpo respondía al suyo, que hacía que sus experiencias previas se sintieran deslucidas, insustanciales en comparación.

¿Cómo es que nunca había experimentado algo así? ¿Por qué con ella, tan luego, que parecía el epítome de una mujer compuesta y contenida? Salvo que no lo era. No.

Había respondido a él con bella entrega, sin guardarse nada. Sonidos, expresiones, posturas, ruegos... Se lo había dado todo. Y joder si él no lo tomó como el codicioso que era.

El pensamiento lo golpeó con fuerza mientras la miraba, aun sintiendo el eco de sus besos sobre su piel, como si las marcas de sus labios estuvieran grabadas en su memoria. El recuerdo de sus manos recorriéndola le quemaba en las venas.

Dios, cómo la había deseado. Cada caricia, cada beso sobre la suave piel, en sus picos duros, en su intimidad, había sido como llegar a un sitio sagrado. Trató de controlar sus pensamientos para atemperarlos y razonar sin pasión, pero lo encontró difícil.

El tema aquí era que había sido puro deseo, adrenalina sexual que lo volvió instinto al tomarla, pero no había sido solo eso. Su pasión estuvo influida por más que ansiedad física de correrse en ella. Quería hacerla vibrar, desear, olvidar cualquier experiencia previa.

Había tratado de ir lento, de ser medido, sus labios rozando los de ella en exploración, atento a sus reacciones. Ese primer contacto había sido como la primera chispa, una descarga que lo hizo temblar por dentro. No era solo lujuria. No era solo hambre. Quería transformarla y hacer una declaración de intenciones sobre su cuerpo.

Sus manos habían tocado su piel con una suavidad que no sabía que era capaz de mostrar. Las yemas de sus dedos, ásperas y curtidas, habían recorrido la delicadeza de su cuerpo como si fuera la primera vez que sentía algo con tanto detalle. Nunca había querido memorizar cada curva, cada textura, con tanta necesidad como lo hizo esta noche.

Beatrix era... Especial. Ahora mismo dormía, saciada, tranquila, ajena a la tormenta que él sentía dentro. Sus pensamientos en bucle revivían la manera en que se había entregado a él.

No vio dudas en sus ojos, solo confianza, y eso lo había impactado de un modo que no sabía cómo manejar. Ella lo miraba de un modo que le hacía sentirse más que el hombre que siempre había sido.

Con Beatrix no era solo Viper, el motero. Era más. Era alguien en quien confiaba, a quien le permitía adorarla y tomar, disfrutar, con quien planeaba, conversaba, a quien consideraba. Eso le hacía sentir completo.

El recuerdo de cómo habían comenzado a despojarse de la ropa lo inundó de nuevo. Ella, con esa calma suave, había dejado que él la desvistiera poco a poco, como si cada prenda que caía fuera un paso más hacia la libertad.

Sus dedos, firmes pero cuidadosos, habían recorrido la piel desnuda de Beatrix, y la sensación de su piel cálida bajo sus manos lo había sacudido hasta los huesos. Había notado cómo su respiración cambiaba con cada caricia, cómo su cuerpo respondía al suyo con una perfección que lo dejaba sin aliento.

Nada había sido apresurado, y eso era una maravilla. Viper no había vivido sino de prisa. Veloz sobre su moto, rápido en el ataque y defensa de los suyos, en el desagote sexual. Beatrix era pausa y placer más allá de la comprensión.

Con ella quería besos lentos, y de los otros. Exploración cuidadosa de cuerpos, pero también frenética danza: intensidad, potencia, olas que crecían hasta romper con fuerza. Quería conexión, sincronía.

Esa mirada suya... Esa mirada le había hecho perder el control que siempre había mantenido con otras mujeres. Con ella no había necesidad de ocultar nada, no había barreras. Se había entregado por completo.

Viper sentía que su control sobre las emociones y sobre esto que crecía entre ambos se desvanecía, pero no le importaba. De hecho, quería perderse en ella, quería sentir cómo todo se desmoronaba para luego reconstruirse en cada beso, en cada caricia.

¿Cómo había podido vivir tantos años sin sentir así? Las noches que había pasado con otras

mujeres eran sombras pálidas frente a la intensidad de lo que sentía por Beatrix. Había sido algo profundo, perfecto en su imperfección, algo que lo había dejado vulnerable, desnudo no solo en cuerpo, sino en alma.

Nunca se había sentido tan pleno, y esa verdad lo golpeó con una fuerza que no esperaba. Con Beatrix se sentía más humano, más real, como si todas las capas de dureza que había construido a lo largo de los años se hubieran desvanecido.

No había necesidad de fingir. No había máscaras. Solo eran ellos dos, y eso era más que suficiente.

Viper suspiró, intentando calmar la tormenta de emociones que se desataba en su pecho. Esta noche marcaría un antes y un después en su vida. Aunque, ¿no se había sentido así cada una de las que pasaba con ella, fuese comiendo afuera, llevándola en su Harley, mientras la acompañaba escaleras arriba y portando su instrumento?

Sí, salvando que lo de esta noche había sido espectacular, ella tenía el don de hacerle sentir que cada minuto valía la pena. Se dio cuenta de algo que le asustaba y al mismo tiempo le llenaba de una extraña calma: ya no podía imaginarse sin ella. Jodido, estaba muy, muy jodido.

DIECISÉIS.

Viper desaceleró y giró para ingresar al estacionamiento del club Inferno, su cintura abrazada por Beatrix. Había algunos Caballeros afuera reunidos en círculo, probablemente cotilleando sobre los últimos acontecimientos del club, Reaper entre ellos, y sintió sus miradas, pero no les dedicó más que un vistazo.

La sensación de anticipación se le enredaba en el estómago, y si bajó de su Harley con prescindencia de su entorno, esto no le quitó el leve nerviosismo, algo poco común en él. Esta no sería una noche cualquiera, y lo sabía. Sus dos mundos iban a colisionar hoy, y esperaba que para fusionarse.

Beatrix vestía la chaqueta de cuero negro que le había regalado, y le observó en silencio mientras él la ayudaba a bajarse de la moto. Había tensión en su rostro, y no podía culparla.

Ella había tratado de manera individual a algunos de los Caballeros: Zero, T Bone, Torque, pero no en el contexto en que lo haría hoy. Con el título con que lo haría.

Esta vez Viper la traía como su *vieja* y así la presentaría. Sí, no era el modo oficial, porque formalmente se hacía en una reunión de la directiva, pero esa era una instancia entre hombres.

Quería que la vieran a su lado, que notaran lo bien que le hacía, lo colado que estaba por ella, y no tenía inconveniente en que se burlaran de eso. Tenía asumido que esta mujercita era su debilidad. No estaba dando un paso a la ligera, lo había pensado muy bien.

—Vamos, nena, todo estará bien —le dijo en voz baja, y la besó.

Su tono firme estaba destinado a calmar las dudas y ansiedad que sabía que ella portaba, y el beso... Bueno, reafirmación, y deseo personal. No podía dejar de tocarla y le encantaba tenerla pegada a su cuerpo. Que lo juzgaran por ello.

Beatrix asintió lentamente, aunque la sombra de duda en sus ojos no medró. Su nerviosismo no se debía únicamente al ambiente del Inferno. Beatrix tenía otras preocupaciones, y la laboral no era menor.

Ella le había mencionado con cierta reticencia que su puesto en la orquesta no era seguro, o que no sentía que lo estuviese. Había problemas de financiamiento y ella temía que si recortaban el presupuesto sería de las primeras en perder su trabajo.

Eso sonaba ridículo en la cabeza de Viper, pero ¿qué sabía él de música y de espónsores? Él consideraba que era una virtuosa, y Beatrix no era consciente de lo increíble que era.

Él había asistido a dos de sus conciertos y en ambos se había quedado maravillado por la manera en que Beatrix lograba conectarse con su música.

A su juicio, no la habían aplaudido lo suficiente, pero su objetividad estaba comprometida porque ella era perfección ante sus ojos. Beatrix se mostraba modesta respecto a su propio talento, pero para él, estaba claro que era especial. *Quizá debería tener unas palabras con ese*

maldito director que no sabe apreciar lo que tiene delante, pensó, reprimiendo una mueca.

El *Inferno* estaba a tope. La música atronaba desde el interior y las luces de neón parpadeaban sobre la entrada, bañando las paredes en tonos vibrantes de azul y rosa. El aire olía a una mezcla de alcohol, tabaco y el sudor de los cuerpos que se movían al ritmo de la música.

Beatrix se detuvo un instante, sus ojos capturando cada detalle del lugar, su cuerpo tenso. Viper lo notó de inmediato y, sin decir nada, colocó una mano en la base de su espalda, un gesto protector que sabía que ella apreciaba. Beatrix respiró hondo y permitió que la guiara.

—Estás conmigo. Relájate —murmuró en su oído mientras la llevaba a través de la multitud, hacia el lugar que solían ocupar él y los más allegados hermanos del club.

Cuando estuvieron cerca vieron que la mesa estaba ocupada por los de siempre: Mason, el presidente del club, junto con Reaper y Crusher. Las miradas de los tres se dirigieron de inmediato hacia ellos al verlos acercarse.

Mason, con su habitual semblante inescrutable, los observó con una ligera mueca que apenas movió sus labios. ¿Curiosidad, molestia, incredulidad? Viper se inclinó por lo primero, porque su amigo no era de prejuzgar y no se haría de una opinión de Beatrix sin socializar con ella.

Reaper, siempre el encargado de seguridad, alerta, entrecerró sus ojos y Viper pudo ver las ruedas de su cabeza rodando, evaluando lo que veía. Crusher giró su cabeza con levedad y pareció una enorme suricata curiosa, aunque la autoridad que su gigantesca presencia imponía era obvia.

Estaban sorprendidos, eso sí le resultó claro, y era entendible. Nunca había traído a nadie aquí o a la sede del club. No había tenido una relación estable con una mujer, no rodeaba con gesto protector a nadie. Tendrían que acostumbrarse, porque su vida había cambiado, y Beatrix estaba en ella para quedarse.

Si era afortunado de que no corriera por las colinas al verse taladrada por ojos inquisitivos de hombrones enormes.

Como si leyera su mente, Beatrix dudó un instante antes de avanzar, y la vio tragar saliva. Sin otra consideración que su comodidad, la atrajo más cerca de él, dejándole claro que estaba a su lado, que la protegería.

Esto no era fácil, ella no pertenecía a este mundo, y el *Inferno* no era el lugar más acogedor para alguien que no estuviera acostumbrado a ese tipo de entorno. Beatrix no salía a bailar, no tenía noches alocadas con amigas, y la música vibrante, las luces psicodélicas y las presencias extrañas debían ser desestabilizadoras.

Y así y todo, estaba a su lado, lo que era una declaración de intenciones. La damita gótica, su Bea, quería estar con él y sentía que este paso era necesario. Algo similar al orgullo le llenó. Ser así de importante para alguien era bonito.

—Buenas noches—dijo Viper, su voz clara y firme, lo suficientemente fuerte como para

hacerse oír por encima de la música—, os presento a Beatrix. Mi vieja.

Reaper se atragantó con bebida y Crusher abrió su boca y elevó una ceja. Mason se hizo atrás y se cruzó de brazos. Asombro. Perplejidad. Miradas que iban y venían de él a Beatrix. Silencio. Breve, pero denso.

—Joder, vaya manera de sorprendernos—dijo Mason a continuación, e hizo una seña para que se sentaran.

Reaper y Crusher se incorporaron mientras Beatrix se sentaba en un gesto de cortesía inaudito, y Mason resopló divertido. Sí, pensó Viper, el bastardo estaba disfrutando esto, de seguro había visto la película de sudor que cubría su frente.

El presidente bajó sus brazos y los apoyó ahora en la mesa, mirando a Beatrix con fijeza, y elevó su vaso hacia ella.

—Encantado de conocerte, Beatrix. Bienvenida al Infierno. Debo decir que estoy muy curioso y me encantaría saber cómo lograste que uno de los solteros más recalcitrantes de Sacramento cayera a tus pies.

Beatrix respondió con una sonrisa tímida mientras Viper chasqueó su lengua.

—No sé si es como lo define, pero de seguro es el perfecto para mí.

Viper sonrió amplio, pero reprimió el gesto al ver la manera en que lo miraban, como si lo vieses por vez primera y estuviesen fascinados.

Reaper, el bastardo, no quiso perder momento de agraviarlo, y se adelantó, con una sonrisa galante que le hizo encajar las mandíbulas.

—Es increíble—dijo, alzando una ceja mientras miraba a Viper con una sonrisa burlona—. Nunca pensé que vería el día en que Viper trajera a una mujer aquí. Bienvenida, Beatrix. Debes ser muy especial para que nuestro vicepresidente decida traerte y declare sin más que eres su vieja.

Beatrix parpadeó y luego esbozó una pequeña sonrisa nerviosa, y el rubor subió a sus mejillas.

—Me explicó que es importante y espero no haya inconvenientes—señaló, y Viper fue a intervenir para declarar que no, pero Crusher habló antes.

—¿Qué inconveniente habría, dulce? Si acaso, estamos incrédulos de que una mujercita tan fina y bonita haya mirado a este grandulón, pero... Entiendo que no debes ver bien, no se puede ser bella y perfecta—guiñó su ojo y Beatrix, parpadeó y luego rio sin poder evitarlo, distendiéndose.

Viper asintió y esbozó un silencioso gracias a su hermano, que claramente había leído bien los nervios de Beatrix. Le tomó la mano por debajo de la mesa y ella se la apretó, su faz más serena. Era más fuerte de lo que ella misma creía, se dijo, y va a tener a estos gilipollas comiendo de la palma de su mano.

Estas sonrisitas condescendientes se las comerían cuando notaran lo subrepticia que era para filtrarse en el corazón de los demás cuando le daban espacio y tiempo. *Por supuesto que querrán protegerla, pero solo yo voy a tenerla en mi casa, en mi cama, en mi moto.* Mía, gritó algo en su interior, y frenó la loca declaración celosa. Estos eran sus amigos desde siempre, no tenía nada que temer de ellos.

Reaper, con su típica sonrisa traviesa, levantó su vaso de whisky y propuso un brindis.

—Por Beatrix, la mujer que ha conseguido lo imposible —dijo, su tono jocoso pero lleno de respeto. Los demás levantaron sus vasos, uniéndose al brindis.

—Por Beatrix —repitió Mason, su voz tranquila y segura.

El sonido de los vasos chocando resonó en el aire, mezclándose con la música y las voces del club. Viper vio este brindis como más que un simple gesto de bienvenida: era el reconocimiento tácito de que la aceptaban.

Mientras bebían, Crusher fue el primero en querer saciar su curiosidad.

—¿A qué te dedicas, Beatrix? —preguntó, su tono grave pero sin intención de intimidar.

Beatrix vaciló un segundo, como si la atención de los hombres sobre ella fuera un peso que le resultaba difícil de manejar. Aun así, se armó de valor y respondió.

—Soy violonchelista... en la orquesta de Sacramento —dijo, su voz suave pero alta como para que todos la escucharan por encima de la música.

Viper intervino antes de que alguien más pudiera decir algo.

—Es increíble en lo que hace. Tiene un talento que no se ve todos los días —dijo con una mezcla de orgullo y seriedad en la voz.

Beatrix lo miró sonriente y turbada, tal vez sorprendida por su efusiva declaración. Aunque ya había escuchado a Viper hablar bien de ella antes, algo en la manera en que lo dijo delante de sus hermanos del club hizo que sus palabras resonaran de manera especial.

Los demás hombres, percibiendo la importancia de la situación, continuaron la conversación con un tono más ligero, haciendo lo posible por que ella se sintiera incluida en las bromas y las historias que compartían.

Reaper no tardó en aprovechar la ocasión para traer a colación una de sus típicas anécdotas sobre Viper.

—¿Te acuerdas de aquella vez, Viper, cuando intentaste saltar obstáculos con la moto y acabaste de culo en medio del barro?

Las risas estallaron alrededor de la mesa mientras todos recordaban la escena. Viper rodó los ojos, pero una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Pretendes avergonzarme, jodido? ¿Eso es lo mejor que tienes?

Hubo más pullas y Beatrix sonreía escuchando. Crusher comenzó a contar otra anécdota, y Mason, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se inclinó hacia Viper y susurró

bajo para que solo él lo escuchara:

—Te ves diferente, hermano. Ella te sienta bien.

Viper asintió, sus ojos fijos en Beatrix mientras ella charlaba con los demás.

—Me hace sentir diferente —admitió, casi en un murmullo—. Y despierta el instinto de protegerla de todo.

Mason sonrió, sabiendo lo que significaba para Viper admitir algo así. En un gesto instintivo, Viper atrajo a Beatrix hacia él, rodeándola con su brazo. Ella, sorprendida, se giró para mirarlo, pero no se apartó.

En ese preciso momento apareció Zero, y sus ojos se agrandaron al verla. Acercó una silla para quedar cerca y Viper entrecerró sus ojos.

—Beatrix, me encanta verte aquí. Si lo que veo es cierto, T Bone me debe dinero, y es gracias a ti.

—Si apostaste con él en relación a Viper y Beatrix, ganaste. La acaba de presentar como su vieja—dijo Reaper, y Zero sonrió como un lunático.

—¡Lo sabía! Todo ese lleva y trae del violín...

—Violonchelo—corrigió Beatrix con suavidad.

—Eso. Y las desapariciones, cuando antes teníamos que echarlo de la sede. Muy bien, me encanta. Que seas fan de los comics te hace más interesante, por cierto, ¿has leído ya el último número de Sandman? —preguntó, su entusiasmo palpable.

Beatrix sonrió, asintiendo encantada de que alguien compartiera una de sus pasiones, aunque Viper pensó que tanta excitación con su mujer debía ser atemperada. Debería tener una charlita con el hacker. Las risas le hicieron volverse, y no tuvo duda de que los otros tres se reían a su costa. Cabrones.

—Lo leí hace poco. Es increíble —respondió, con más confianza en la voz.

Antes de que Zero pudiera continuar, Viper soltó un suave gruñido, lo que provocó una nueva oleada de risas entre los hombres. En ese momento, Whiskey se acercó con una bandeja de tragos y le guiñó un ojo a Beatrix mientras le preguntaba:

—¿Qué te apetece, guapa?

Viper lo fulminó con la mirada.

—Cuidado con lo que dices —advirtió en un tono bajo, pero lo suficientemente claro como para que todos lo escucharan.

Whiskey soltó una carcajada, acostumbrado a las advertencias de Viper, y siguió con su trabajo. Beatrix, ruborizada, parpadeó. Viper se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Estás preciosa esta noche, y como ves, te adoran.

Beatrix lo miró con gratitud, y Viper supo que las dudas que había traído al entrar al Infierno se desvanecían. El ambiente se había vuelto más relajado, las risas fluían, y aunque el club

seguía lleno de gente, en ese pequeño rincón, Beatrix se sentía segura.

Las historias continuaron, y mientras sus amigos desarrollaban más y más relatos y anécdotas sobre las veces que Viper había cometido errores como novato en el club, él se quedó en silencio, observando a Beatrix mientras interactuaba con sus hermanos.

Mi mujer, pensó, sorprendido de lo natural que le sonaba esa palabra en su mente. No se sentía incómodo al pensar en ella de esa manera. Beatrix era suya, y esa idea le provocaba una satisfacción profunda. La idea de protegerla y cuidarla no le resultaba una carga, sino una responsabilidad que asumía con gusto.

Cuando la noche comenzó a llegar a su fin, Viper la ayudó a subirse de nuevo a la Harley. El rugido de la moto llenó el aire mientras se alejaban del Infierno, y Beatrix se aferró a su espalda.

—Viper—escuchó él a través del sistema que comunicaba los cascos—. Me sentí muy bien entre los tuyos, fueron increíbles. Me aceptaron sin más.

—Sabía que así sería, Bea. Se preocupan por mí, y se alegran de verme tan bien. Claro que les llamó la atención mi actitud, mi declaración de intenciones contigo, preciosa, pero lo aceptaron sin más. Nos apoyamos. Pero en especial me hace feliz que tú te hayas sentido bien allá. Tú y el club son mi vida, y que no estén opuestos es mi deleite.

—Oh, Viper...—su voz sonó como un murmullo, y Viper intuyó que las emociones corrían profundo por ella—. Tú...—suspiró—. Me haces sentir visible y en paz.

—Nos hacemos bien, Bea preciosa. Tómate muy fuerte de mi cintura que vamos a rodar. Este será tu primer paseo oficial como mi vieja.

—Esa palabra...—dijo bajito.

—¿Suena mal, fea?—Rio—. Pero implica tanto... Ya te vas a acostumbrar y vas a encontrarle sentido. Mi bella damita gótica, mi Bea...

—Eso suena mil veces mejor—suspiró, y se apretó contra él.

Viper se sintió completo.

DIECISIETE.

Viper despertó excitado, y su erección matutina le habló de sueños húmedos. Giró su cabeza y clavó su vista en Beatrix, que dormía boca abajo, su espalda al descubierto y su rostro vuelto hacia él, contorneada por el brillo suave de la lámpara.

Suspiró con deleite. Los días pasaban, su intimidad crecía y se enriquecía, y el cosquilleo, el anhelo que sentía al estar con ella no medraba. Había momentos en que se cuestionaba, porque las cosas que pensaba...

No parecía él. Los clichés que su mente elucubraba al pensar en ella: destino, piezas que encajaban, y otras zarandajas que si sus hermanos supiesen no pararían de reír y burlarse de él.

No que le importara, pero le asombraba su cambio, y el hecho de que estaba contento con él. Sentía que la vida le sonreía. Estar con Beatrix era sencillo; de hecho, se sentía como montar una moto por esas carreteras sinuosas que amaba tanto.

Sí, decidió, esa metáfora le gustaba más, se acercaba a su realidad. Cada momento con ella era como un paseo que comenzaba con un rugido suave, un ronroneo bajo que crecía en su pecho.

Ella despertó justo entonces, y Viper percibió cómo ella reaccionaba con alegría al verlo a su lado en el lecho. Eso era un subidón, y sus ojos trasmitían esa conexión sin palabras, esa electricidad que siempre los envolvía.

Viper se inclinó y su mano se posó sobre sus glúteos, masajeando por encima de la sábana, y ella gimió y luego rodó hacia él, pegándose a su costado. Viper la tomó con facilidad para ponerla sobre él, y la deliciosa fricción de sus cuerpos desnudos lo enervó.

—Alguien está feliz de verme—susurró ella, y se frotó sobre su polla hinchada y que ya exhalaba gotas de líquido, anunciando su excitada necesidad de colarse en ella.

—El pequeño bastardo está siempre a la orden y maravillado de la forma en que lo atiendes—indicó, y buscó su boca.

—Argh, aliento matutino—indicó ella, pero él la apretó contra él y no le dejó opción que entregar su boca.

El primer roce de sus labios fue como encender el motor, el arranque lento pero seguro, como si ambos se estuvieran preparando para lo que sabían que venía después. El viaje siempre comenzaba con calma.

Los besos eran suaves, como un paseo al atardecer, el viento acariciándolos mientras sus bocas se movían juntas en un ritmo conocido. El calor de su cuerpo se fue extendiendo por el de ella, y Viper disfrutó del placer de sentir su piel bajo sus manos, su suavidad contrastando con su dureza.

Sus labios bajaron por su cuello, y Viper sonrió al sentir cómo ella arqueaba la espalda, en

muda invitación para que siguiera. Era como acelerar al tomar la primera curva, esa sensación de control y emoción que venía de saber exactamente cómo guiar el camino.

Beatrix suspiró muy suave y la respiración trajo consigo un sonido que él interpretó como la primera señal de rendición, de abandono. Y a Viper le encantaba ese momento, cuando ella se entregaba por completo.

Sus dedos y su lengua en acuerdo tácito visitaron sus curvas, los primeros concentrados en las de su clavícula, su escote y el bajo de sus pechos, mientras la segunda redondeaba pezones y luego el ombligo, para descender en línea recta al lugar que Viper consideraba más divino que el Santo Grial.

Pulsar el botón pequeñísimo que era el clítoris, rodeado de vello ensortijado y pliegues rosados húmedos, era la maravilla. No había trocito de ella que no disfrutara, pero este... Su coño olía y sabía a divinidad, Viper juraba que podría quedarse a vivir allí.

Cada beso, cada caricia, era como una subida lenta por una pendiente, el motor rugiendo bajo control, pero listo para desatarse en cualquier momento. Las manos, los labios, la lengua, recorrían el cuerpo de Beatrix como si siguieran el camino perfecto, conociendo cada curva, cada pendiente. Sabía exactamente dónde tocar, cómo tocarla, y cada vez que sus dedos rozaban su piel, sentía el eco de su placer resonando en la propia.

Sus miradas se encontraron de nuevo, y fue como estar en la cima de una colina, esa breve pausa antes de que la velocidad y la adrenalina tomaran el control. Ella le pedía más con los ojos, y él estaba más que dispuesto a dárselo.

En sus movimientos, Viper era generoso, guiado por el deseo de verla disfrutar. Sabía que esto no era solo acerca de él. Cada curva, cada acelerón, era por ella, por cómo su cuerpo reaccionaba ante el suyo, por cómo sus gemidos suaves comenzaban a llenarse de urgencia.

—Quiero... Quiero saborearte también, Viper...—susurró ella, y él casi entra en combustión espontánea.

Giró para quedar de espaldas y tomó su polla por la base, aprovechando a pellizcar su perineo para controlar su excitación. Se encontraba haciendo esto a menudo, porque ella lograba descontrolarlo con facilidad.

Beatrix se movió lento, y con cuidado se acuclilló, con suavidad colocando sus manos sobre sus muslos, y bajó su cabeza. El primer contacto de sus labios con la polla de Viper hizo que cerrara sus ojos, transfigurado, y cuando su lengua recorrió su largo y se contorsionó sobre su glande, podría haber explotado, de no tener un férreo control.

La punta de su lengua se movió como un pincel sobre su polla, desde el extremo hasta la base, que tomó con ambas manos para sostener firme y parada para facilitar el tomarla en su boca.

La más cálida humedad envolvió su miembro a medida que ella lo devoró, y con cuidado y

atención ella le practicó el sexo oral más enervante, sensual y poco experimentado de su vida, lo que puso a Viper al borde del abismo.

—Esa boca... Dulce, me está torturando de la manera más increíble... Podría morir ahora y sería el más feliz de los hombres.

Ella le miraba mientras lo tomaba tanto como podía y esos ojos suyos eran los de una mujer enamorada, Viper lo entendió y eso potenció su disfrute. Cuando estuvo al límite, la detuvo con suavidad y la trajo hacia él.

Sin barreras entre ellos, Viper maniobró con ella, que elevó sus caderas y se colocó sobre su polla, descendiendo sobre ella para hacerla parte de su cuerpo. Sin la barrera del látex, algo que habían hablado luego de asegurarse fidelidad, las sensaciones eran tan potentes que ambos temblaron.

Era como lanzarse cuesta abajo, con el viento rugiendo en los oídos, la adrenalina disparada, pero al mismo tiempo con el control absoluto. Con ella, el viaje era perfecto. Sabía exactamente cuándo acelerar, cuándo ralentizar, cuándo dejar que el deseo los envolviera y cuándo dar ese empuje que los llevaría a la cima.

Beatrix se movía sobre él, guiándolo también, con sus manos, con sus susurros entrecortados, y Viper no necesitaba más. Sabía lo que ella quería, lo que ella necesitaba, porque lo veía en sus ojos, lo sentía en su piel.

Y él se lo dio, una y otra vez, con movimientos que eran tan precisos como apasionados, saboreando cada respuesta, cada temblor que provocaba en ella. El ritmo aumentó, como cuando el motor alcanza su punto más alto, esa velocidad perfecta donde todo desaparece salvo el momento presente.

Beatrix arqueó la espalda de nuevo, sus manos agarrando sus brazos, y Viper sintió que estaban a punto de alcanzar el clímax, como cuando una pendiente los lleva al punto más alto del recorrido. Solo el sonido de sus respiraciones entrecortadas, los latidos de sus corazones al unísono, y la piel contra piel se escuchaba.

Y entonces, como llegar a la cima de una colina antes de descender por el otro lado, el placer los envolvió a ambos, explotando en una mezcla de gemidos y suspiros que llenaron la habitación.

Joder, ella lo hacía sentir como si estuviera en la cima del mundo. Cuando el eco de sus respiraciones finalmente se calmó, Viper la observó una vez más, su cuerpo relajado, satisfecho, y esa mirada de complicidad que compartían después de cada encuentro.

Era perfecto, como el final de un viaje en moto, cuando el motor se apaga y queda solo el silencio y la satisfacción de haber recorrido el camino juntos. Viper se inclinó para besarla con ternura. Esta era la aventura más calma y bonita que hubiese vivido.

++++

El suave aroma del café despertó a Viper antes de que sus ojos se abrieran por completo. Se movió para colocar otra almohada bajo su cabeza y miró a través de la puerta abierta, que daba visión a la cocina.

Beatrix se movía con esa gracia silenciosa que tanto la caracterizaba mientras preparaba el desayuno. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas, bañando el pequeño espacio en un cálido resplandor.

Viper no pudo evitar sonreír mientras la observaba. Era extraño, pero a la vez reconfortante. Compartir la mañana con alguien que no solo le hacía sentir tantas cosas, sino que lo comprendía, era una sensación nueva e inusitada en su vida.

Era como despertar en un hogar, no solo en una cama compartida. Ver cómo ella se desenvolvía en su espacio le hacía sentir algo nuevo. Viper no era de esos hombres que se hubiese imaginado atado a alguien, no lo había considerado ni esperado, sino que vino a él.

La vida con Beatrix era diferente. Cada pequeña cosa, cada gesto suyo, le hacía ver las cosas de otra manera. Se levantó despacio, y el crujido de la madera bajo sus pies hizo que Beatrix se girara con una sonrisa que le quitó el aliento.

¡Dios, esa sonrisa! Cada vez que la veía dirigida a él sentía como si algo en su pecho se aflojara, como si todas las durezas y cicatrices del pasado desaparecieran, aunque solo fuera un poco.

—Buenos días —murmuró, acercándose a ella y rodeándola con sus brazos, dándole un suave beso en la nuca.

—Hola—respondió ella con la dulzura que lo desarmaba, inclinando la cabeza hacia un lado para que él pudiera besarla mejor.

Habían compartido tantas noches últimamente, pero cada mañana con ella era diferente, más especial, como si cada día juntos construyera algo más grande. Sentarse a desayunar, compartir esa paz matutina, esa sensación de intimidad natural que poco a poco iba formándose entre ellos, era algo que Viper jamás había esperado disfrutar.

Después de la comida, Viper le propuso algo que llevaba tiempo queriendo hacer: llevarla a su casa. Quería que Beatrix conociera una parte de él que nadie más conocía. Esto no era cualquier gesto; invitarla a su refugio, a su lugar más personal, era su forma de mostrarle lo que significaba para él.

Ella accedió con entusiasmo. El trayecto hasta su casa no fue largo. Viper vivía en un suburbio tranquilo, alejado del ruido constante de las motos y de la intensidad del club. Era un lugar donde podía respirar y encontrar calma cuando lo necesitaba. Se detuvieron frente a la entrada y él miró la fachada con una mezcla de orgullo y nostalgia.

—Es... diferente de lo que imaginaba —comentó Beatrix, observando la casa mientras él la guiaba hacia la puerta.

—No es demasiado, pero es mía —respondió Viper, abriendo la puerta con un gesto firme y permitiéndole entrar primero.

El interior era minimalista, sencillo pero ordenado. Las paredes de un gris suave creaban una atmósfera de calma, y las pocas decoraciones que había estaban relacionadas con motos o recuerdos de sus viajes con los Caballeros Oscuros.

—Guau, ¡es impecable! No es lo que esperaba...

—No soy un adicto a la limpieza, pero cada cosa tiene su lugar. No hay mucho, por otro lado, y es fácil de mantener cuando se vive solo. Algo que me encantaría que cambie—agregó, y ella se sonrojó.

—Es tu refugio, es obvio. Tu escondite de la vida de caos y ruido.

—Así es. Este es mi lugar —dijo Viper, una sonrisa orgullosa en sus labios—. Crecí en un orfanato, así que nunca tuve algo propio. Viví durante mucho tiempo en la sede del club, una habitación pequeña con el ruido de las motos y... todo lo demás. Pero después de un tiempo, me cansé de eso. Quería algo mío, algo que no desapareciera cuando se apagaran las luces.

Beatrix lo miró con una sonrisa de comprensión.

—Agradezco que te abras a mí y muestres tus vulnerabilidades, Viper. Me haces fuerte para no esconder las mías. Y tu casa es un lugar precioso, Viper. Realmente lo es—dijo ella, con una calidez en su mirada que le hizo sentir aún más seguro de lo que estaba mostrando.

El recorrido los llevó hasta la cocina, sin duda, la parte más completa de la casa. Los electrodomésticos brillantes, los utensilios bien organizados y los estantes llenos de ingredientes reflejaban el tiempo y el cuidado que Viper le dedicaba a ese espacio.

—Parece que aquí es donde pasas más tiempo —bromeó Beatrix, tocando con suavidad los mostradores pulidos.

—Me gusta cocinar. Es relajante —respondió Viper mientras se dirigía a una de las estanterías y tomaba el libro de recetas que ella le había obsequiado—. Pensé que podríamos hacer algo juntos.

Ella asintió entusiasta y pronto estuvieron con sus cabezas juntas, eligiendo una receta. La seleccionada era una sencilla pero deliciosa, uno de los platos favoritos de Beatrix: pollo al vino con champiñones.

Mientras Viper buscaba los ingredientes en la nevera y el mueble aéreo, ella lo observaba con curiosidad, encantada por la forma en que se movía en la cocina, con esa seguridad y precisión que lo caracterizaba.

Cada movimiento era firme, fluido, como si estuviera ejecutando una coreografía que había perfeccionado con los años. Mientras cortaba los champiñones, cebollines y preparaba el pollo,

ofrecía a Beatrix pequeños bocados de fiambres y verduras ya condimentadas que extrajo de su freezer para que probara, insistiendo en que cerrara los ojos antes de darle cada cosa, lo que provocaba risas de ambos.

En poco rato todo estaba dispuesto y pusieron la mesa juntos.

—¿Qué tal? —le preguntó él con una sonrisa juguetona, mientras ella probaba un trozo de pollo recién hecho directo de la fuente.

Beatrix cerró los ojos y sonrió, pero su expresión cambió cuando el sabor la llevó de vuelta a su infancia, a recuerdos que había guardado profundamente en su memoria.

—Es... perfecto —murmuró, pero su voz se suavizó al recordar esos días lejanos. El sabor la había transportado a tiempos más simples, cuando la vida no era tan complicada—. Me recuerda a mi infancia. Cuando mi hermana estaba bien y mis padres aún se preocupaban por nosotras.

Viper dejó el tenedor que tenía en la mano y se acercó a ella, notando la tristeza que había aparecido en su mirada.

—Debiste tener momentos buenos con ellos —dijo suavemente, acariciando su mejilla con ternura.

Beatrix asintió, sus ojos brillaban con una mezcla de nostalgia y tristeza.

—Sí, los hubo. A veces, me pregunto cómo habría sido todo si las cosas no hubieran cambiado tanto. Si mi hermana... —su voz se apagó, pero la tristeza que la envolvía era palpable.

La dejó suspirar y que sus lágrimas fluyeran. Ella necesitaba drenar dolores, limpiarse de estos y de las causas. Habían hablado algunas veces de sus padres, y el dolor de su abandono estaba clavado en ella. De alguna forma eso los conectaba, pero era terrible en ella. Los progenitores de Viper no lo criaron, no se dieron el tiempo de quererlo.

Se sentaron juntos a la mesa para disfrutar del pollo que habían preparado. Al principio comieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, pero el ambiente seguía siendo cálido, íntimo. Era un tipo de conexión que ambos apreciaban profundamente, una sensación de pertenencia.

—Mis hermanos del club están encantados contigo, ¿sabes?—dijo Viper, rompiendo el silencio mientras la observaba.

Beatrix sonrió con timidez, jugueteando con el tenedor en su plato.

—No estoy tan segura. Algunos parecen no dejar de sorprenderse de que... yo esté contigo.

Viper arqueó una ceja, apoyando los codos sobre la mesa y acercándose un poco más a ella. Sí, algunos de los que no eran tan cercanos a él murmuraban, pero eso era inevitable, e importaba poco. Pero se tomó el tiempo de explicarle para que no pensara tonterías.

—Nunca he traído a nadie antes. Eso los sorprende. Pero no debería pasar, porque es obvio que nadie antes significó nada, y es verte a ti y darte cuenta de que me envolviste con tu belleza, talento y personalidad.

Las palabras resonaron en el silencio que siguió. Beatrix bajó la mirada, mordiéndose el labio, y Viper pudo jurar que sentía cómo su corazón se aceleraba. Ella se atrevió a preguntar algo que debía haber estado rondando su mente.

—¿Es verdad, entonces? ¿Nunca has tenido una relación seria? —murmuró, sin mirarlo directamente.

Viper soltó una risa suave, sacudiendo la cabeza.

—No, jamás. He tenido ligues sin importancia. Tú eres el incidente más trascendental en mi vida adulta, mi más bello tropezón, y me quedo donde caí—guiñó su ojo—. No lo digo a la ligera.

Las palabras de Viper llegaron a su objetivo, la sacudieron, hicieron que lo abrazara, y las emociones estaban sobre su piel roja y en sus ojos húmedos. Era tan sencillo emocionarla, se dijo.

Ella carraspeó.

—Chloe... La mujer del Infierno... Ella me dijo algunas cosas —susurró, apenas alto como para que él la escuchara.

Viper frunció el ceño al escuchar el nombre. No le gustaba el rumbo de la conversación. Esas mujeres eran bonitas, dispuestas, algunas encantadoras y solidarias, pero otras eran egoístas y no dudaban en atacar a las que consideraban rivales.

No habían tenido pocos líos de faldas y enredos entre las gatitas, y habían provocado reuniones de directiva para tomar decisiones sobre ellas. La más fuerte había sido la sanción que las expulsó de la sede y las restringió al Infierno, decisión de Mason que todos acataron.

—No escuches a esa mujer, Beatrix. Nadie que te diga algo para disminuirte, y entiendo que ha de haber sido así, puede ser buena. Ella u otras no tienen ni idea de lo que tenemos, de lo que nos pasa.

—Sí, fue muy desagradable—asintió.

Viper la atrajo hacia él y la besó con suavidad, un beso lleno de promesas no dichas, lleno de ternura. Le recordaba que, pese a lo que los demás pudieran decir o pensar, lo que había entre ellos era real, algo que no había compartido con nadie más.

Fue la solución perfecta, porque el almuerzo fue calmo y ella se mostró más y más a gusto en su espacio, lo que encantaba a Viper. Tal vez lograría convencerla de que viniese a vivir con él una vez que su contrato de alquiler finalizara. Tenían que hablar de ello.

Justo cuando estaban disfrutando de un café, el sonido del teléfono de Viper rompió la quietud de la casa. Resopló molesto con la interrupción, pero su expresión cambió al ver el nombre en la pantalla.

—Hola, T Bone, ¿qué pasa, viejo?

—Mason está herido. Grave —dijo, su voz cargada de preocupación y rabia contenida.

La atmósfera cambió de inmediato, y Viper mutó del hombre protector y tranquilo que había estado cocinando al vicepresidente del club, su mirada fría y decidida. La preocupación y la furia le recorrieron el cuerpo, inquieto por Mason.

—¿Los Ravens?

—Sí.

—Voy—dijo, y cortó.

Tenía que irse, ya. Viper había estado en su casa, sin una preocupación, mientras su amigo y hermano era herido. Le había fallado, se dijo.

Se levantó bruscamente de la mesa, las manos temblándole mientras trataba de calmarse. No podía quedarse quieto.

—Tengo que irme. Mason fue herido, no puedo quedarme aquí mientras él está en el hospital —dijo, la voz firme pero cargada de tensión.

Beatrix asintió, comprensiva de la desesperación que lo consumía.

—Toma mi coche —le pidió él, con algo de raciocinio—. No quiero que te quedes aquí sola. Te contactaré tan pronto como pueda.

Viper se inclinó, dándole un beso rápido pero lleno de urgencia.

—Lo haré—aseguró.

Lo que siguió apenas lo recordaría luego. Montó su moto a la carrera y tomó las calles a toda velocidad. Mason estaba herido, él debía tomar la dirección del club, y no descansarían hasta que encontraran a los responsables.

DIECIOCHO.

El rugido de la motocicleta de Viper se apagó al llegar al hospital, pero el eco de su preocupación seguía retumbando en su pecho. El aire, denso y cargado del olor a desinfectante mezclado con sudor y ansiedad, lo envolvió al entrar.

Los pasillos, iluminados por luces demasiado brillantes y frías, parecían interminables, pero él se movía con rapidez, sus pasos resonaban con fuerza, un eco que le martilleaba la cabeza, como si cada uno le recordara que no había estado allí cuando más lo necesitaban. La angustia le recorría las venas como un veneno.

Al llegar a la sala de espera asignada, una habitación apartada del resto del hospital, su mirada se cruzó con las de sus hermanos. Torque, Reaper, Zero y otros estaban allí, las caras marcadas por una mezcla de preocupación, frustración y rabia.

Torque fue el primero en acercarse, sus ojos más oscuros de lo habitual, el sudor pegándole el cabello al cráneo. Se pasó una mano por la frente, su mirada nerviosa, y habló en un tono bajo, intentando mantener la calma, aunque la tensión en su voz era evidente.

—Nos dieron esta sala para evitar que asustáramos a los civiles —dijo Torque, forzando una media sonrisa tensa—. Parece que no les gustamos mucho por aquí.

Viper esbozó una mueca, consciente del porqué. Los moteros no solían ser bien recibidos en lugares como este, en especial cuando había heridos fruto de enfrentamientos. Era comprensible.

—¿Cómo está Mason? —preguntó, su estrés apenas controlado.

Sentía una urgencia crecer en su pecho, una presión que le dificultaba respirar. Torque bajó la mirada por un segundo, las arrugas en su frente se profundizaron aún más.

—No está bien, hermano. Está en cirugía —murmuró, con una expresión de impotencia en su rostro.

Era como si esas palabras le quemaran la boca al pronunciarlas. Viper sintió el golpe de la noticia como un puñetazo en el estómago. Su respiración se volvió superficial, entrecortada, y por un instante, todo a su alrededor se difuminó.

La angustia lo invadió, y el peso de la responsabilidad cayó sobre él como una losa. Cada segundo que pasaba sin saber más detalles lo corroía por dentro.

Reaper, que hasta entonces había estado en silencio en un rincón, dio un paso al frente, el rostro inexpresivo, pero los ojos destellando con una ira apenas contenida.

—Le dispararon cuando estaba visitando a un amigo. No es alguien del club, sino un amigo de la infancia o algo así —dijo Reaper, su tono seco, como si las palabras le pesaran—. El que estaba con él vio a unos moteros retirarse. Llevaban cuervos en sus chaquetas.

Las palabras resonaron en la mente de Viper como latigazos. Y la incredulidad se mezcló con una rabia feroz. ¿Cómo se atrevían? Esos cabrones traicioneros habían estado en silencio por

semanas, y ahora, sin previo aviso, atacaban y dónde dolía.

El presidente era el corazón del club. Mason era una figura fundamental para todos los Caballeros. Su mandíbula se apretó y sus manos se cerraron en puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

El aire en la sala de espera se volvió más espeso, cargado de una tensión palpable, casi sofocante. Los rostros de sus compañeros reflejaban la misma furia que lo consumía por dentro.

—Malditos cobardes —escupió Torque, su voz apenas un susurro—. ¡Atacar a Mason así, en frío... esos hijos de puta nos las van a pagar!

Antes de que Viper pudiera responder, la puerta de la sala se abrió de golpe y entró Ava, la hermana de Mason. Su rostro estaba cubierto de lágrimas, los ojos rojos y enrojecidos por el llanto.

Iba de la mano de Hustle, su esposo y Sargento de Armas del club Reyes de Sacramento, quien mantenía una expresión de acero, aunque la preocupación se reflejaba en la rigidez de su mandíbula.

Al ver a Ava en ese estado, Viper sintió un nudo en la garganta. La conocía desde hacía mucho tiempo, y verla así, destrozada, lo desgarraba. *Yo estaba con Beatrix mientras Mason era atacado*, pensó, la culpa acumulándose en su pecho como un veneno.

—¿Cómo pasó esto, Viper? —preguntó Ava, con la voz rota, casi sin poder respirar—. ¿¿Cómo permitieron que esto le ocurriera a Mason!?

El peso de sus palabras se estrelló contra él como una avalancha. No tenía excusas, no había palabras que pudieran consolarla. Todo lo que pudo decir fue un débil:

—Lo siento, Ava... lo siento mucho...

Hustle puso una mano firme en el hombro de Viper, y su voz, aunque baja, llevaba una amenaza implícita, una promesa de venganza para los perpetradores.

—Los que lo lamentarán serán los hijos de puta que hicieron esto —dijo.

El comentario de Hustle no era bravata vacía. Era una declaración fría y calculada, una sentencia pronunciada por alguien que había destrozado a más de uno en su vida. Viper asintió, sin poder articular más palabras. *Mason es mi hermano. Lo vengaremos*. La promesa ardía en su mente.

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo, y un médico nervioso, con la frente perlada de sudor, entró en la sala. Era evidente que estaba incómodo, y sus ojos danzaron entre los moteros, hasta que Viper se adelantó.

—El señor Mason ha salido de cirugía —comenzó el médico—. Logramos estabilizar la situación, pero el daño fue considerable. Tuvimos que reparar su hombro, y una de las balas afectó uno de sus riñones, aunque, por suerte, no fue fatal. Con tiempo y cuidados intensivos, debería recuperarse.

Ava soltó un sollozo tembloroso, aferrándose con fuerza a Hustle, sus manos temblando.

—¿Puedo verlo? —preguntó con la voz apenas audible, como si temiera la respuesta.

El médico asintió, con una mirada comprensiva.

—Solo por unos minutos. Está sedado y necesitará mucho reposo. Si lo desea puede permanecer en una salita individual próxima a la habitación.

Mientras Ava se dirigía hacia la habitación de Mason, Hustle volvió la mirada hacia Viper. Su rostro mostró férrea determinación.

—Necesitamos hablar —dijo, su tono bajo pero cargado de intención.

Cuando Ava salió, el grupo de moteros, liderado por Viper y Hustle, se reunió alrededor de una mesa improvisada en la sala. Todos estaban tensos, sus expresiones marcadas por la ira. El ambiente era espeso, como si en cualquier momento fuera a explotar.

—Skull y Ice ya están trabajando en las cámaras de seguridad del vecindario—informó Hustle—. Tenemos grabaciones de la zona donde fue atacado, pero... Algo no cuadra, Viper. Esa zona no es de recorrido habitual, y Mason fue sin más escolta que otro motero. Se sentía seguro allí.

—¿Qué es lo que dices?—arrugó el entrecejo mientras trataba de entender adónde quería llegar Hustle.

—Alguien sabía adónde iría, adónde estaría, y lo filtró.

Viper desorbitó los ojos.

—¿Insinúas que hay un soplón entre los nuestros?

—Estoy seguro—dijo Hustle, y le miró con fijeza, sin retroceder—. Es lo que hemos pensado con Fury. Se les han adelantado cada vez, como si supieran de antemano sus movimientos. Y esto...

Viper sintió su interior arder, y las piezas comenzaron a encajar. Era verdad. No eran unos niñatos idiotas, y los Ravens les habían tomado por sorpresa cada vez. Joder... Pero, ¿quién?

Miró a los otros y vio el mismo desasosiego en sus rostros, pero también asentimientos. Era la única explicación. Un traidor. Un traidor entre los Caballeros. Viejas imágenes de la guerra interna del club reaparecieron en su cabeza, pero se obligó a dejarlas ir. Esto era diferente.

Viper se volvió hacia Zero.

—Ve a nuestra sede y trabaja en ubicar los móviles de todos. Hackea todo lo que puedas sin pruritos de intimidad, porque se nos va la vida en esto.

—Maldita sea, si uno de los nuestros habilitó la trampa a Mason y la golpiza a T Bone, además de los destrozados...—dijo Reaper—. Que corra, porque vamos a aniquilarlo—bramó, y hubo gruñidos de afirmación.

Zero asintió, su expresión determinada.

—Lo haré.

Reaper intervino:

—Necesitamos que todos estén listos. Hemos de pedir a algunos que se atrincheren en el club, los volátiles, y a los más confiables darles armas por si hay otros ataques. No queremos que alguien dispare primero y provoque heridos inocentes. Si lo hacemos, daremos una excusa a las autoridades para meternos en problemas. Esto será un desafío, porque ya no sé en quien confiar.

Torque asintió, aunque su rabia era evidente.

—Cierto. Primero tenemos que encontrar al soplón, a esos bastardos Ravens, y proceder a fumigar todas esas ratas.

Hustle frunció el ceño y asintió.

—Fury está esperando noticias. Esto debe hacerse con precisión. Un golpe limpio, sin errores. Ya ha habido varios.

Sí, por supuesto que el cabrón mencionaría que no habían podido evitar que los Ravens los atacaran una y otra vez, pero de afuera se veían mejor las cosas. Viper o los demás no habían imaginado que alguien entre los mismos Caballeros podría estar conspirando en su contra. Viper suspiró y asintió. No era momento para rivalidades tontas. Había prioridades.

—Necesitamos atraerlos. Seré la carnada. Esos hijos de puta han de estar envalentonados—dijo, su tono firme, dejando claro que no admitía discusión—. Tomaré el lugar de Mason, asumiré su papel como presidente interino, y haremos correr la voz de que fue atacado por ladrones comunes. Les va a pegar en el forro de los testículos, y querrán hacer una declaración de fuerza. Les estaremos esperando. Pero esto lo diseñamos nosotros, y damos las órdenes sin exponer el plan.

Reaper lo miró con suspicacia:

—¿Y cómo atraeremos a esos cuervos?

—Haremos que se filtre información sobre el traslado del dinero del club. Será una trampa —explicó Viper—. Torque y Crusher vendrán conmigo, y cuando intenten hacer su movimiento, serán rodeados. Y esta vez les haremos escupir dónde está su cueva—sentenció, frío y calculador.

Hustle asintió, pensativo.

—Puede funcionar. Necesitarán vehículos de apoyo, drones y acceso a los teléfonos de todos los miembros del club. No hay que dejar ningún cabo suelto.

Hubo algunos comentarios y ajustes, y luego de media hora, todos los presentes sabían qué hacer y cómo. El plan estaba en marcha, y el grupo de moteros se mantuvo en silencio por un instante, asimilando lo que estaba por venir.

La tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo. No podían fallar otra vez. Viper tenía muy claro que recaía sobre él la responsabilidad de guiar al club en esta batalla. *Un error*, pensó, *basta un error para que alguno de nosotros perezca. No es admisible.*

El peso de las decisiones se sentía más fuerte que nunca en sus hombros. Sentía que tenía la confianza de muchos que conocían su capacidad, pero él dudaba de poder ser el líder del momento y proveer el empuje necesario para llevar a cabo la venganza.

Hustle rompió el silencio, con la misma calma inquietante que le caracterizaba.

—Esto tiene que ser rápido. Los Ravens no son estúpidos. Si nos demoramos demasiado, se darán cuenta de que estamos preparando algo —dijo, mirando a Viper.

—Lo sé —respondió Viper, con la voz cargada de determinación—. Haremos los preparativos con calma para no levantar sospechas.

Reaper asintió, pero sus ojos mostraban una mezcla de cautela y expectativa.

—Hemos tenido que enfrentarnos a cabrones antes, pero esto es diferente. Son como ratas, siempre moviéndose en las sombras, y si no actuamos sincronizados, van a desaparecer antes de que podamos atraparlos. No podemos filtrar nada.

Viper asintió. Reaper tenía razón. Los Ravens habían demostrado astucia, siempre un paso adelante, siempre cubriendo sus huellas, pero habían tenido ayuda. Pero esta vez no les darían esa oportunidad. Esta vez, caerían.

Antes de que la conversación pudiera continuar, la puerta se abrió nuevamente y Ava regresó. Su rostro era una máscara de dolor. Las lágrimas que había tratado de contener seguían cayendo, y sus hombros temblaban.

La fuerza que había mostrado al principio se desvanecía al enfrentarse a la cruda realidad de ver a su hermano conectado a las máquinas, vulnerable como nunca lo debía haber visto.

—No parece él —susurró, con la voz rota. Sus ojos buscaron a Viper, buscando respuestas que él no podía darle—. Está tan... tan pálido. Nunca pensé que vería a Mason así.

Viper sintió cómo su estómago se contraía. El dolor en el rostro de Ava lo desgarraba. Mason, su amigo, su hermano de batalla, estaba postrado en una cama de hospital. No podía evitar sentir culpa, una que lo consumía.

Torque fue el primero en levantarse y acercarse a Ava. Colocó una mano en su hombro, intentando ofrecerle un consuelo que sabía que no sería suficiente.

—Ava, él es fuerte. Lo sabes mejor que nadie. Mason va a superar esto. Y vamos a hacer que los que hicieron esto, paguen.

Las palabras de Torque, aunque dichas con sinceridad, no lograban aliviar el dolor de Ava. Ella negó con la cabeza, sollozando.

—No entiendo cómo pudieron dejar que esto sucediera... ¿Cómo se atrevieron a tocarlo?

Hustle, que había estado observando desde el otro lado de la sala, se acercó y la abrazó con fuerza.

—Tu hermano es fuerte, Ava. Mason necesita que estés aquí, pero no te preocupes. Viper y yo nos encargaremos.

El tono de su voz no admitía discusión. Era una promesa, una sentencia. El silencio se apoderó de la sala durante unos minutos, donde solo el sonido de los sollozos de Ava rompía la quietud.

Finalmente, Ava, aún aferrada a Hustle, se separó y miró a Viper con ojos enrojecidos.

—Viper, eres el presidente ahora. Prométeme que esto no quedará así.

Viper, con el corazón latiéndole en la garganta, asintió, sin poder hablar al principio. Pero luego, con la voz firme, le dio la promesa que necesitaba oír.

—Te lo prometo, Ava. Los que hicieron esto no van a escapar. Mason se va a recuperar y estará enojado de que no le dejamos espacio para la revancha.

Ava asintió, tratando de encontrar consuelo en sus palabras, y se alejó para regresar al lado de su hermano. Cuando ella desapareció por el pasillo, el grupo de moteros se volvió hacia Viper, esperando su próximo movimiento.

Viper respiró hondo, tratando de calmarse antes de hablar.

—Reaper, asegúrate de tener todo listo. Vamos a proceder con lo que hablamos. No quiero errores. Avisad a los demás que se mantengan preparados.

—¿Y Beatrix? —preguntó Reaper, con una mirada que mostraba más preocupación de la que su tono dejaba entrever.

El nombre de Beatrix resonó en la mente de Viper como una punzada de realidad. Beatrix... ¿Cómo la incluiría en esto? Ella no estaba hecha para este tipo de vida. No podría arrastrarla a un mundo de violencia y muerte, y, sin embargo, la había metido en ello al involucrarse con él. ¿Qué le diría ahora?

—Yo me encargo de Beatrix —respondió Viper, casi en un susurro, como si decirlo en voz alta hiciera que la situación fuera más difícil de manejar—. Ella no puede saber lo que pasa. Mantendremos esto fuera de su vida.

Reaper lo observó, pero no dijo nada más. Sabía que Viper estaba enfrentándose a una encrucijada, y cualquiera que fuera la decisión que tomara, no sería fácil. Hustle se acercó y le dio una palmada en el hombro.

—Tenemos un plan. Vamos a ejecutarlo.

Viper asintió. Esto le sabía a hiel. Traición de un hermano en el aire, Mason herido de gravedad, el club en peligro, y su vida personal colgando de un hilo. El escenario era tétrico, y lo que más le pesaba, se confesó, era el miedo de perder a Beatrix.

Tengo que protegerla. Pensó en ella, en sus sonrisas, en la paz que sentía cuando estaban juntos. No puedo mezclarla con esto. No puedo. Ir a ella es volverla el blanco de los que nos quieren ver destruidos. Hasta que no terminemos con esta guerra, soy peligroso para ella.

Mientras el grupo se dispersaba para seguir con los preparativos, Viper se quedó solo en la sala, mirando al vacío, sabiendo que estaba a punto de enfrentarse no solo a los Ravens, sino

también a las decisiones más importantes de su vida.

¿Podría vengar al club y no perder a la mujer que significaba todo para él? Los dados no parecían estar a su favor.

DIECINUEVE.

Parpadeó luego de leer el mensaje en su móvil, y se sentó en el sofá, su mano temblando buscó confort, y acarició el suave lomo de August, que ronroneó. Las frases la dejaron sin palabras, literalmente, y Beatrix sintió un vacío en el pecho.

Frías, cortantes, breves, así era el mensaje que él le enviaba luego de tres días de silencio. Y ello posteriormente a haberse ido veloz luego de recibir la novedad de un ataque al presidente del club. Ella había quedado hiper preocupada, pero él no había escrito nada, hasta hoy.

VIPER: *No puedo verte por unos días. Hay problemas. No quiero exponerte.*

El mensaje la atravesó como un puñal, dejando una sensación de desconcierto y soledad que no podía ignorar. ¿No se suponía que las personas que se querían compartían todo, tanto las alegrías como las penas? ¿Por qué la excluía de su mundo? Sentía que la estaba apartando, justo cuando ella podía ayudarle, estar para él.

Si su amigo sufría o había muerto ella podía ser su muleta emocional, su paño de lágrimas. Quería estar para él. Mas él la hacía a un lado. Un veneno insidioso empezó a filtrarse en su mente, lleno de dudas. ¿Y si esto era una excusa para quitársela de encima?

¿Y si Viper solo estaba buscando alejarse de ella y no tenía el valor de decírselo? Podía pasar, su relación había sido meteórica. Increíble, pensarían algunos. Ella misma se había pinchado más de una vez para comprobar que no era un sueño.

¿Le conocía realmente? Lo que habían compartido, aunque intenso, había sido breve. ¿Era suficiente para que ella confiara en él de manera ciega? Beatrix comenzó a hundirse en esa espiral de inseguridad que tanto temía. Cada vez que trataba de encontrar respuestas, más preguntas se acumulaban en su cabeza. ¿Quizás nunca la había tomado en serio?

Las palabras de Chloe, la mujer que la había confrontado en el club, volvieron a resonar en su mente. Ella la había hecho sentir insignificante, como si no fuera suficiente para alguien como Viper. ¿Y si tenía razón?

Trató de sacudirse esos pensamientos, de luchar contra la duda que la carcomía. No, no puede ser. Se instó a ser racional. Hacía apenas unos días Viper la había presentado como su mujer ante sus hermanos del club.

Era un paso serio, no lo haría si no estuviese seguro. La del viernes había sido una noche especial, inolvidable. Recordó cómo habían despertado juntos en su pequeño apartamento a la mañana siguiente, él abrazándola, enroscado a su alrededor como si fuera su refugio.

Su piel cálida contra la de ella, su respiración pausada, y la seguridad que le transmitía... Todo se sentía tan perfecto, tan real. Él se había levantado, sus ojos brillantes. Había amor en su mirada, o eso creyó leer Beatrix.

Se concentró en analizar y recordar aquellos momentos. Quería aferrarse a esa dulzura, a

esa sensación de ser querida, de ser la única persona que importaba en su mundo. Con él, la soledad parecía un mal recuerdo, algo lejano.

Luego, había venido la invitación a ir a su casa, un momento que había considerado trascendente. Él le daba ingreso a su refugio. Ver el lugar donde él vivía, un lugar que para él era sagrado, significaba mucho.

Entendía lo importante que era para Viper, porque era su hogar, algo que no había tenido durante su infancia en el orfanato. La casa, aunque modesta y sin lujos, era un símbolo de libertad para él, un reflejo de su independencia.

Oh, ella había recorrido cada rincón, fijándose en los detalles. La cocina, en particular, estaba impecable, como si fuera el corazón de su hogar. Verlo moverse con destreza entre los utensilios, preparando una receta del libro que ella le había regalado, le había llenado el pecho de calidez. Un gesto simple, pero cargado de significado para ella. Entonces se sintió parte de su mundo.

Pero entonces, todo cambió. La noticia de que Mason había sido herido destruyó la tranquilidad de esa intimidad que habían compartido. Viper se transformó ante sus ojos, la dulzura y la calma que había mostrado desaparecieron, reemplazadas por una furia y una determinación que la asustaban.

Su rostro se contorsionó, y su mente dejó de estar con ella para centrarse en el club y en su hermano caído. Beatrix sintió un nudo en el estómago al verlo tan distante, como si lo hubiera perdido de repente. Su presentimiento, ese que había tratado de dejar de lado, se demostró real.

Desde entonces, la preocupación se había anclado en su pecho. Viper le había pedido que regresara a su apartamento, con su voz firme pero cargada de una preocupación subyacente que la inquietaba. Aceptó, pero con el corazón encogido.

La última vez que le vio él se alejaba en su moto, su figura desapareciendo en el horizonte, y la soledad la invadió, pegada al miedo. Por muy fuerte y valiente que fuera Viper, no era invencible.

El resto del sábado había sido un suplicio. Trató de seguir con su rutina, pero sus pensamientos siempre volvían a él, a lo que podría estar sucediendo. ¿Estaría bien? ¿Y si algo terrible le ocurría?

La violencia entre clubes no era algo desatinado, de hecho, Mason estaba herido, no sabía la gravedad. Ella había visto a T Bone golpeado, las motos destrizadas por hombres con bates de béisbol.

La idea de perderlo, de que esta relación tan frágil se desmoronara antes de siquiera tener una oportunidad, la aterrorizaba. Aquella noche apenas durmió, despertándose una y otra vez, asediada por pesadillas.

En sus sueños, aparecía otra vez Sarah, y el viejo sentimiento de impotencia por no haber podido salvarla, el dolor de perderla y añorarla. Pero esta vez, Viper estaba allí también, atrapado

en un mundo de violencia del que no podía escapar. Se había despertado temblorosa, sudando, con el corazón desbocado y la mente atormentada por esos miedos.

El domingo fue interminable y no pudo hacer nada, su vista clavada en la pantalla del móvil esperando la llamada que le quitara el temor, el estrés. Cada minuto pareció durar una eternidad.

El peso en su pecho aumentó con cada hora que pasaba sin noticias de él. Quiso escribirle, pero se detuvo cada vez. No podía molestarle, ¿y si lo descubrían por su culpa? En las pelis de suspenso, el protagonista era atrapado por no silenciar su móvil.

No quería parecer desesperada, además. No quería que Viper pensara que dependía de él, pero en el fondo, se sentía vulnerable, frágil. Quería saber que estaba bien, quería sentir que no la estaba apartando.

El lunes por la mañana se despertó con un dolor de cabeza punzante y el estómago revuelto. Otra noche de terror, construyendo escenarios tétricos. Y entonces llegó el mensaje de Viper y ella entró en el espiral de incertidumbre.

Se arrancó de esto por pura disciplina. Joder, no quería ir al ensayo, estuvo tentada de llamar para decir que estaba enferma, pero no podía permitirse faltar. Y tal vez la música la calmaría.

No te desanimes tanto. Él no te cortó del todo, habló de no exponerte. De cuidarte. Viper es protector, de seguro se atemorizó al ver el estado de Mason y no quería venir a ella hasta no resolver las cosas. Eso sonaba lógico.

Se preparó y bajó el instrumento, echando en falta la ayuda diaria de Viper, que le había facilitado la vida desde que la conocía. Una vez en el lugar se conminó a ser profesional y no dejar que su música transparentara sus emociones y pensamientos.

Falló algunas veces, pero eso les pasó a todos. Estaban afrontando por primera vez una tediosa serie de ensayos de piezas complejas. En el intermedio, el director anunció que al final de la semana se comunicarían la decisión tomada sobre los recortes de personal.

Esto cayó en su cabeza como una bomba, y su mente de inmediato se convenció de que estaría en la nómina de expulsados. Beatrix apenas pudo tocar su instrumento en la siguiente hora porque la ansiedad pesaba en sus manos, en cada movimiento, haciéndola torpe, desconcentrada.

No importaba cuánto Eva y William quisieron convencerla, ella ya se veía afuera. De regreso, algo en ella la impulsó a pasar por la casa de Viper. Quería verlo, necesitaba entender qué estaba pasando.

Pero cuando estuvo a punto de detenerse frente a su puerta, algo en su interior la frenó. No podía entrar allí. ¿Qué haría si lo veía? ¿Qué le diría? Moriría de vergüenza si él la confrontaba. Siguió de largo, y, casi sin darse cuenta, terminó dirigiéndose hacia la sede del club.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó, sintiéndose como una intrusa, como una acosadora. Tal vez veo a alguno de los otros moteros, me entero de lo que ha pasado, consideró. Lo que no

esperó fue verlo.

Decir que la impactó era poco. Frenó su coche a unos cien metros, porque sí, de lejos era capaz de identificarlo sin dudar. Él estaba afuera de la sede junto a un grupo de moteros. Reían. Fuerte.

El sonido de sus carcajadas lo trajo el viento como una burla, se coló por su vidrio bajo como una bofetada. ¿Cómo podían reírse si Mason estaba herido? ¿Cómo podía Viper estar tan tranquilo después de lo que había pasado?

Era una mentira, dijo su cabeza. Lo sabía. Lo sabía. La decepción la golpeó con la fuerza de una tormenta. Su pecho se contrajo, el aire comenzó a escasear y sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Colocó su cabeza entre sus rodillas y su mente replicó el procedimiento antipánico. *Respira. Inhala. Exhala. RESPIRA. RESPIRA.* No tuvo noción de cuántos minutos le llevó calmarse, pero cuando tuvo uso de sus miembros, maniobró con cuidado y se alejó por una calle lateral. Aceleró el coche, las manos temblando sobre el volante.

Todo había sido una mentira. Unas cuadras más adelante, volvió a detener su vehículo, y apoyó la cabeza sobre el volante. Nada era real. O sí, pero a término. Barato. Lo que habían compartido, las promesas, las fantasías de futuro, de repente eran cuentos vacíos.

Su mente se llenó de imágenes confusas, dolorosas. Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, mientras su pecho dolía de una forma que no podía describir. ¿Cómo había bajado sus muros? ¿Por qué había confiado en Viper?

Beatrix sollozó en silencio, mientras el mundo a su alrededor seguía girando, indiferente a su dolor. Se sintió rota y más sola que nunca.

VEINTE.

Viper caminaba por la sede del club con la mandíbula apretada, los pasos firmes, pesados, mientras su mente giraba en torno a estrategias y movimientos calculados. Los Ravens iban a caer. De eso estaba seguro.

La traición que se sospechaba había surgido desde dentro, ese soplón que había vendido a Mason y a todo el club, lo corroía. La rabia le quemaba el pecho, pero sabía que perder el control no era una opción. Tenía que estar focalizado. Cada pieza de la trampa debía encajar perfectamente, no podía permitirse error.

El salón principal de la sede estaba repleto de miembros. Los moteros bebían y charlaban en grupos pequeños, y aunque intentaban mantener la calma, el ambiente estaba cargado de preocupación.

Mason seguía en coma y eso pesaba sobre ellos como una sombra amenazante. Tocaba a Viper no flaquear, tenía que mostrar fortaleza para mantener la unidad. Así que a cada uno de los que vino a él atendió, ofreció consejo o dio tranquilidad, y a más de uno confrontó para terminar con una actitud idiota.

El liderazgo estaba hecho de solvencia, se alimentaba de sentido común, paciencia y una pizca de empatía, pero tenía mucho de carácter, eso solía decir Mason, y trató de reflejar eso en sus órdenes y determinaciones.

Se llevó parte de su paz mental, por supuesto. Se sentía cansado y alerta. El teléfono no paraba de sonar, como en este momento. Se apartó hacia una esquina, buscando algo de privacidad antes de responder la llamada.

El sonido del motor al otro lado de la línea le indicó que Hustle estaba en movimiento.

—Viper, estamos listos—La voz de Hustle era grave, segura—. Tenemos los ojos puestos en su sede y en los miembros sospechosos. La lista que elaboraste con Reaper parece sólida, pero no tenemos nada todavía.

Viper asintió, aunque Hustle no pudiera verlo. El gesto era más para sí mismo, una forma de asimilar la situación.

—Mantén la vigilancia, Hustle. No quiero que ninguno de esos cabrones haga un movimiento sin que lo sepamos—dijo, su tono severo, aunque bajo para no delatarse.

—No te preocupes—La respuesta de Hustle fue igual de firme—. Lo tenemos controlado. El soplón va a salir a la luz, y cuando lo haga... ya sabes lo que sigue.

—Oh, sí que lo sé—Viper respondió con frialdad, casi como un juramento—. No habrá lugar donde esconderse.

Cortó la llamada, aun masticando las palabras de Hustle. Se dirigió hacia la barra y cogió una cerveza, buscando aquietar su mente. La ira por la traición y la incertidumbre sobre el estado de

Mason invadía sus pensamientos si se lo permitía, y no podía hacerlo. El control era vital. Justo cuando abría la botella, el teléfono volvió a vibrar. Esta vez, era Zero.

—Ya he hackeado los teléfonos de la lista—Zero no se anduvo con rodeos—. Dos de los nuestros se han estado moviendo fuera de las patrullas. Han tomado rutas distintas. No he visto nada en los mensajes aún, pero estoy vigilando.

—Mantente atento. Si no son ellos, de igual modo están jodiendo nuestro sistema y no acatando las normas—Viper respondió con un tono grave.

En este club cada uno tenía un rol, y había una jerarquía, y los individualismos llevaban a que se perdiera la esencia corporativa de los moteros. No lo harían de estar Mason bien, consideró, así que era una falta de respeto a su liderazgo que debería controlar. Pero esto podía esperar.

—Entendido—Zero colgó, y Viper se frotó la cara, el peso de las decisiones que tenía que tomar aplastándole los hombros.

Empinó la botella de cerveza en un largo trago, y luego se dirigió hacia el salón de usos múltiples donde estaba la cafetera, una computadora, bocadillos. Torque hablaba en voz baja con un par de compañeros, y Viper se acercó a ellos, dándole una palmada en el hombro al Capitán de ruta.

—¿Alguna novedad de Mason?—preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Torque bajó la mirada, su expresión reflejando el peso de la incertidumbre.

—Sigue igual, tío—suspiró, rascándose la barba—. Los médicos no dicen mucho. Solo que tenemos que esperar. Joder, es una mierda.

Viper asintió, apesadumbrado. Mason era más que un hermano para él, era el alma del club, y estaba postrado en una cama de hospital, luchando por su vida mientras ellos trataban de evitar que todo se desmoronara.

—Vamos a hacer que esto cuente, Torque—dijo, mirándolo a los ojos, con una determinación feroz—. Cuando encontremos al cabrón que hizo esto, lo vamos a hundir. Ninguno de esos hijos de puta va a salir de esta.

Torque asintió, su sonrisa de circunstancias amarga. Ambos sabían que no se trataba solo de una promesa; era un juramento de sangre. Lo dejó atrás y se dirigió hacia el grupo más grande que estaba reunido en la barra, sus movimientos determinados.

Era lo que Mason solía hacer: caminar entre ellos, escuchar sus preocupaciones, asegurarse de que el club se mantuviera unido. A aquel le surgía natural, como el cojonudo líder que era. Viper tenía que forzarse a emularlo.

Se detuvo junto a Reaper que, fiel a su rol de jefe de seguridad había estado observando la sala con esa mirada afilada que no dejaba pasar ningún detalle.

—¿Qué ves? —preguntó Viper, manteniendo la voz baja.

Reaper lanzó una mirada a su alrededor, evaluando la situación antes de hablar.

—La tensión se palpa en el ambiente, tío. Todos están cabreados, algunos en demasía, pero les hemos aplacado—Hizo una pausa, como midiendo sus palabras—. El soplón va a mostrar la cara tarde o temprano. La trampa está bien montada, pero hay que tener los ojos abiertos. Puede que esté más cerca de lo que creemos.

Viper apretó los labios, esa era su mayor preocupación. Un error, solo uno, y todo se iría a la mierda.

—Zero tiene pinchados los teléfonos—susurró—. Cada uno de los de la lista, y los Reyes tienen gente siguiéndoles. Esperemos no habernos dejado a nadie afuera de esa lista, Reaper. Ser impetuoso o irrespetuoso no es lo sinónimo de traición. No podemos apurarnos. Si levantamos sospechas antes de tiempo, se nos escapan.

Reaper asintió, aunque una sonrisa torcida apareció en su rostro.

—No te agobies, Viper, aguanta. Sabemos que estás haciendo tu mayor esfuerzo, hermano—Reaper lo miró y asintió—. Triunfaremos, estoy convencido, y lo haremos con la tranquilidad de que actuamos con inteligencia. No haremos nada antes de tiempo—dijo con su tono habitual, ese que siempre dejaba claro que disfrutaba la idea de lo que venía después—. Y cuando llegue el momento, disfrutaremos de desarticular a esas mierdas.

Viper afirmó, mirando en derredor. Había mucho en juego: no se trataba solo de venganza, se trataba de proteger a su club, a su familia.

La charla con los suyos y la convicción de que hacían bien hizo su día más llevadero. La jornada avanzó, y Viper no paró de ir de un lado a otro del club y visitar los negocios, asegurándose de que todo funcionara y estuviera en su lugar.

La cabeza y el corazón los tenía partidos, empero. Sus urgencias y la de los suyos coincidían, excepto en una. Beatrix. Joder, cómo le afectaba no poder ir a ella. Había estado evitando pensar demasiado en ella, pero cada vez que lo hacía, un nudo de culpa le apretaba el pecho.

La había mantenido al margen, alejada de todo esto. No había tenido tiempo ni cabeza para verla, y el contacto con ella en los últimos días se había reducido a un par de mensajes breves, tan fríos como concisos. Los nervios, la necesidad de tomar decisiones sobre mil detalles, el tener que estar en constante movimiento, era demasiado.

¿Qué estaría pensando ella? ¿Qué ideas se haría su Bea sobre su ausencia y silencio? Que la estaba dejando de lado, lo más factible. Beatrix tenía complejos, inseguridades, y él se había abocado a destruirlos con presencia, caricias, diálogo franco y sexo, pero luego la había dejado, corrió como el bombero que era a apagar el fuego de su club.

Debió hacerlo. Ella no lo entendería. Este mundo, con su violencia y sus secretos, no era algo fácil de aceptar, y mucho menos de comprender. Y no podía desesperarse a pensar en su vieja ahora, no podía permitirse esa distracción, porque lo doblgaría.

No podía, había vidas en juego, demasiados problemas por resolver. Así y todo, la imagen de su sonrisa, su voz suave, su presencia, lo seguían atormentando, mezclando sus emociones.

Viper dejó escapar un suspiro largo, apretando los puños con fuerza. Primero, acabar con el soplón y los Ravens. Luego, luchar por recuperar a Beatrix.

VEINTIUNO.

El sol del mediodía golpeaba con fuerza sobre los tres moteros que se deslizaban por un camino secundario rumbo a una población vecina. Viper, T Bone y Torque avanzaban en silencio.

En una de sus mochilas llevaban el bulto que servía como carnada: el supuesto grueso del dinero del club, que de habitual no se depositaba, y que Viper había decidido debía llevarse a un banco para evitar perderlo en un ataque a la sede.

Habían hecho la pantomima en la sede, pero en realidad lo que llevaban eran armas, cargadas y listas para repeler el ataque que estaban seguros llegaría. El soplón no se controlaría y haría saber del traslado, y los Ravens irían por el dinero.

La trampa estaba lista. A medida que el polvo del camino se levantaba a su paso, Viper sentía su pulso acelerarse. Esto tenía que salir bien, y era el momento para el que habían trabajado días interminables. Solo quedaba esperar que mordieran el anzuelo.

—Vienen detrás, hay una nube de polvo en el retrovisor—dijo T Bone, y Viper miró su espejo.

A lo lejos, en el horizonte, confirmó lo que T Bone adelantó. Desaceleraron un poco para dejar que se acercaran. Eran tal vez siete u ocho motos las que venían, y cuando estuvieron cerca, los cuervos bordados en las chaquetas negras fueron inconfundibles.

—Torque, prepárate—murmuró Viper, ajustando su intercomunicador en el casco.

—Lo estoy, hermano—respondió Torque con la voz tensa, pero firme.

Las motos de los Ravens se aproximaron y les sobrepasaron, y pronto estuvieron rodeados. La adrenalina recorría cada fibra del cuerpo de Viper, pero su rostro permanecía impassible, controlando cada latido, cada respiración. Dos de los moteros sacaron pistolas y dispararon sin advertencia.

Los chalecos antibalas absorbieron los impactos, pero el dolor fue inmediato. Viper sintió el golpe como si le hubieran dado un puñetazo en las costillas. No era mortal, pero la molestia era real.

Tenían que fingir que los habían derribado, que estaban gravemente heridos. Torque cayó de su moto con un gruñido ensayado, mientras Viper hacía lo propio, dejando que su cuerpo golpeará el suelo con fuerza. T Bone les siguió. El ruido de metales sobre el pavimento y los gritos, el bombeo de la sangre en sus oídos, era ensordecedor.

Desde su posición en el suelo, Viper observó cómo los Ravens se acercaban al bulto en la motocicleta, y sin revisarlo, corría para montar en su rodado. Claro que si lo abrían había dinero, pero falso, fajos impresos de buena calidad obsequio de un antiguo colaborador.

El desinterés fue la obvia muestra de que estaban convencidos de que se llevaban el premio

mayor, producto del soplo.

—Es nuestro día de suerte, pero no abusemos, no necesitamos más cuerpos que alerten a las autoridades—gruñó el cuervo, metiendo el bulto en su mochila antes de subirse a su moto—. Vámonos de aquí.

Viper dejó que su mano se moviera hacia su costado, fingiendo un dolor mayor del que realmente sentía. Uno de los moteros lo miró con desdén antes de arrancar su moto y le pateó con brutalidad al pasar, haciendo que se doblara en dos.

Torque aprovechó ese momento para disparar, pero no apuntó, porque la idea era mostrar que les dolía la pérdida del dinero para no levantar sospechas. Tan pronto como las motos de los Ravens desaparecieron en el horizonte, Torque se levantó de un salto, frotándose el costado donde le habían disparado.

—Malditos, se lo han tragado—gruñó, escupiendo al suelo.

Viper asintió, sosteniendo el lado golpeado, y sacó su móvil, mientras T Bone iba por su motocicleta.

—Reaper, estamos listos—ordenó, con una voz fría y calculada.

Unos segundos después, una camioneta negra con vidrios polarizados apareció a lo lejos, dirigiéndose hacia ellos. Reaper estaba al volante. Los tres subieron al vehículo de un salto, acomodándose en los asientos.

Zero ya estaba allí, su computadora portátil abierta y sus manos volando sobre el teclado, controlando el dron que seguía a los Ravens desde el aire.

—El ojo está sobre ellos—dijo Zero, con los ojos fijos en la pantalla, la luz azul de los monitores reflejándose en su rostro—. No tienen ni idea de que estamos detrás.

Viper apretó los puños, observando el mapa en la pantalla donde se veía a los Ravens moverse por el terreno polvoriento, cada vez más lejos del núcleo de la ciudad. Estaban dirigiéndose hacia algún lugar remoto.

Todo estaba yendo según lo planeado, pero eso no calmaba la tensión que le quemaba las venas. El trayecto fue silencioso, la camioneta avanzaba a una distancia segura mientras Zero continuaba monitoreando la ubicación exacta de los Ravens.

Dentro del vehículo, apenas se hablaba, pero el aire estaba cargado de anticipación.

—Aquí están. —dijo Zero, señalando en la pantalla—. Se han metido en lo que parece un almacén abandonado. Es su guarida.

Viper observó el mapa con atención. Era el momento.

—Es la hora—murmuró—. Preparaos para el asalto.

Tomó menos de una hora que un número seleccionado de los miembros de confianza de los Caballeros Oscuros y diez moteros de los Reyes de Sacramento estuvieran en posición.

Las motocicletas de los Ravens estaban alineadas fuera del edificio, una hilera de veinticinco,

con lo que la mayoría del club de nómades estaba aquí. Todas las ratas estaban en el hoyo. Zero revisó las cámaras del dron una última vez antes de asentir con determinación.

—Todo despejado. No hay más movimiento—confirmó.

—Es ahora o nunca—dijo Viper, su mirada clavada en el almacén—. Procedamos—ordenó.

El silencio se quebró entonces cuando las motocicletas de los Ravens empezaron a arder. Viper había dado la orden, y las bombas incendiarias hicieron su trabajo. El fuego y el humo llenaron el aire mientras el caos estallaba.

Los moteros enemigos comenzaron a salir del almacén, tosiendo, desorientados, con las armas en la mano, pero incapaces de ver más allá de la espesa nube gris que envolvía todo.

La confusión fue su perdición. Los Caballeros y los Reyes cayeron sobre ellos como un huracán. Disparos resonaban en el aire, los destellos de las balas iluminaban la escena. Los gritos de dolor y las maldiciones se mezclaban con el crepitar del fuego.

Viper se movía entre el caos con una precisión mortal, derribando a uno de los moteros que intentaba embestirlo. Sus movimientos eran rápidos, calculados, como los de un depredador.

Torque y Crusher, por su parte, no dieron cuartel. Se lanzaron sobre los moteros que intentaban huir, golpeándolos sin piedad, asegurándose de que ninguno pudiera escapar. La escena era violenta, pero todo estaba bajo control. Su control.

Finalmente, cuando el humo empezó a disiparse, quedó claro que la mayoría de los Ravens estaban neutralizados. Algunos heridos, otros muertos. Los pocos que habían sobrevivido fueron alineados mientras los Caballeros revisaban el almacén en busca de más pruebas.

—Mierda, esto es grande—gruñó Reaper, revisando uno de los contenedores que habían encontrado—. Un jodido alijo de drogas.

Viper asintió, su mandíbula tensa. Todo estaba cayendo en su lugar. El golpe había sido certero, pero aún quedaba una pieza por encajar.

—Zero, ¿qué tenemos en los teléfonos? —preguntó, con la voz cargada de impaciencia.

El hacker estaba concentrado, sus dedos volando sobre el teclado, revisando los dispositivos de los Ravens. De repente, se detuvo, su expresión cambiando drásticamente.

—Joder, Viper—dijo, su voz era grave—. Uno de los contactos es Whiskey.

Whiskey. El nombre cayó sobre la habitación como una sentencia. El silencio se apoderó de todos. Viper sintió cómo la rabia comenzaba a arderle en el pecho, extendiéndose como el fuego que acababa de desatarse sobre las motos de los Ravens.

—Maldito traidor—murmuró Viper, apretando los puños con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. Nos ha vendido.

Sin perder tiempo, ordenó proceder. Las autoridades serían contactadas y Reaper y Hustle se quedarían con el grueso de los refuerzos hasta que llegaran el Sheriff y sus alguaciles.

Viper, T Bone y Torque se subieron a las motos con furibunda determinación. Whiskey tenía

que pagar. La traición no sería tolerada. El retorno fue veloz y las maldiciones se sucedían, en especial cuando Zero les hizo saber que habían salido comunicaciones desde el almacén para Whiskey antes del ataque. Al parecer encontraron que el ataque a Viper y los suyos había sido un fraude antes de que se desatara el pandemonio.

—Jodido soplón, tenemos que atraparlo.

Llegaron al club frenéticos, las ruedas rugiendo mientras se detenían frente a la sede. Pero Whiskey no estaba.

—Salió hace un rato. Parecía nervioso—dijo uno de los hombres que estaba en la barra, encogiéndose de hombros.

—Huyó—gruñó Viper, su voz llena de rabia contenida—. Buscadlo. No dejéis ningún lugar sin revisar.

Las llamadas comenzaron a salir una tras otra, pero todas traían la misma respuesta: Whiskey no estaba en su casa, no había aparecido por el Infierno, y nadie lo había visto en las últimas horas.

++++

Cada informe negativo solo aumentaba la furia de Viper. El calor de la traición lo carcomía por dentro, como un veneno que no podía purgar. Tres años. Tres jodidos años había pasado Whiskey dentro de los Caballeros Oscuros, ganándose la confianza de todos. Tres años fingiendo ser un hermano, solo para venderlos.

Su teléfono sonó, y cuando vio el nombre de Beatrix en la pantalla, por un instante la rabia y el caos desaparecieron. Su mente se centró en ella, en esa única constante que lo hacía sentir en paz.

Contestó con celeridad, pero tan pronto como escuchó la voz al otro lado de la línea, el frío le recorrió la espalda, helándole la sangre.

—Hola, Viper.

La voz no era la de Bea. ¡Era Whiskey! Viper se quedó en silencio por un segundo, el corazón acelerado, sin entender. ¿Qué hacía ese hijo de puta con el móvil de Beatrix?

—¿Qué coño estás haciendo, Whiskey?—preguntó Viper, su tono bajo y peligroso, pero dentro de él, el pánico comenzaba a crecer—. Si le has hecho daño...

—Tranquilo, amigo. No le he tocado ni un pelo—La voz de Whiskey tenía un tono burlón que encendió la rabia de Viper aún más—. Pero todo depende de ti. Tienes que controlar al resto y traer el dinero. El de verdad, no esa trampa a los Cuervos.

Viper se mordió el labio, intentando atemperar la furia que lo estaba consumiendo. No podía perder la cabeza. Beatrix estaba en peligro, y eso lo desestabilizaba incluso más que el ataque a

Mason y al club.

Se levantó de un salto, haciendo señas a los demás para que se prepararan.

—Dime dónde está, Whiskey. Esto es entre nosotros, maldito traidor—Viper intentó mantener su voz firme, aunque por dentro estaba a punto de estallar—. Deja a Beatrix fuera de esto.

—Ya no es tan fácil, *hermano*—Whiskey escupió la palabra con sarcasmo—. El trato se ha complicado, y tu vieja está en el medio. Si quieres que salga de esta con vida, vendrás solo. Tú y el dinero, nadie más.

Viper apretó el teléfono con tanta fuerza que pensó que lo rompería. No podía cumplir con esa exigencia, pero tampoco podía arriesgar la vida de Beatrix.

—No vas a salirte con la tuya, cabrón—gruñó Viper, su voz apenas contenía la furia, pero antes de que pudiera seguir, Whiskey lo interrumpió.

—Tienes una hora. Ven solo o lo lamentarás. De por vida.

Viper se quedó mirando el teléfono, la pantalla en negro, su corazón latiendo con violencia. No podía enfrentarse a esto solo, mas Beatrix estaba en peligro. Necesitaba un plan, y lo necesitaba rápido. Crusher se acercó rápidamente, captando la gravedad del asunto al ver el rostro de Viper.

—¿Qué ha pasado?—preguntó, su tono lleno de urgencia.

—Whiskey tiene a Beatrix—La voz de Viper salió como una sentencia, cortante y fría—. Quiere que vaya solo. Pero no va a suceder. Vamos a por él.

Los ojos de Crusher brillaron con asombro, y luego ira. Nadie en el club toleraría una traición así, y mucho menos que alguien tomara a una mujer inocente como rehén.

—Tenemos que movernos rápido—dijo, y gritó a Zero, que estaba llegando—. Zero, ¿puedes triangular el móvil de Beatrix?

Zero se apuró a abrir su dispositivo y se puso a trabajar en ello sin preguntar, sus dedos volando sobre el teclado.

—Un segundo...—murmuró, su concentración absoluta—. Lo tengo. La llamada vino de un área industrial al sur de la ciudad.

Viper asintió, sin decir una palabra más. Era hora de moverse. El grupo salió rápidamente de la sede, cada uno montando sin hablar. Whiskey había cruzado varias líneas.

El rugir de las motos rompió el silencio de la noche mientras se dirigían al lugar indicado por Zero. Viper estaba al frente, su mente concentrada en un solo objetivo: Beatrix.

Cada kilómetro que avanzaban, cada segundo que pasaba, sentía el miedo crecer dentro de él. No podía perderla. La idea de que algo le pudiera pasar lo volvía loco.

Cuando llegaron al área industrial, desaceleraron, y Viper hizo señas a los demás que se dispersaran y tomaran calles laterales. Viper siguió su avance y aparcó la motocicleta, sus ojos

clavados en el edificio que tenían frente a ellos. Whiskey estaba dentro. Y Beatrix también.

—Voy a entrar—dijo Viper por su intercomunicador a los demás—. Sin motocicletas, cubran todas las salidas. No lo dejaremos escapar, pero Beatrix es mi prioridad.

Hubo asentimientos, y Viper respiró hondo, preparándose para lo que venía, y luego caminó con decisión para adentrarse en el edificio, el corazón latiéndole fuerte. Astuto, rápido, preciso, así debía ser.

Whiskey era un animal acorralado, y lo sabía. La única razón por la que no había huido y tomó a su vieja era porque no soltó la imagen del dinero que había visto colocar en aquella cartera.

Pero los más peligrosos eran los animales sin salida, que atacaban ciegos, se recordó, y su mujer estaba en el medio.

A ella fue a quien vio primero al ingresar al área grande de la vieja fábrica. Beatrix estaba en el centro, en una silla, su rostro pálido y asustado. El alivio de verla viva lo golpeó, pero se desvaneció rápido al ver a Whiskey detrás de ella, con una pistola apuntando a su cabeza. Y la sorpresa fue grande al ver a Chloe a su lado.

—Casi llegas tarde—dijo Whiskey con una sonrisa de ¿diversión? que hizo pensar a Viper que no podía estar bien de sus cabales—. Y no traes nada en tus manos. Pensé que te preocuparías por la salud de tu vieja, pero al parecer...—chasqueó su lengua y meneó la cabeza.

—¿Por qué no traes el dinero?—dijo Chloe—. No lo traje... Me dijiste...—ella miró a Whiskey, que se encogió de hombros.

Como si este fuese un juego. El odio que Viper sintió en ese momento no tenía comparación con nada que hubiera experimentado. Beatrix lo miraba con desesperación, pero también con tanta esperanza, con confianza de que él la sacaría de allí que se sintió abrumado.

Tenía que distraer al bastardo, alargar esto para que los demás llegaran.

—Déjala ir, Whiskey. Esto es entre tú y yo—dijo, avanzando con las manos en alto—. No necesitas a Beatrix.

Whiskey rio entre dientes, apretando más la pistola contra la cabeza de Beatrix.

—Oh, pero sí la necesito. Es mi boleto de salida.

Viper evaluó sus opciones en un abrir y cerrar de ojos. Si se llevaba a Beatrix, no la encontraría, o lo haría cuando fuese tarde. Su hermosa mujercita gótica, su música virtuosa, su Bea no podía morir.

La desesperación le hizo predador, y como uno se lanzó al ataque, agachándose para arremeter contra ese hijo de perra que había jodido con lo que Viper amaba más, y gritó:

—¡Abajo, Bea!

El mundo entero se ralentizó en ese instante en que sus manos empujaron la silla a un lado para quitar a Bea del medio, y el sonido del disparo tronó en el aire y el olor a pólvora llenó sus

narinas.

Tarde, pensó, *disparaste tarde*, y cayó sobre Whiskey, el peso de su cuerpo aplastando al otro, mientras golpeaba con saña el brazo armado, haciendo que el arma volara lejos. Perdió conciencia de nada que no fuera el rostro del otro, que no dejó de golpear hasta que unos brazos lo detuvieron y elevaron.

—¡Alto, detente!—sonó una voz femenina, y en la bruma de su furia, la voz de Beatrix penetró como un cuchillo.

Resoplando de excitación y furia, pero con mayúsculo alivio, sobre sus rodillas, esbozó la que debió ser su sonrisa más amplia hacia ella, su mujer, que le hablaba para calmarlo. Estaba viva. A salvo. Nada más importaba.

VEINTIDÓS.

El día había comenzado mal, pero la noticia de que los músicos no perderían sus puestos fue un alivio que, aunque real, apenas rozó su ánimo. Sus compañeros de orquesta estallaron en sonrisas y abrazos, celebrando el respiro inesperado en medio de tanto estrés.

Beatrix sonrió y trató de compartir la alegría, pero algo adentro de ella la mantenía bloqueada, como si una sombra oscura pesara sobre su corazón, impidiéndole disfrutar. Estaba durmiendo mal, además de pocas horas, y eso la tenía agotada.

Las noches eran amargas, y daba vueltas en sus sábanas por horas con la cabeza llena de pensamientos que no le permitían descansar. *Viper*. Su nombre resonaba en su mente, una y otra vez, como una melodía disonante que no podía dejar de escuchar.

Intentaba olvidarlo, no pensar, pero era imposible, y volvía una y otra vez al punto de partida: él la había dejado, y sin explicaciones, con excusas, en una cobarde retirada que parecía tan impropia de un hombre así. *Viste lo que querías de él, no la realidad, al parecer*. Pésima juez de carácter que era.

La torturaban las imágenes de él riendo con sus amigos moteros en la sede, como si nada importara, como si la hubiese olvidado al instante en que salió de su casa. Mientras ella, se consumía en la duda y el dolor. ¿Qué hice mal? ¿Fue todo una mentira? Cruel, cruel forma de quebrar a una mujer. La indiferencia, la mentira, el llevarla alto para dejarla caer sin protección era cruel.

Se sentía traicionada. Ninguneada. Había confiado en él, se había entregado por completo, creyendo que lo que compartían era especial. Pero después de verlo comportándose como si nada hubiera pasado, como si ella no existiera, entendió que había sido utilizada. Una más en su vida. Era probable que se hubiese divertido con sus reacciones, y lo mismo sus amigos.

Mientras colocaba su violonchelo en el asiento trasero del coche, los recuerdos de las caricias y besos la golpearon, de nuevo. Las manos sobre su piel, su sonrisa confiada, esas promesas silenciosas que parecían tan reales en el momento, pero que ahora se sentían vacías, huecas.

¿Cómo pude creer en él? Tonta, tonta. Se sentía estúpida por haber permitido que sus ilusiones la cegaran, por haber pensado, aunque fuera por un instante, que podría haber un futuro entre ellos.

Estaba cerrando la portezuela cuando una voz muy cerca la sobresaltó. Miró atrás y se sorprendió sobremanera al encontrar al bartender del club Inferno. Tenía apodo de bebida... ¿Tequila? No, no, Whiskey, recordó.

Y a su lado estaba la mujer que había sido desdeñosa con ella, Chloe. Su corazón dio un vuelco al verlos, y el nerviosismo la recorrió como una corriente helada.

—Beatrix—dijo Whiskey con una sonrisa amable, aunque no tan relajada como recordaba al

hacer chistes en la barra.

Beatrix parpadeó, tratando de asimilar su presencia.

—Sí, hola... Eh, ¿Qué hacen aquí?

Chloe esbozó una sonrisa más amable de las que le había concedido las veces que se toparon.

—Vinimos por ti—le dijo, y Beatrix, parpadeó, incrédula.

—Viper nos envió—agregó él, sin perder su sonrisa—. No ha podido salir del club, pero tiene una sorpresa para ti—guiñó un ojo.

Las emociones se le enredaron adentro y la dejaron en blanco. ¿Viper envió por ella? ¿Una sorpresa? A la primera reacción de alegría, que duró poco, la siguió la desconfianza. ¿Una sorpresa después de desaparecer sin más? ¿Cómo podía creer eso, después de haberlo visto con los suyos, riendo como si todo estuviera bien?

Pero, al mismo tiempo, una chispa de esperanza, pequeña y tímida, comenzó a brillar en su corazón. ¿Y si todo había sido un malentendido? ¿Y si Mason estaba herido y Viper había estado ocupado con algo importante? Quizá lo había juzgado mal.

No, no, no dejes que tu lado tonto prime. Escribir un mensaje, enviar un audio no toma nada de tiempo, y si él quisiese verte, vendría por ti.

—No quiero saber nada de él—dijo, intentando sonar firme, pero su voz tembló al final—. Tenías razón—dijo, mirando a la mujer—. Ya no estamos juntos.

Para su sorpresa, Chloe dejó escapar una risa suave y meneó su cabeza.

—Beatrix, mira...—le dijo Chloe, su expresión amable—. Lo que dije sobre Viper la otra vez... mentí. Estaba celosa. Lo que tenéis es real, lo entendí. Decimos la verdad. Él está ocupado por lo de Mason. Por eso nos envió, no quiere que te preocupes.

¿Esto quería decir que Mason realmente estaba herido? Si ese era el caso, entonces tal vez Viper no la había abandonado, sino que había estado lidiando con algo mucho más grande de lo que ella comprendía.

El alivio pugnó por desplazar a la desconfianza y a la sensación de traición, haciéndose paso entre las dudas y la tristeza. Tal vez lo había malinterpretado, tal vez no la había dejado como a un trapo que ya no servía.

—Mason... ¿Está bien?—preguntó.

—No, sigue en coma—dijo Chloe—. Viper está a cargo de todo, y es mucho. Te necesita.

Iría, ¿qué podía perder? Más dolor del que había sentido no creía, y podría pedir las explicaciones que necesitaba.

—Bien, iré.

Whiskey asintió y le hizo una seña para dirigirla a un vehículo, y ella miró el suyo.

—Mi instrumento... No puedo dejarlo aquí.

—Podemos ir en tu coche, si lo deseas. Un novato del club vendrá por el mío—dijo él.

Asintió y cuando él fue a sentarse al asiento del conductor y extendió la mano para pedir las llaves, dudó.

—No voy a caber atrás con el instrumento.

—Viper está muy orgulloso de lo talentosa que eres, ¿sabes?—dijo Chloe con un tono amable que parecía genuino, mientras se ubicaban.

Beatrix sonrió, dejando que ese pequeño halago la reconfortara. Él solía decirle lo virtuosa que era. ¿De verdad Viper había hablado de ella con los demás de esa manera? La idea la hacía sentir cálida por dentro.

—¿Tienes tu móvil?—dijo Chloe, y Beatrix parpadeó, asintiendo—. Dámelo.

El tono la desconcertó, y una alarma interna se disparó.

—¿Mi teléfono? ¿Para qué?—preguntó, frunciendo el ceño y mirando a Chloe con intriga.

De repente, todo cambió. La sonrisa en el rostro de Chloe había desaparecido, y Whiskey, que había encendido el auto y maniobrado para salir, volvió su rostro hacia ella.

Su jovial expresión había mutado a una dura y amenazante. El corazón de **Beatrix** comenzó a latir con fuerza.

—¿Qué está pasando?—preguntó, su voz temblando mientras el pánico la envolvía y su mente comenzó a dar vueltas, tratando de entender la situación.

Chloe, dada vuelta desde el asiento delantero, la apuntó con un arma y Beatrix desorbitó sus ojos. ¿Qué...? ¿Qué pasaba? Sudor frío corrió por su espalda y su garganta se trabó. No entendía... No entendía y de pronto tenía mucho, mucho miedo.

La expresión de ambos no dejaba lugar a dudas: habían venido a por ella y tenían razones muy turbias.

—Dame el teléfono, Beatrix—repitió Chloe con un tono que no admitía discusión.

El miedo era un manto que la cubría, y temblorosa, no osó desobedecer. Estaba aterrorizada. ¿Cómo había llegado a esta situación? ¿Cómo se había convertido su sueño en una pesadilla? Todo se desmoronaba, y ella no entendía nada. Nada.

—¿Qué...? ¿Qué quieren conmigo? ¿Dónde está Viper?—preguntó, su voz un susurro.

Chloe soltó una risa cruel, carente de la dulzura fingida que había mostrado antes.

—Te vas a arrepentir de haberlo conocido, querida, mucho. Viper no te va a salvar—dijo, burlona—. Te lo advertí, no era para ti. Mira en lo que te ha metido. El bastardo es más listo de lo que parecía, y tú serás nuestro escudo. Cuando sepa que estás en peligro, nos dará lo que queremos. Así de idiotas son los hombres enamorados.

Beatrix sintió que su corazón se detenía. ¿Qué harían con ella? ¿Para qué la necesitaban? Tenía que ser algo con Viper, contra él. El pánico la consumía, pero al mismo tiempo, un pensamiento surgió en su mente: Viper estaba enamorado de ella, esto decía Chloe. Entonces...

no la había traicionado.

Aunque la situación era aterradora, saberlo la entibiaba. Al menos, esa pequeña chispa de esperanza permanecía encendida dentro de ella.

Mientras Chloe hablaba, Whiskey comenzó a hablar por su teléfono. Beatrix escuchó claramente su nombre en la conversación. Whiskey le exigía a Viper que fuera solo y que llevara dinero. Iba a ser usada como moneda de cambio, como un simple peón en este juego sucio que estos dos se traían.

—¿Por qué?—susurró, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué ha pasado?

Pero no obtuvo respuesta. Ambos susurraban entre ellos y simplemente la ignoraron, como si fuera un objeto sin importancia, mientras la llevaban a las afueras de Sacramento. La carretera parecía interminable, y cada minuto que pasaba aumentaba su desesperación. Se sentía tan frágil y vulnerable en este vehículo, en manos de esas dos personas que ni siquiera la miraban como un ser humano.

Finalmente, el coche se detuvo frente a una fábrica vieja. Sus palpitaciones aumentaron. El sudor cubría su piel, y sus manos temblaban mientras su respiración se volvía más y más errática. ¿Cómo iba a salir de esta? Su mente puso en primer plano pensamientos oscuros.

Los minutos que siguieron parecieron horas. El miedo y la incertidumbre se apoderaban de ella, nublando su juicio. Whiskey la tenía sentada en una silla polvorienta, y jugaba con el arma en su mano. Chloe había ido a la puerta de ingreso.

De pronto, ella apareció corriendo, y gritó que Viper venía en su motocicleta, solo. Los dos se tensaron, y Whiskey vino a Beatrix, colocando sus manos en sus hombros, el arma apuntando a sus sienes.

Viper había venido. Él estaba aquí, y solo. Vino a salvarla, pero... ¿Cómo lo haría, sin apoyos? Pasaron segundos que se alargaron, y Beatrix sentía que podía morir de los nervios y el miedo.

Toda ella se llenó de una mezcla de amor, alivio y desesperación al verle aparecer en la habitación. No importaba lo que ocurriera después, Viper había venido por ella. Caminó con determinación, sus ojos fijos en los de ella, como si quisiera darle fuerza.

—Casi llegas tarde—dijo Whiskey—. Y no traes nada en tus manos. Pensé que te preocuparías por la salud de tu vieja, pero al parecer...

Vino solo, y sin lo que querían. Joder. El cañón del arma se apretó contra su frente, y Viper lo vio y sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué no traes el dinero?—dijo Chloe—. No lo traje... Me dijiste...

Ella pareció desinflarse, y la vio correrse, alejarse del centro mientras Viper avanzaba más. Era como un felino, ágil y evaluando el entorno, pensó.

—Déjala ir, Whiskey. Esto es entre tú y yo—dijo, avanzando con las manos en alto—. No

necesitas a Beatrix.

Beatrix hizo un gesto de miedo al sentir el arma clavándose más en su rostro.

—Oh, pero sí la necesito. Es mi boleto de salida.

Como si este hubiese sido un comando, Viper se lanzó de manera brutal e inesperada sobre ellos, a la vez que le gritaba:

—¡Abajo, Bea!

Lo obedeció sin una duda, derrumbándose para salir del camino del arma, y un brazo de Viper la empujó lejos, mientras su cuerpo caía sobre Whiskey. Un disparo sonó, y Beatrix tembló, de rodillas, y temió lo peor.

Pero Viper golpeaba y golpeaba, y el arma voló a un extremo. Beatrix miró alrededor, temiendo que Chloe fuese por ella, pero no estaba. Había huido.

Volvió su atención a Viper, que golpeaba como un autómatas, y gritaba, y fue a él, hablándole para pedirle que lo dejara, que se calmara. Entonces una marea de cuerpos invadió la habitación, y Viper fue quitado de encima de Whiskey, que era un cuerpo laxo y ensangrentado en el piso.

Viper pareció volver de su estado de furia y resoplaba con agitación, pero luego de unos instantes volvió su rostro a ella y se calmó. Beatrix corrió a él y lo abrazó, sin importarle que la envolviera con sus manos ensangrentadas. Solo que había venido a ella, que estaban bien, solo eso importaba.

Temblaba, pero se dejó envolver por su calor y su fuerza. Era como si, en ese abrazo, el miedo y la incertidumbre se desvanecieran, y solo quedara la seguridad de saber que él estaba allí para protegerla.

—Estás a salvo, mi Bea—murmuró Viper acariciando su cabello con torpeza, todavía algo agitado—. Te amo. Eres mía, siempre vendré a ti. Terminó, todo terminó.

El mundo a su alrededor seguía en caos. Reaper y los demás se llevaron a Whiskey, y a Beatrix no le importó nada lo que harían con él. Para ella todo había terminado en el momento en que Viper la abrazó.

DESENLACE.

La música envolvía la sala como una caricia, cada nota resonando en el aire con una suavidad casi etérea. Beatrix sentía el vibrar del violonchelo en sus manos, la madera pulsando con vida propia bajo sus dedos.

Cada acorde que tocaba surgía de lo más profundo de su alma, mientras la orquesta la acompañaba en perfecta armonía.

A su alrededor, la sala del club de los Caballeros Oscuros estaba llena de gente que jamás habría imaginado en un evento tan solemne, pero que demostraba que la música suavizaba a cualquier ser humano sensible.

No importaba si esto acontecía en un auditorio elegante o en un club de moteros. Sonrió a Eva y William, sus amigos, que estaban ejecutando con ella esta noche. Era perfecto, y que la aceptaran con los cambios de su vida la había abierto más a ellos.

Su lugar en la orquesta ya no era tan solitario porque se permitía conversar animadamente, opinar, y salir de tanto en tanto por algún café.

Cuando la última nota murió, el silencio duró solo un latido antes de que los aplausos inundaran la sala. Levantó la vista y buscó entre la multitud una mirada en particular. Y ahí estaba, entre los moteros y los invitados de la noche.

Su novio, Viper, mirándola con esos ojos oscuros fijos en ella, intensos. Apenas sonreía, pero el brillo de orgullo en su mirada fue suficiente para hacer que el corazón de Beatrix diera un vuelco.

Ese hombre, el hombre que todos temían y respetaban, era su hombre. El que la había ayudado a crecer, a amarse a sí misma. Los pasados meses, había sido mucho más que un protector.

Le había dado una sensación de seguridad que ella no había conocido, pero, más allá de eso, la había hecho sentir adorada. Con su apoyo, su querer, y su paciencia, había encontrado una fortaleza que desconocía que poseía.

Incluso había comenzado terapia por su insistencia, y esa decisión había sido un punto de inflexión en la vida de Bea. Ya no tenía miedo de enfrentarse a su pasado, e incluso se había atrevido a volver a ver a sus padres, llevándose a Viper con ella.

Ese recuerdo le trajo un nudo a la garganta. Sus padres no habían recibido bien a Viper, con su aspecto intimidante y su piel cubierta de tatuajes. Habían vuelto a señalar lo inconveniente de las decisiones de su hija.

Beatrix había esperado reconciliarse con ellos, pero en cambio, ese encuentro solo le confirmó lo que ya temía: nunca la entenderían, ni soltarían a Sarah. Ella tampoco, pero la recordaba desde el amor y no la tristeza.

Aceptar eso había sido doloroso, pero también liberador. Ya no necesitaba su validación, porque había encontrado a alguien que la aceptaba por completo. Viper la veía, y eso lo era todo.

Y además de él, había encontrado un lugar entre los Caballeros Oscuros, un hogar, una familia que la acogió con los brazos abiertos. Una extraña, sí, pero leal.

A medida que los aplausos medraban y los músicos aceptaban las invitaciones al buffet armado por una empresa de catering, la tos a su lado la sacó de sus pensamientos. Mason, que aún se recuperaba de sus heridas, la observaba con una sonrisa cálida.

—Gracias por la música, Beatrix. Ha sido espectacular—Su voz era más débil que antes, pero su gratitud era sincera.

Beatrix le devolvió la sonrisa, sintiendo un alivio inmenso al verlo de pie después de todo lo que había sucedido.

—Me alegra verte mejor, Mason. Nos diste un buen susto.

Su tono era suave, y Mason asintió, consciente de las consecuencias de su hospitalización para todos los que lo rodeaban. La conversación fluyó de manera ligera y a ella se integró Ava, la hermana de Mason, que se había convertido en una amiga.

Ella la había presentado al resto de las viejas del club Reyes de Sacramento, y eran encantadoras, comprensivas y divertidas. La vida de Beatrix ahora tenía invitaciones a menudo, y Viper la estimulaba a aceptarlas.

Había algo reconfortante en estar rodeada de todas esas personas. Aunque provenían de un mundo tan diferente al suyo, había encontrado que pertenecía entre ellos.

Entonces, lo vio a él, y la conversación quedó en suspenso. Viper se acercó con su habitual andar decidido. Cuando él llegó a su lado y la rodeó con un brazo por la cintura, su cuerpo reaccionó con una mezcla de calma y emoción. No fallaba, siempre la hacía sentir segura. en él.

—Cada vez tocas mejor, preciosa—murmuró, su voz baja y cargada de ternura.

Beatrix se sonrojó ligeramente. Su novio procuraba darle fuerzas y vibras positivas, siempre. Agradecía tanto que estuviese a su lado.

—Gracias, mi amor.

—Estos meses contigo han sido los mejores de mi vida. Y los años que vienen... No puedo esperar a vivirlos contigo—La tomó de la mano y la llevó hacia una mesa retirada para alimentarla, dijo, y asegurarse de que repusiese energías.

Así de protector y cuidadoso con ella era. Beatrix estaba tan feliz. Su dolor, aquel que la envolvió cuando se creyó abandonada, había quedado atrás. Con la derrota de los Ravens y la muerte de Whiskey (su cuerpo apareció en un basural, y a Beatrix no le conmovió), y la huida de Chloe, la vida del club se modificó.

Viper se tomó días completos para estar con ella, y le había explicado todo, sin dejar de pedir perdón:

Tuve que hacer cosas que no quería, tuve que ponerme la máscara de líder del club y fingir que nada más importaba...

Pero todo lo hice por descubrir quién nos estaba traicionando.

Mi Beatrix, jamás quise herirte. Si te hice dudar de lo que siento, te pido que me perdones.

No se la hizo sencilla, porque sentía que le debía esas explicaciones. Había hecho que dudara de él, lo había creído capaz de abandonarla, de dejarla a un lado por el club.

Si, ahora entendía que todo había sido una fachada, una parte de la estrategia para protegerlos a todos.

—Bea...

Ella parpadeó cuando lo vio sacar algo de un bolsillo e incorporarse, para luego arrodillarse frente a ella, que lo miraba con la boca abierta, estupefacta. ¡No había visto venir esto! Las lágrimas la llenaron, y esta vez eran buenas. Felices.

—Beatrix—su voz se quebró ligeramente, un destello de vulnerabilidad asomando en su mirada—, ¿te casarías conmigo? No soy bueno con las palabras, lo sabes, pero sé que quiero que estés conmigo. Siempre.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas los ojos de *Beatrix* antes de que pudiera contenerlas. Todo lo que había sentido esos últimos meses, todo el miedo, la confusión, el amor... se desbordó en ese momento. Y lo único que pudo hacer fue abrazarlo con fuerza, trayendo su enorme cuerpo contra su pecho, asentir y contestar:

—Sí, Viper. Mil veces sí.

Los vítores y aplausos de los Caballeros y otros asistentes resonaron, celebrando el momento con ellos. Viper, adorablemente sonrojado, miró a su alrededor, un poco incómodo con la atención.

Beatrix rio al ver a su motero tan vulnerable, tan diferente al hombre rudo que todos conocían. No lo conocen como yo, se enorgulleció.

—Iré donde sea contigo. Siempre—le susurró, con una convicción que la sorprendió incluso a sí misma.

Viper la miró con una ternura infinita.

—¿Sabes qué?—dijo Beatrix, sonriendo entre lágrimas—. Quiero que me tatúes una frase que me has enseñado: *El amor libera*.

Viper la miró y la abrazó, conmovido por sus palabras.

—Lo haré, preciosa. Quedará tan bello en tu piel. Y yo me tatuaré una mariposa en el pectoral, justo sobre mi corazón. Porque tú eres eso para mí, Beatrix. Eres el anuncio de la primavera en mi vida.

Hubo un resoplido cercano, y Viper miró a Torque con ojos entrecerrados. Este rio y meneó su cabeza.

—Un romántico, Viper, quien lo diría.

—No hagas sentir mal a Viper, Torque—dijo Bea, y el hombrón elevó sus manos en disculpa.

—Idiota—murmuró Viper, pero los labios de Beatrix lo callaron con un beso que sellaba las promesas.

No había mucho más para decir esta noche. Restaba disfrutar del tiempo con los demás, pero en poco rato, sus bocas y sus cuerpos se encontrarían en íntima danza al compás de una sinfonía que les conectaba.

El amor tenía su propia partitura, y era bella, delicada, plena de liviana esperanza. Era la pieza única que Beatrix más adoraba. Extrañamente, tenía insertos rugidos de motocicleta.

¿Te gustó? Es el comienzo, y pronto novedades sobre la siguiente, y ¡más!

¿Quieres estar enterado de mis novedades y recibir regalitos y promociones?

Subscríbete a mis novedades: <http://subscribepage.io/Uu7Okf>

FIN



ROMANCE CONTEMPORÁNEO PARA
 DISFRUTAR
 MOTEROS
 VAQUEROS
 GUARDAESPALDAS
 MILLONARIOS

<https://www.amazon.com/author/mayar.stone>